

EL
DECLAMADOR

COLECCIÓN DE POESÍAS ESCOGIDAS

PARA LA

LECTURA DEL VERSO Y LA DECLAMACIÓN EN LAS ESCUELAS

POR

PEDRO N. ARIAS



BUENOS AIRES
ANGEL ESTRADA Y CIA. --- EDITORES
106 - Calle Bolívar - 106
1899

LL
1899
ARI

4
Q - 8
78



00003577

28 - Septiembre 1906

Sup 1983

7256

EL DECLAMADOR

EL
CAMADOR

LIBRARY OF THE
NATIONAL ARCHIVES

1783

EL
DECLAMADOR

Colección de poesías escogidas para la lectura del verso
y la declamación en las escuelas

POR

P. N. A.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BUENOS AIRES
ANGEL ESTRADA Y Cía. — EDITORES
466 — Calle Bolívar — 466

1899

Biblioteca Nacional de Maestros

124 x

EL DECLAMADOR

PREFACIO DE UN LIBRO

DEDICADO Á MI HIJA

Al pronunciar tu nombre, hija querida,
Puros están mis labios y mi alma;
Pasadas las tormentas de la vida,
Miro ya al cielo con serena calma.

De cuanto amé y creí con fe y empeño,
Sólo dos cosas en mi pecho abrigo:
Mi amor al bien, que fué mi primer sueño;
Mi amor á ti, que morirá conmigo.

Rendido alguna vez, jamás postrado,
Crucé del mundo la escabrosa senda,
Alta la sien, el pensamiento honrado,
No dócil al error, y sí á la enmienda.

Nunca esperé ni aplauso ni memoria,
Ni demandé favor á la fortuna;
Los pobres lauros que debí á la gloria
Todos los arrojé sobre tu cuna.

Si de la edad venciendo los agravios
Eres, como ángel hoy, mujer un día,
Oirás contada por ajénos labios
Una historia infeliz: ésa es la mía.

Aspirar á lo grande y ser pequeño,
Amar la libertad y no gozarla,
Tener tan sólo la razón por dueño,
Y al capricho del mundo encadenarla:

Vivir sujeto al afrentoso lazo
Que teje á veces la maldad triunfante,
Y ver unidos en estrecho abrazo
El odio ruín y la ambición gigante:

Tal fué mi vida, tal será la tuya;
Y ¡ay de ti si tu aliento desfallece!
Cuando mi noche terrenal concluya,
Cuando tu aurora celestial empiece,

Verás con miedo, como yo con ira,
Tomar el vicio de virtud el nombre,
Aplaudir la verdad á la mentira,
Hacer el hombre su escabel del hombre.

Verás de amor cubierta con el velo
La torpe liviandad ó el vil amaño;
Herencia del sufrir, el desconsuelo;
Herencia del gozar, el desengaño.

Si esto sucede, y si la duda impía
Osa empañar tu corazón siquiera,
Abre este libro entonces, hija mía,
Donde cayó mi lágrima postrera.

Abrelo, sí, y al recorrer sus hojas,

En que copiarte quiso mi deseo
Del rui señor amante las congojas,
Ó de la alondra tímida el gorjeo;

Piensa no existe, entre sus hojas, una
Que un consejo no guarde provechoso,
Y que es un buen consejo una fortuna
Que no suele tener el poderoso.

Piensa que con la fe todo se allana,
Que con la caridad todo se puede,
Que hay flor que al huracán resiste ufana
Y al blando impulso de la brisa cede.

¡Sentir, amar, creer! Aquí se encierra
Todo el secreto de la humana vida;
Quien cumple esta misión sobre la tierra
Puede esperar en calma su partida.

Por eso yo con efusión te estrecho,
Hija del alma; te coloco al lado,
Y me duermo tranquilo y satisfecho,
Como el atleta de luchar cansado.

MANUEL DEL PALACIO.



EL CULTO DEL ABUELO

Señorona pequeñita,
Mi hechicera Margarita,
Ven aquí;
Mírame, ¿no estás oyendo
Que en la sala están diciendo
Que te pareces á mí?

Y ¿en qué será? Son tus ojos
Dos luceros, y tus rojos
Labios son
Frescos, lucientes y puros
Como los guindos maduros
Del otoño en la estación.

¿Será en la color? Tú tienes
De armiño y seda las sienas;
Rubia es
Tu abundosa cabellera,
Tus manos como de cera
Y diminutos tus pies.

¿Será en el carácter? Serio,
Triste y lleno de misterio
Siempre estoy;
Y tú amable y halagüeña

Y cariñosa y risueña
En tu inocencia eres hoy.

¿En qué, pues, nos parecemos?
En los rostros no tenemos
Nada igual;
Y en las almas ¡qué ironía!
Junto á la tuya es la mía
El carbón junto al cristal.

Pero hay algo que guardamos
Los dos y que alimentamos
Al vivir;
Es un amor, es un culto,
En nuestras almas oculto,
Que no puedo describir.

Mi padre, digo, tu abuelo,
A quien Dios tenga en el cielo,
En ti vió
Un reflejo de aquel niño,
Que al ser padre, con cariño
A su lado te llevó.

Se gozaba en contemplarte
Y recordaba al mirarte
Cada vez,
Las dichas encantadoras
Que tuvo en todas las horas
Fugaces de mi niñez.

Y exclamaba: «¡Pobrecita!
Tan buena mi Margarita!

Qué placer!»
Y mirándote, perplejo,
Murmuraba: «¡Estoy tan viejo,
Que no la veré crecer!»

Y se murió. Si te viera
Tan crecida, ¿qué dijera?
De ti en pos
Andar ágil lo vería;
¿No recuerdas, hija mía,
Cuando ibais juntos los dos?

¡Juntos Oriente y Ocaso!
Él marchaba paso á paso
Tras de ti...
Y tú lanzabas un grito:
«¡Corre, alcánzame, abuelito,
Más aprisa... más... así!»

Me parece que lo escucho;
¿Te acuerdas? ¿Lo quieres mucho?
¿Es fiel
Tu memoria y no lo olvida?
¿Cada noche, hija querida,
Le pides á Dios por él?

Mucho los dos lo queremos
Y en esto nos parecemos,
¿No es verdad?
Iguales somos en eso,
Muy iguales... dame un beso,
Que suene en la eternidad.

Santo beso, que no acaba
Como aquellos que le daba;
Llegue á Dios
Nuestro llanto y nuestro duelo:
Para llorar por tu abuelo
Somos iguales los dos.

Repítele á tus hermanos
Los nobles consejos sanos
Que le oí
Y llóralo en todas veces,
Que al llorarlo te pareces,
Te pareces mucho á mí.

JUAN DE DIOS PEZA.



¿QUÉ ES POESÍA?

¡La poesía! Pugna sagrada;
Radioso arcángel de ardiente espada;
Tres heroísmos en conjunción:
El heroísmo del pensamiento,
El heroísmo del sentimiento
Y el heroísmo de la expresión.

Flor que en la cumbre brilla y perfuma;
Copo de nieve; gasa de espuma;
Zarza encendida do el cielo está;
Nube de oro, vistosa y rauda;
Fugaz cometa de inmensa cauda;
Onda de gloria que viene y va.

Nébula vaga, de que gotea,
Como una perla de luz, la idea;
Espiga herida por la segur;
Brasa de incienso; vapor de plata;
Fulgur de aurora que se dilata
De Oriente á Ocaso, de Norte á Sur.

Verdad, ternura, virtud, belleza,
Sueño, entusiasmo, placer, tristeza,
Lengua de fuego, vivaz crisol;

Abismo de éter que el genio salva;
Alondra humilde que canta al alba;
Aguila altiva que vuela al sol.

Himno que brota de la montaña;
Nostalgia obscura, pasión extraña;
Sed insaciable; tedio inmortal;
Anhelos eterno é indefinible;
Ansia infinita de lo imposible;
Amor sublime de lo ideal.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.



AMÉRICA

Ceñida de jazmín y enredadera
Y entre viejas montañas escondida,
Pasa su blanda y perezosa vida
Una tierra bellísima, un jardín.

América unos hombres la llamaron
Y sus hijos después lo repitieron;
Sus moradas sobre ella suspendieron
La sílfide, la hada, el serafín. x

Las auras de sus bosques centenarios
Mecen los mil jazmines de su frente,
Y un aroma purísimo, inocente,
Se desprende al columpio virginal.

Ciñen su inmensa frente por diadema
Ejércitos de palmas cimbradoras,
Altivas y caducas moradoras
Del desierto y del tórrido arenal.

Descienden en vistosos torbellinos
De transparentes perlas sus cascadas,
Y bordan las corolas perfumadas
De la campestre y olvidada flor.

Pueblan sus altos robles y sus ceibas
En bandos pintorescos los turpiales,
Y ostentan los mitrados cardenales
Las púrpuras de Tiro en su color.

Las deidades del mar visten sus playas
De caracoles, conchas y corales,
Que ostentan sus desiertos arenales
Como un cinto de perlas y rubí.

Encaje pintoresco y ondulante
Con que adorna su virgen vestidura,
La casta, hermosa, celestial y pura
Tierra de los ensueños de alelí.

Tus bosques, tus ríos, tus limpias cascadas,
Eternas sus flores, sus aguas te den,
Tus auras fugaces de aromas cargadas
Columpien tus palmas con blando vaivén.

Tu cielo de estrellas, azul, transparente,
Derrame su manso fulgor para ti;
Y rica y altiva, feraz y potente,
Los soles te alumbren, fantástica hurí.

Esconda en tus flores sus lágrimas puras,
La cándida y tibia mañana de paz,
Y tienda en tus verdes feraces llanuras,
Su velo de rosas liviano y fugaz.

Desciendan en vistosos torbellinos
De transparentes perlas sus cascadas,
Y borden las corolas perfumadas
De la flor escondida y virginal.

Ciñan tu inmensa frente por diadema
Ejércitos de palmas cimbradoras,
Siempre altivas y eternas moradoras
Del llano, el bosque, el valle, el arenal.

Vierta Dios á torrentes en tu suelo
Virtud, saber, prosperidad, bonanza;
Y el eterno fanal de la esperanza
Alumbre tu dormir, tu despertar.

Que el genio misterioso de los siglos
Sobre su inmenso trípode sentado,
Te augure con la fe del inspirado
Glorias que él mismo no podrá borrar.

A. LOZANO.



LOS DOS CONEJOS

Por entre unas matas,
Seguido de perros
(No diré corría),
Volaba un Conejo.

De su madriguera
Salió un compañero,
Y le dijo:—Tente,
Amigo; ¿qué es esto?
—¿Qué ha de ser? responde:
Sin aliento llego...
Dos pícaros galgos
Me vienen siguiendo.

—Sí (replica el otro),
Por allí los veo...
Pero no son galgos.
—¿Pues qué son?—Podencos.
—¿Qué? ¿podencos dices?
Sí, como mi abuelo.
Galgos y muy galgos,
Bien vistos los tengo.

—Son podencos: vaya,
Que no entiendes de eso.

—Son galgos, te digo.
—Digo que podencos.

En esta disputa,
Llegando los perros,
Pillan descuidados
A mis dos Conejos.

*Los que por cuestiones
De poco momento
Dejan lo que importa,
Llévense este ejemplo.*

TOMÁS DE IRIARTE.



«ESTE ERA UN REY...»

Ven, mi Juan, y toma asiento
En la mejor de tus sillas;
Siéntate aquí en mis rodillas,
Y presta atención á un cuento.

Así estás bien, eso es,
Muy cómodo, muy ufano,
Pero ten quieta esa mano;
Vamos, sosiega esos pies.

Este era un rey... me maltrata
El bigote ese cariño.
Este era un rey... Vamos, niño,
Que me rompes la corbata.

Si vieras con qué placer
Ese rey... ¡Jesús! ¡qué has hecho!
¿Lo ves?... en medio del pecho
Me has clavado un alfiler!

¿Y mi dolor te da risa?
Escucha y tenme respeto;
Este era un rey... Deja quieto
El cuello de mi camisa.

Oír atento es la ley
Que á cumplir aquí te obligo...
Deja mi reloj... prosigo.
Atención: este era un rey...

Me da tormentos crueles
Tu movilidad, chicuelo;
¿Ves? has regado en el suelo
Mi dinero y mis papeles.

Responde: ¿me has de escuchar?
Este era un rey... ¡qué locura!
Me tiene en grande tortura
Que te muevas sin parar.

Mas ¿ya estás quieto? Sí, sí,
Al fin cesa mi tormento...
Este era un rey, oye el cuento
Inventado para ti...

Y agrega el niño, que es ducho
En tramar cuentos á fe:
«Este era un rey... ya lo sé,
«Porque lo repites mucho.

«Y me gusta el cuentecito.
«Y mira, ya lo aprendí:
«Este era un rey», ¿no es así?
«¡Qué bonito! ¡qué bonito!»

Y de besos me da un ciento
Y pienso al ver sus cariños:
Los cuentos para los niños
No requieren argumento.

Basta con entretener
Su espíritu de tal modo
Que nos pueden hacer todo
Lo que nos quieran hacer.

Con lenguaje grato ó rudo
Un niño, sin hacer caso,
Va dejando paso á paso
Á su narrador desnudo.

Infeliz del que se escama
Con esas dulces locuras;
¡Si estriba en sus travesuras
El argumento del drama!

¡Oh Juan! me alegra y me agrada
Tu movilidad tan terca;
Te cuento por verte cerca
Y no por contarte nada.

Y bendigo mi fortuna,
Y oye el cuento y lo sabrás:
«Era un rey... á quien jamás
Le sucedió cosa alguna.»

JUAN DE DIOS PEZA.



LAS DOS GRANDEZAS

I

La Rábida

Á la puerta de un convento
Golpea un pobre mendigo;
El sol, el hambre y el viento
Lo baten, y pide abrigo.

Lleva un hijo pequeñuelo,
Pálido y triste el semblante;
Por él pide suplicante
Pan á los hombres y al cielo.

Ha sonado la campana,
Y un monje, con vez serena,
—Aquí hay abrigo y hay cena,
Les dice; os iréis mañana.

—Cena busco y busco abrigo,
Contesta meditabundo:
¡Llevo en mi cabeza un mundo
Y un humilde pan mendigo!

—¡Al cielo alzad la oración,
Alzad al cielo los ojos!,
Clamó el monje; y vió de hinojos
Ante la Cruz á Colón.

II

San Yuste

Sutiles neblinas las sierras envuelven,
El viento, silbando, sacude los pinos,
De nieve cubiertos están los caminos,
Y el lobo á lo lejos se siente aullar.

Cruzaba un viajero con paso seguro
La senda sinuosa que lleva al convento,
Y llega y exclama:—¡Por Dios, que un asiento
Más alto que el mío yo vengo á buscar!

Abrieron los frailes—¿Quién sois? le preguntan.
—Un hombre que busca corona de espinas,
Corona de gloria con flores divinas,
En vez de la suya, que mucho pesó.

—¿Tuviste los dones que el mundo apetece?
—Riquezas y gloria mi reino tenía...
El sol en mis tierras jamás se ponía...
¡Yo soy Carlos Quinto; mi imperio pasó!

III

Así, con dolor profundo,
La misma puerta tocaba
El que iba en busca de un mundo
Y el que un mundo abandonaba.

Y en el sagrado recinto,
Libre de humana ambición,
Hubo pan para Colón
Y paz para Carlos Quinto.

EDUARDO DE LA BARRA.

SINFONÍA EN GRIS MAYOR

El mar, como un vasto cristal azogado,
Refleja la lámina de un cielo de zinc;
Lejanas bandadas de pájaros manchan
El fondo bruñido de pálido gris.

El sol, como un vidrio redondo y opaco,
Con paso de enfermo camina al cenit;
El viento marino descansa en la sombra
Teniendo de almohada su negro clarín.

Las ondas, que mueven su vientre de plomo,
Debajo del muelle parecen gemir.
Sentado en un cable, fumando su pipa,
Está un marinero pensando en las playas
De un vago, lejano, brumoso país.

Es viejo ese lobo. Tostaron su cara
Los rayos de fuego del sol del Brasil,
Los recios tifones del mar de la China
Le han visto bebiendo su frasco de gin.

La espuma, impregnada de yodo y salitre,
Ha tiempo corroe su roja nariz,
Sus crespos cabellos, sus biceps de atleta,
Su gorra de lona, su blusa de dril.

En medio del humo que forma el tabaco,
Ve el viejo el lejano, brumoso país,
Adonde una tarde caliente y dorada
Tendidas las velas partió el bergantín...

La siesta del trópico. El lobo se aduerme.
Ya todo lo envuelve la gama del gris,
Parece que un suave y enorme esfumino
Del curvo horizonte borraría el confín.

La siesta del trópico. La vieja cigarra
Ensayá su ronca guitarra senil,
Y el grillo preludia su solo monótono
En la única cuerda que está en su violín.

RUBÉN DARÍO.



EL 2 DE MAYO

Oigo, patria, tu aflicción,
Y escucho el triste concierto
Que forman, tocando á muerto,
La campana y el cañón.
Sobre tu invicto pendón
Miro flotantes crespones,
Y oigo alzarse á otras regiones
En estrofas funerarias,
De la iglesia las plegarias,
Y del arte las canciones.

Lloras porque te insultaron
Los que su amor te ofrecieron...
¡A ti, á quien siempre temieron,
Porque tu gloria admiraron;
A ti, por quien se inclinaron
Los mundos de zona á zona;
A ti, soberbia matrona,
Que libre de extraño yugo,
No has tenido más verdugo
Que el peso de tu corona!...

Do quiera la mente mía
Sus alas rápidas lleva,
Allí un sepulcro se eleva

Cantando tu valentía;
Desde la cumbre bravía
Que el sol indio tornasola,
Hasta el África, que inmola
Sus hijos en torpe guerra,
¡No hay un puñado de tierra
Sin una tumba española!...

Tembló el orbe á tus legiones,
Y de la espantada esfera
Sujetaron la carrera
Las garras de tus leones;
Nadie humilló tus pendones,
Ni te arrancó la victoria ;
Pues de tu gigante gloria
No cabe el rayo fecundo,
Ni en los ámbitos del mundo,
Ni en el libro de la historia.

Siempre en lucha desigual,
Cantan tu invicta arrogancia,
Sagunto, Cádiz, Numancia,
Zaragoza y San Marcial;
En tu suelo virginal
No arraigan extraños fueros...
Porque, indómitos y fieros,
Saben hacer tus vasallos
Frenos para sus caballos,
Con los cetros extranjeros...

Y aún hubo en la tierra un hombre
Que osó profanar tu manto...
¡Espacio falta á mi canto

Para maldecir su nombre! . . .
Sin que el recuerdo me asombre,
Con ansia abriré la historia;
Presta luz á mi memoria,
Y el mundo y la patria á coro,
Oirán el himno sonoro
De tus recuerdos de gloria.

Aquel genio de ambición
Que en su delirio profundo,
Cantando guerra, hizo al mundo
Sepulcro de su nación,
Hirió al ibero león
Ansiando á España regir;
Y no llegó á percibir,
Ebrio de orgullo y poder,
Que no puede esclavo ser
Pueblo que sabe morir.

¡Guerra! clamó ante el altar
El sacerdote con ira;
¡Guerra! repitió la lira
Con indómito cantar;
¡Guerra! gritó al despertar
El pueblo que al mundo aterra;
Y cuando en hispana tierra
Pasos extraños se oyeron,
Hasta las tumbas se abrieron
Gritando: ¡Venganza y guerra!

La virgen, con patrio ardor,
Ansiosa salta del lecho;
El niño bebe en el pecho

Odio á muerte al invasor;
La madre mata su amor,
Y cuando calmada está,
Grita al hijo que se va:
«¡Pues que la patria lo quiere,
Lánzate al combate y muere;
Tu madre te vengará!...»

Y suenan patrias canciones,
Cantando patrios deberes;
Y van roncas las mujeres
Empujando los cañones:
Al pie de libres pendones
El grito de patria zumba,
Y el rudo cañón retumba,
Y el vil invasor se aterra,
Y al suelo le falta tierra
Para cubrir tanta tumba...

.....

Mártires de la lealtad,
Que del honor al arrullo
Fuisteis de la patria orgullo,
Y honra de la humanidad...
En la tumba descansad,
Que el valiente pueblo ibero
Juzga con rostro altanero,
Que hasta que España sucumba,
No pisará vuestra tumba
La planta del extranjero.

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

Á MIS HIJAS

—
Mi tristeza es un mar; tiene su bruma
Que envuelve densa mis amargos días;
Sus olas son de lágrimas; mi pluma
Está empapada en ellas, hijas mías.

Vosotras sois las inocentes flores
Nacidas de ese mar en la ribera;
La sorda tempestad de mis dolores
Sirve de arrullo á vuestra edad primera.

Nací para luchar; sereno y fuerte
Cobro vigor en el combate rudo;
Cuando pague mi audacia con la muerte,
Caeré cual gladiador sobre mi escudo.

Llévenme así á vosotras; de los hombres
Ni desdeño el poder ni el odio temo;
Pongo todo mi honor en vuestros nombres
Y toda el alma en vuestro amor supremo.

Pará salir al mundo vais de prisa;
¡Ojalá que esa vez nunca llegara!
Pues hay que ahogar el llanto con la risa;
Para mirar al mundo cara á cara.

No me imitéis á mí: yo me consuelo
Con abrir más los bordes de mi herida;
Imitad en lo noble á vuestro abuelo:
¡Sol de virtud que iluminó mi vida!

Orad y perdonad, siempre es inmensa
Después de la oración la interna calma,
Y el ser que sabe perdonar la ofensa
Sabe llevar á Dios dentro del alma.

Sea vuestro pecho de bondades nido,
No ambicionéis lo que ninguno alcanza;
Coronad el perdón con el olvido
Y la austera virtud con la esperanza.

Sin dar culto á los frívolos placeres,
Que la pureza vuestra frente ciña;
Buscad alma de niña en las mujeres
Y buscad alma de ángel en la niña.

Nadie nace á la infamia condenado,
Nadie hereda la culpa de un delito;
Nunca para ser siervas del pecado
Os disculpéis clamando: estaba escrito.

¡Existir es luchar! No es infelice
Quien, luchando, de espinas se corona;
Abajo, todo esfuerzo se maldice;
Arriba, toda culpa se perdona.

Se apaga la ilusión cual lumbré fatua,
Y la hermosura es flor que se marchita;
La mujer sin piedad es una estatua
Dañosa al mundo y del hogar proscrita.

No fijéis en el mal vuestras pupilas,
Que víbora es el mal que todo enferma,
Y haced el bien para dormir tranquilas
Cuando yo triste en el sepulcro duerma.

Nunca me han importado en este suelo
Renombre, aplausos, oropeles, gloria:
Procurar vuestro bien, tal es mi anhelo;
Amaros y sufrir, tal es mi historia.

Cuando el sol de mi vida tenga ocaso,
Recordad mis consejos con ternura;
Y en cada pensamiento, en cada paso,
Buscad á Dios tras de la inmensa altura.

Yo anhelo que, al morir, por premio santo,
Tengan de vuestro amor en los excesos:
Las flores de mi tumba, vuestro llanto,
Las piedras de mi tumba, vuestros besos.

JUAN DE DIOS PEZA.



RIMAS

Cerraron sus ojos,
Que aún tenía abiertos;
Taparon su cara
Con un blanco lienzo;
Y unos sollozando,
Otros en silencio,
De la triste alcoba
Todos se salieron.

La luz, que en un vaso
Ardía en el suelo,
Al muro arrojaba
La sombra del lecho;
Y entre aquella sombra
Veíase á intervalos,
Dibujarse rígida
La forma del cuerpo.

Despertaba el día,
Y á su albor primero
Con sus mil ruidos
Despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
De vida y misterios,

De luz y tinieblas,
Medité un momento:
*«¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!»*

De la casa, en hombros,
Lleváronla al templo,
Y en una capilla
Dejaron el féretro.
Allí rodearon
Sus pálidos restos
De amarillas velas
Y de paños negros.

Al dar de las ánimas
El toque postrero,
Acabó una vieja
Sus últimos rezos;
Cruzó la ancha nave,
Las puertas gimieron,
Y el santo recinto
Quedóse desierto.

De un reloj se oía
Compasado el péndolo,
Y de algunos cirios
El chisporroteo.
Tan medroso y triste,
Tan oscuro y yerto
Todo se encontraba....
Que pensé un momento:
*«¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!»*

De la alta campana
La lengua de hierro
Le dió, volteando,
Su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
Amigos y deudos
Cruzaron en fila,
Formando el cortejo.

Del último asilo,
Oscuro y estrecho,
Abrió la piqueta
El nicho á un extremo.
Allí la acostaron,
Tapiáronle luego,
Y con un saludo
Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
El sepulturero,
Cantando entre dientes,
Se perdió á lo lejos.
La noche se entraba,
Reinaba el silencio;
Perdido en las sombras,
Medité un momento:
*«Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!»*

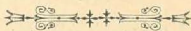
En las largas noches
Del helado invierno,
Cuando las maderas
Crujir hace el viento

Y azota los vidrios
El fuerte aguacero,
De la pobre niña
A solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
Con un son eterno;
Allí la combate
El soplo del cierzo.
Del húmedo muro
Tendida en el hueco,
Acaso de frío
Se hielan sus huesos!...

.....
¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al Cielo?
¿Todo es vil materia,
Podredumbre y cieno?
No sé; pero hay algo
Que explicar no puedo,
Que al par nos infunde
Repugnancia y duelo,
Al dejar tan tristes,
Tan solos los muertos!

GUSTAVO A. BÉCQUER.



LA LOCOMOTORA

Ni el cóndor de los Andes, que alza el vuelo
Desde su nido hasta la azul región,
Y rasgando la túnica del cielo
Hiende las nubes que ilumina el sol;

Ni el fiero musulmán, de tez morena,
Cabalgando en el árabe corcel,
Que corre y graba en la movable arena
La media luna de su herrado pie;

Ni el barco humeante, cuyo peso abruma
Y fatiga las olas de la mar,
Que huyen gimiendo en desgarrada espuma
Como luciente polvo de cristal;

Ni el aeronauta audaz, ni la ligera
Góndola del Adriático veloz,
Aventajan al monstruo en la carrera,
Con sus alas de fuego y de vapor.

¿No veis? Ya rueda. De su entraña hirviente
Que bulle cual la lava del volcán,
Arroja larga flecha de humo ardiente,
Como la blanca espuma de la mar.

Lanza á las nubes estridente grito
En su hálito de fuego abrasador,
Y corre arrebatando á lo infinito
El ala del relámpago y la voz.

Comprime sus entrañas bullidoras,
En su seno palpita el frenesí,
Y el monstruo vuela á devorar las horas,
Y el tiempo, y el espacio, y el confín.

Más que el torrente que á la mar ligero
Se arrastra en pavorosa rapidez,
Agitando sus músculos de acero,
Corre el monstruo del siglo sobre el riel.

Parece apenas que la tierra toca,
Pasando como el rápido aquilón,
Y olas vomita de su ardiente boca,
Jadeante con hórrido extertor.

Y el muro, el árbol, la montaña, el río,
Todo se ve en un vértigo girar,
Como sombras de un loco desvarío,
En un baile fantástico, infernal.

Vuela y esparce, retemblando el suelo,
Sus huellas de rocío y de carbón,
Mientras fluctúa en el azul del cielo,
Cual larga nube, su penacho en pos.

¡Terrestre Leviatán! ¡Vuela! ¡Devora!
Con tu ala de vapor azota el viento;

¡Lleva á la noche el rayo de la aurora
Y al hombre esclavizado el pensamiento!

Como antorcha del siglo brilladora,
Alumbra al pueblo, de la luz sediento,
Para que escriba en su pendón de guerra:
—«¡El pueblo es rey y su sitio la tierra!»

CARLOS AUGUSTO SALAVERRY.



LIBERTAD

I

Como del fondo mismo de los cielos,
El sol entero rutilante se alza,
Como el seno turgente de una virgen
Al fuego de la vida se dilata,
Así radiosa
Y así sagrada,
Se levantó del mar donde yacía
La exuberante tierra americana!

II

Como prende su túnica de raso
Con su joya mejor la soberana,
Como entre todas las estrellas reina
El lucero magnífico del alba,
Así pulida
Y así gallarda,
Sobre todos los pueblos de su estirpe,
Resplandor y joyel, surge mi patria. ✕

III

Como buscan la luz y el aire libre
Las macilentas yerbas subterráneas,

Como ruedan tenaces y tranquilas
Al anchuroso piélago, las aguas,
Así sedienta
Y así porfiada,
La triste humanidad se precipita
Al pie de la bandera azul y blanca!

IV

Allí van congregándose á su sombra
Para formar después una montaña!
Allí van adhiriéndose en el tiempo,
Partícula á partícula, las razas!
Allí se funde
Y allí se amasa,
El hombre, tal como surgió en la mente
Del autor de los orbes y las almas!

PEDRO B. PALACIOS.

(Almafuerte.)



EL PINTOR DE BATALLAS ¹

¡Salve, artista con alma de patricio,
Y patricio con alma de guerrero,
Y guerrero que anhela el sacrificio,
Y sucumbe en la lid gallardo y fiero!

Te dió su inspiración Echeverría,
Castelli el alma, Necochea el brazo,
Mármol su tormentosa fantasía,
Su indómita altivez el Chimborazo.

Tu muerte, como un sol, está irradiando.
¡En himnos mil la admiración estalle,
¡Oh, pintor! que has caído batallando
A los pies de la estatua de Lavalle!

De la patria del alma el vilipendio
Tu noble corazón de angustia crispa,
Como crispa á los robles el incendio,
Esa prole siniestra de una chispa.

¡Cómo tu pecho enardecido late
Al oír de la patria los clamores,
Al entonar los himnos del combate,
Sirenas de la guerra, los tambores!

¹ Dr. Julio Fernández Villanueva, muerto en la defensa del Parque Nacional el 26 de Julio de 1890.

En explosiones bélicas estallas,
Y el pintor se transforma en el soldado,
Como hombre que ha pintado las batallas,
Y que ama las batallas que ha pintado.

¡Salve, artista con alma de patricio,
Y patricio con alma de guerrero,
Y guerrero que amaste el sacrificio,
Y caíste en la lid gallardo y fiero!

El generoso joven de alma fuerte,
Que adore el arte, y como tú batalle,
Suspirará por tu sublime muerte
Al pie del monumento de Lavalle.

¡Cuál soñaría tu alma de gigante
Al trasladar al inspirado lienzo,
Lleno de unción, con el pincel vibrante,
Los muertos de tu Maipo y San Lorenzo!

Y juraste, en transportes peregrinos,
De una visión profética á los lampos,
Lidiar como esos héroes argentinos,
Y hallar la muerte en tan g oriosos campos.

¡Oh, pintor! en tus cuadros opulentos
Vibra el clarín y ondean los pendones,
Vuelan á combatir los regimientos,
Y vomitan la muerte los cañones.

¡Cómo tu inspiración relampaguea
Al trazar la silueta de los bravos,
Que hicieron fulgurar en la pelea,
El sable redentor de los esclavos!

Tú con corceles de tremantes crines,
Con morriones, penachos y oriflamas,
Y arenga de tambores y clarines,
En patriótico ardor el pecho inflamas.

Se ve, se asiste al bélico torneo;
Ruedan allí las armas hechas trizas...
¡Oh del pincel altísimo Tirteo,
Tú apostrofás, tú incendias, tú electrizas!

En tu paleta y tu pincel hay rayos,
Tempestades, catástrofes, escombros,
Antros, cumbres, hipérboles, desmayos,
Estampidos, relámpagos y asombros.

Siguiendo al héroe en su triunfal carrera,
¡Cuál tu numen el vuelo audaz ensaya!
Si tú no hubieses muerto... ¡el mundo viera
Al Andes saludando el Himalaya!

Huérfanos de tu mano cariñosa,
¡Ah! ¿qué harán tu paleta y tus pinceles?
Ellos debieran coronar tu fosa
Convertidos en bosques de laureles!

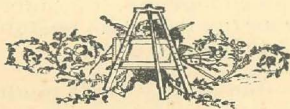
Y allí, al silencio nocturnal profundo,
Dando el ramaje al huracán que zumba,
Publicar, sollozando, por el mundo
Los poemas que duermen en tu tumba.

Tus cuadros y la sangre de tus venas
Conquistarán, de Grecia en el recinto,

La admiración de Apeles en Atenas,
Y el lauro de los héroes en Corinto.

Dale ¡oh gloria! un mirífico destello,
Dadle ¡oh poetas! vuestro excelso canto.
Pintar los triunfos de la patria es bello,
Y morir por la patria es noble y santo.

VICTORIANO E. MONTES.



EL CONSEJO MATERNAL

Ven para acá, me dijo dulcemente
Mi madre cierto día;
(Aún parece que escucho en el ambiente
De su voz la dulce melodía).

—Ven y dime qué causas tan extrañas
Te arrancan esa lágrima, hijo mío,
Que cuelga de tus trémulas pestañas
Como gota cuajada de rocío.

Tú tienes una pena y me la ocultas:
¿No sabes que la madre más sencilla
Sabe leer en el alma de sus hijos
Como tú en la cartilla?

¿Quieres que te adivine lo que sientes?
Ven para acá, pilluelo,
Que con un par de besos en la frente
Disiparé las nubes de tu cielo.

Yo prorrumpí á llorar.—Nada, le dije;
La causa de mis lágrimas ignoro;
Pero de vez en cuando se me oprime
El corazón, y lloro!...

Ella inclinó la frente pensativa,
Se turbó su pupila,
Y enjugando sus ojos y los míos,
Me dijo más tranquila:

—Llama siempre á tu madre cuando sufras,
Que vendrá, muerta ó viva;
Si está en el mundo, á compartir tus penas;
Y si no, á consolarte desde arriba!...

Y lo hago así cuando la suerte ruda,
Como hoy, perturba de mi hogar la calma;
Invoco el nombre de mi madre amada,
Y entonces siento que se ensancha el alma!

OLEGARIO V. ANDRADE.



Á LA LIBERTAD

¡Celeste libertad! ¡Astro fecundo,
Que triste á veces su fulgor derrama,
Cuando al mirar su luz trocada en llama
Mejor destruye que ilumina el mundo!

Ya hundida del abismo en lo profundo,
Ya rica de poder, de gloria y fama,
Como la madre por sus hijos clama,
Aclamo yo tu imperio sin segundo.

Dentro del corazón tu nombre leo:
Antes que ausente de mi hogar te lllore,
Antes que el hierro del esclavo muerda,

De mi existencia el fin hallar deseo:
¡Maldito aquél que hipócrita te adore!
¡Maldito aquél que estúpido te pierda!

MANUEL DEL PALACIO.



EN LAS ERMITAS DE LA SIERRA DE CÓRDOBA

Hay de la alegre sierra
Sobre las lomas,
Unas casitas blancas
Como palomas.

Les dan dulces esencias
Los limoneros,
Los verdes naranjales
Y los romeros.

Allí, junto á las nubes,
La alondra trina;
Allí tiende sus brazos
La Cruz divina.

La vista arrebatada
Vuela en su anhelo,
Del llano á las ermitas,
¡De ellas al cielo!

Allí olvidan las almas
Sus desengaños;
Allí cantan y rezan
Los ermitaños.

El agua que allí oculta
Se precipita,
Dicen los cordobeses
Que está bendita.

PRESTAN Á AQUELLOS NIDOS
Luz los querubes,
Guirnaldas las estrellas,
Mantos las nubes !!

¡ Muy alta está la cumbre!
La Cruz muy alta!
¡ Para llegar al Cielo
Cuán poco falta !!

Puso Dios en los mares
Flores de perlas;
En las conchas jardines
Donde esconderlas;

En el agua del bosque
Frescos murmullos;
De Abril en las auroras
Tiernos capullos.

-Arpas del Paraíso
Puso en las aves;
En las húmedas auras
Himnos sùaves,

Y para dirigirle
Preces benditas,
Puso altares y flores
En las ermitas !

Las cuestas por el mundo
Dan pesadumbre
A los que desde el llano
Van á la cumbre !

Subid adonde el monje
Reza y trabaja;
Más larga es la vereda
Cuando se baja !

Ya la envuelva la noche,
Ya el sol la alumbre,
Buscad á los que rezan
Sobre esa cumbre.

Ellos de santos mares
Van tras el puerto;
Caravana bendita
De aquel desierto !

Forman música blanda
De un campanario;
De semillas campestres,
Santo *rosario*;

De una gruta en el monte
Plácido asilo;
De una tabla olvidada
Lecho tranquilo.

De legumbres y frutas
Pobres manjares,
Parten con los mendigos
En sus altares !

Allí la Cruz consuela,
La tumba advierte;
Allí pasa la vida
Junto á la muerte !

Por los ojos que finge
La calavera,
Ven el mundo... y su vana
Pompa altanera.

Calavera sombría,
Que en bucles bellos,
Adornaron un día
Ricos cabellos.

Esos huecos oscuros
Que se ensancharon,
Fueron ojos que vieron
Y que lloraron.

Por esas grieteadas
Formas vacías,
Penetraron del mundo
Las armonías !

¡¡ Qué resta ya, del libre
Mágico anhelo,
Con que esa frente altiva
Se alzaba al cielo !!

La huella polvorosa
De un ser extraño
Adornando la mesa
De un ermitaño !

Aquí, en la solitaria
Celda escondida,
Un cráneo dice: ¡¡ Muerte !!
Y una cruz: ¡¡ Vida !!

.....
.....
.....
.....

¡ Muy alta está la cumbre,
La Cruz muy alta!
¡ Para llegar al Cielo
Cuán poco falta !!

ANTONIO F. GRILO.



STELLA

(TRADUCCIÓN DE ANDRADE)

A la orilla del mar me había dormido,
Henchido el pecho de febriles ansias,
Y la brisa del piélago salobre
Vino á enjugar mis postrimeras lágrimas.

Abri los ojos y miré hacia arriba,
Porque creí que un ángel me besaba;
Tan tibio era el aliento de la brisa
Y tan suave el murmullo de sus alas.

Y en vez del ángel que soñé bajando
Á conversar á solas con mi alma,
Se alzaba en el confín del horizonte
La estrella de zafir de la mañana.

Era su luz blanquísima y süave,
Cual de una virgen la mirada casta;
Aquella estrella parecía contarme
Cuitas de amor en sílabas de plata.

El cielo estaba oscuro, pero al verla
Su tenebrosa faz se sonrojaba,

Como amante embozado que sonríe
Al acercarse   la mujer amada.

Y el mar, en su lenguaje misterioso,
De aquella ave celeste murmuraba,
Hablando por lo bajo, temeroso
Que sacudiera sus brillantes alas.

Alzó cerca de mí su húmedo cáliz,
Estuche perfumado de las hadas,
La ancha flor del nenúfar, y me dijo:
Aquella estrella f lgida es mi hermana!

Y una voz de la estrella descendida
Como un soplo de amor llegó á mi alma;
La misma voz que en mis inquietos sueños
Me trasmite mensajes de esperanza.

«Yo soy la piedra de oro y fuego—d jome—
«Que en la onda de las nubes inflamadas
«Lanza Dios   la frente de la noche,
«Para anunciar que viene la mañana.

«Yo alumbr  del Sinaí la excelsa cumbre,
«Del Taijeto la cima desolada:
«En el primero, nuncio de alegría;
«En el segundo, antorcha funeraria.

«Yo iluminó la frente de los genios
«Del insomnio en las horas agitadas;
«Escuch  de Moisés la voz severa,
«Y   Job rugir como una fiera humana!

«Yo sorprendí las pláticas del Dante

«Con sus apocalípticas fantasmas,
«Y en la divina lengua de la Etruria
«Los místicos sollozos del Petrarca.

«¡Arriba, pensador desconocido!
«Que el ángel de la luz viene á mi espalda,
«Como vendrá la libertad bendita,
«Tras larga noche de miseria y lágrimas.

«¡Arriba, labrador del pensamiento!
«Cava ancho surco en la conciencia humana,
«Que si lo riega tu sudor fecundo,
«Dará flores y frutos de esperanza!»

VÍCTOR HUGO.



EL MISIONERO

Cuando el mundo pasado,
La órbita del Olimpo recorría
En un cielo sin Dios, desamparado;
Cuando la ciencia idólatra mentía,
Y el arte prostituido blasfemaba,
Y en el estruendo de perpetua orgía
La miserable humanidad rodaba...
Abrió la Cruz sus descarnados brazos,
Con su gigante sombra cubrió el suelo,
Y el hombre en ella al estampar sus pasos,
Sintiendo al Dios, que el Universo encierra,
Alzó la frente al Cielo,
Y cayó de rodillas en la Tierra!
Así, la humanidad fué redimida,
Así el Cristo en la Cruz cambió su suerte;
Así, desde el espanto de la muerte,
Á la inmortalidad alzó la vida!
Desde el polvo del hombre hasta Dios mismo
Sólo la Cruz alcanza:
Ella es la tabla en que salvó el abismo
Desde la Tierra al Cielo, la esperanza!

Las creencias pasan, la razón vacila,
El ideal del alma se transforma;
La estirpe humana misma

Girando en el perpetuo torbellino
Donde la guía el resplandor divino,
Acercándose á Dios, cambia de forma.
La ciencia balbuciente
Llama al dintel de la verdad, en vano,
Sin encontrar siquiera
La ley que rige la materia inerte
Y enciende el pensamiento soberano,
Que en la frente del hombre reverbera
Como diadema del linaje humano!

¿Qué ha sido de la espada?
¿Qué ha sido del poder y de la gloria,
Con que la España deslumbró la historia,
Al pisar en la América ignorada?...
Lo que fué de la estela,
Que en las olas del mar dejó el sendero
De la audaz carabela,
Que guió de Colón la fe cristiana!...
Sólo quedó la Cruz del Misionero,
Abrazando la tierra americana!
Con júbilo profundo,
Lo ve la mente que la ciencia absorbe,
Lo escucha el alma, en su esperanza tierna:
Todo pása en el mundo,
Todo cambia en los ámbitos del orbe:
La Cruz sólo es eterna!

.....

Hombre mortal, que brillas
En la aureola de Dios como una estrella,
Yo soy el *fraile* que en tu burla humillas,

Yo levanto la Cruz... yo muero en ella...

Yo soy su misionero,

Yo soy su combatiente solitario:

Todas las sendas sobre el mundo entero

Son para mí la senda del Calvario!

Soy el hijo proscrito

De la familia humana,

El hogar de la paz y la alegría

Se cierra para siempre al alma mía

Que ata el lazo bendito

Que el padre al hijo ligará mañana!

En la cuna inocente,

Donde tú ensayas tu primer respiro,

Pongo el sello de Dios sobre tu frente:

Y en el lecho doliente

Donde exhalas el último suspiro

De la vida precaria,

Yo aliento tu partida,

Te enseño el rumbo de la eterna vida

Y te levanto al Cielo en mi plegaria!

Cuando tu pecho late,

Bajo la noble éota del soldado,

Yo te sigo á la brecha del combate,

Con la sandalia de mi pie lligado;

Y entre el humo y la sangre y la metralla,

Que ocultan á los cielos tus despojos,

¡Te hago besar la Cruz en la batalla

Y te cierro los ojos!

Y yo también en la existencia triste,

Soy soldado de Cristo sobre el mundo! . . .
Bajo la saya que mi cuerpo viste,
Llevo el arma divina,
Llevo la Cruz sagrada,
Que las tribus caribes ilumina!
¡La Cruz, más poderosa que la espada!

La Cruz, que guarda en el hogar paterno
La fe sublime en que tu amor reposa;
La Cruz, donde repite el niño tierno,
La oración de la madre y de la esposa!
La Cruz, que en el regazo
De la sagrada tierra
Que las cenizas de tu padre encierra,
Cubre tus hijos con su eterno abrazo!

Cuando las hordas bárbaras rugieron
Y á la sombra de Atila se lanzaron,
Y á la espantada Europa sorprendieron,
Y entre sus propias ruinas le abismaron,
El *fraile* moribundo,
Hasta en las catacumbas perseguido,
Salvó, en las catacumbas escondido,
El progreso del mundo:
¡La ciencia, el arte, la verdad, la historia,
La civilización, que alza en su huella
El hombre hasta la gloria,
Al resurgir la Cruz, renació en ella!
¿Qué fué en un tiempo tu mansión paterna,
Qué fué el hogar donde tu amor sonrfe,
Qué fué tu patria entera,
Donde hoy sus pasos el progreso estampa?

Antes de alzar mi Cruz, ¿sabes lo que era?
¡El salvaje desierto de la Pampa!

Yo caigo en él! ¡soy el primer cristiano
Que recibe del bárbaro la flecha,
Y abre en sus hordas la primera brecha

Al pensamiento humano!

Y sobre el rastro de la sangre mía,
Con que el desierto indómito fecundo,
Tiende la libertad la férrea vía
Por donde cruza el porvenir del mundo!

¡Yo caigo en él! ¿qué pierdo
En la vida de glorias rodeada,
Cuando la muerte mi pupila cierra?...
¿Qué puede sollozar en mi recuerdo?

¡El pedazo de piedra

Que me sirvió de almohada,

Y el mendrugo de pan con que la tierra
Alimentó mi paso en mi jornada!

Sobre la huesa mía,

En el mundo feliz, sólo un lamentó

Viene á llorar bajo la noche umbría...

El gemido del viento!

Caigo bajo la Cruz, con que combato
Por la gloria del hombre eternamente...

Y ahora, mundo ateo, mundo ingrato,

Escúpeme en la frente!

R. GUTIÉRREZ.



LUCHA

Yo tenía un hogar pequeño y pobre;
Digna cuna del mártir y del paria,
Sin techo en la tormenta de su suerte,
Sin pan en su hambre, y en su sed sin agual

Era un humilde nido, casi oculto
En las frondosas y flexibles ramas
De un bosque de fragantes madre selvas,
Albos jazmines y encendidas dalias.

En su estrecho recinto no cabía
La pequeñez de la grandeza humana,
Pero ofrecía ilimitado espacio
Á la gigante aspiración de mi alma !

Ebrio de corrupción, jamás el mundo
Hizo estallar en él su carcajada,
Ni en su celeste atmósfera fué el vicio
Á derramar sus repugnantes miasmas !

Allí abrían las rosas sus capullos
Á la caricia de la luz del alba,
Como al calor de los primeros besos
Se abren los frescos labios de la infancia.

Embriagados de esencia, los jazmines
Sobre sus verdes tallos se inclinaban;

Encorvados ancianos parecían,
Envueltos en la nieve de sus canas.

Como regia diadema de brillantes
Que centellea en una frente casta,
Las luminosas gotas de rocío
Sobre la flor del azahar chispeaban.

Los perfumes, la luz, la melodía
Del canto del zorzal y la calandria,
Todo formaba un colosal poema
En aquel libro de pequeñas páginas !

Destumbrado una tarde por el brillo
De sus hermosas y radiantes galas,
Vi de pronto caer una paloma
Bajo la fuerza de sangrienta garra!

¡Era mi juventud, rica de ensueños,
Ilusiones, anhelos y esperanzas,
Que el buitre del dolor acometía
Con sed de sangre y convulsión de rabia!

Desde entonces, arrastro la cadena
Que oprime mi existencia desolada,
Luchando día á día sin rendirme,
Con el hambre, la sed y la desgracia !

¡No es posible triunfar ! Pero que al menos,
Cuando en el polvo de la tumba caiga,
Sepan que no he ganado los laureles,
Ocultando la frente en la batalla !

GERVASIO MÉNDEZ.

CORONAD Á GUIDO

Cercad, cercad con rosas y laureles
La cabellera del cantor de Amira!
Dad á esa musa, que rebosa mieles,
Una urna de heliotropos y claveles
Para que guarde su cansada lira!

Dad á la tarde del ilustre anciano
Nubes y luz del inmortal mañana;
Entrelazad á su cabello cano
Una corona de perfume indiano
Tejida en nuestra selva americana!

Boyero que anidó en nuestros hogares,
Poblando con sus trovas matutinas
De la patria de Mármol los palmares,
Bien merecen sus dúlcidos cantares
Una ofrenda de palmas argentinas.

Una beldad gentil de tez morena,
Corone al prócer de la ciencia gaya
Y le recuerde la beldad serena
Por él vista al pasar, rústica y buena,
Bajo los pliegues de su corta saya.

Tejed, tejed con rosas y laureles
De Nenia al trovador santuario y nido
En que elabore sus postreras mieles!
¡En urna de violetas y claveles
Guardad el arpa celestial de Guido!

CARLOS ROXLO.



A U R E S

De peñón en peñón turbias saltando,
Las aguas de Aures descender se ven;
La roca de granito socavado
Con sus bombas haciendo estremecer.

Los helechos y juncos de su orilla,
Temblorosos condensan el vapor;
Y en sus columpios trémulas vacilan
Las gotas de agua que abrillanta el sol.

Se ve colgando en sus abismos hondos,
Entretejido, el verde carrizal,
Como de un cofre en el oscuro fondo
Los hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arcos de esmeralda
Forman grutas do no penetra el sol,
Como el toldo de mimbres y de palmas-
Que Lucina tejió para Endimión.

Reclinado á su sombra, ¡cuántas veces
Ví mi casa á lo lejos blanquear,
Paloma oculta entre el ramaje verde,
Oveja solitaria en el gramal!

Del techo bronceado se elevaba

El humo tenue en espiral azul...
La dicha que forjaba entonces el alma
Fresca la guarda la memoria aún.

Allí, á la sombra de esos verdes bosques,
Correr los años de mi infancia ví;
Los poblé de ilusiones cuando joven,
Y cerca de ellos aspiré á morir.

Soñé que allí mis hijos y mi Julia...
Basta! las penas tienen su pudor,
Y nombres hay que nunca se pronuncian
Sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy también de ese techo se levanta
Blanco-azulado el humo del hogar;
Ya ese fuego lo enciende mano extraña,
Ya es ajena la casa paternal.

La miro cual próscrito que se aleja
Ve de la tarde á la rosada luz
La amarilla vereda que serpea
De su montaña en el lejano azul.

Son un prisma las lágrimas que prestan
Al pasado su mágico color;
Al través de la lluvia son más bellas
Esas colinas que ilumina el sol.

¡Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
Visiones de placer, sueños de amor,
Hereditad de mis padres, hondo río,
Casita blanca... y esperanza, adiós!

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.

AT HOME

Bella es la vida que á la sombra pasa
Del heredado hogar; el hombre fuerte
Contra el áspero embate de la suerte
Puede allí abroquelarse en su virtud;
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
Si el aéreo castillo viene abajo,
Queda la noble lucha del trabajo,
La esperanza, el amor, la juventud.

Hijos, venid en derredor; acuda,
Vuestra madre también; ¡fidel compañera!
Y levantad á Dios con fe sincera
Vuestra ferviente, cándida oración;
Él es quien nos reúne y nos escuda,
Quien puso en vuestros labios la sonrisa,
Da su aroma á la flor, vuelo á la brisa,
Luz á los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio
Ansío rodearme de cariños;
La serena inocencia de los niños
De la herida mortal calma el dolor.
Es para el porvenir dulce presagio

Que al hombre con el mundo reconcilia,
El ver crecer en torno la familia,
Bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,
Aspiren á las pompas de la tierra;
Su nombre ilustre en la sangrienta guerra
Lleno de encono el bárbaro adalid;
Nuestra misión es, hijos, más cristiana;
Amar la caridad, amar la ciencia;
Puras las manos, pura la conciencia,
Dar el licor á quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbre
El sendero del bien; nada amedrente
Al varón justo, al ánimo valiente
Que fecundiza el suelo en que nació;
La libertad amemos por costumbre,
Por convicción y por deber; en ella
El despotismo estúpido se estrella:
La patria esclavizada redimió!

¡Honra y prez á sus padres denodados!
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo;
Hoy descansa su espíritu en el cielo,
Noble atleta vencido por la edad.
Venid en sus recuerdos impregnados,
Y llena el alma de filial ternura,
Su venerada, humilde sepultura,
Con flores y lágrimas regad!

Tomad ejemplo en él, y cuando un día

Emprenda yo mi viaje sin retorno,
Erigidme una cruz y de ella en torno,
Sin una mancha en la tranquila sien,
Llenos de paz, radiantes de armonía,
Podáis decir de vuestro padre amado:
Latió en su pecho un corazón honrado;
No fué un prócer,—fué más—hombre de bien!

CARLOS GUIDO SPANO.



LA LIBERTAD

Ceñida de relámpagos
La tempestuosa frente,
Derriba los alcázares,
Y, trémula, rugiente,
Escombros y cadáveres
Se sienta á contemplar;
Y blande la flamígera,
La ponderosa clava,
Y la orgullosa púrpura
De los tiranos lava,
De roja sangre cálida
En un inmenso mar.

Atenas, noble víctima
De la ambición, del odio;
La diosa invoca férvida,
Y el valeroso Harmodio
Clava un puñal... Del déspota
Libre á su patria ve
La formidable Némesis,
De Bruto arma la diestra:
Al dictador sacrílego,
Colérica le muestra...
Del Tíber, la onda rápida
Murmura «César fué».

¡Encantadora América,
Región de los aromas,
Donde suspiran lánguidas
De Venus las palomas,
Despierta. ¡El Orbe, atónito,
Tu yelmo vea lucir.

No más tus glorias ínclitas
Ultrajen los tiranos;
¡Abre los ojos, míralos!
Imbéciles enanos
Son los que ven tus lágrimas,
Con júbilo surgir.

¿Qué se hizo la titánica,
La raza lidiadora,
Que en las gigantes cúspides
Del Andes, triunfadora,
El colombiano lábaro
De redención clavó?
¿Dó los clarines bélicos,
Los roncós atambores...
Y dónde el son horrísono,
Que en tumbos mugidores,
Allá en Junín, las águilas
Iberas ahuyentó?

Sobre tu blanca túnica,
Rota por mano impía,
Tiró su dado pérfido
La negra tiranía,
Y se usurpó famélica,
¡Oh patria! tu heredad.

¿Lloras?... ¡Tu llanto cálido
Enjuga, virgen bella!
De tu infeliz horóscopo,
La sanguinosa estrella
Recobrará su prístina
Serena claridad.

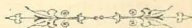
Deja los bosques, ídolo
Del colombiano suelo;
Ven, libertad, seráfico
Divino don del cielo!
Rompe los hierros bárbaros
Que forja la opresión;
Mueve tu hueste innúmera,
Aguija tus bridones:
Tu aliento, como el ábrego,
Sacude los pendones
Que encomendaste al Hércules
Del mundo de Colón.

Ya tu celeste oráculo
Rugir cual trueno escucho:
«Con fraternales vínculos,
Los bravos de Ayacucho,
Uniéronse; — no el número
Los hizo allí vencer;
Austera virtud cívica
Nutrió sus grandes almas,
Así segaron vívidas
Triunfadoras palmas,
Cuyos marchitos vástagos
Aun pueden florecer.

Unión... y nueva Dévora,
¡Oh patria agonizante!
De la victoria el cántico
Entonarás triunfante,
Y cual radiosa pléyade,
Tu gloria brillará
En vividores mármoles,
Leerá la edad futura
Tu portentosa página,
Tu ingénita bravura,
Y de tus nobles mártires
La suerte envidiará.

¿Oís?... Desde su trípode,
Ardiendo el ojo en llama,
Con sorda voz profética
«¡Unión!» la diosa clama,
Y fulminosas ráfagas
Agitan su broquel...
Encantadora América,
Región de los aromas,
Donde suspiran lánguidas
De Venus las palomas,
Despierta!... El Orbe, atónito,
Contempla tu laurel.

ABIGAIL LOZANO



Á NUMA POMPILIO LLONA

¡Aun resuena en el fondo de mi pecho
Ese apóstrofe inmenso de tu alma!
¡Aun chispea mi espíritu, encendido
En el rayo vivaz de tu palabra!

Hoy que el fuego de tu genio me circunda,
Hoy que azota mi frente con sus llamas,
¡Cómo laten mis sienes! ¡Cómo hierve
Tumultuosa mi sangre americana!

¿Qué volcán en los Andes, inflamado,
Dió á tu pecho el aliento con que abrasas,
Y qué eléctrica nube tempestuosa,
La tremenda explosión de la borrasca?

¿En qué selva del Trópico lujoso,
En qué oculta sonora catarata
Aprendiste la música sublime
Que en tus versos suspende y embriaga?

¡Oh! dímelo, poeta!... Muchas veces,
En las llanuras de mi hermosa patria,
He ofrecido á los vientos del Pampero
Para arrancarle su rugido, el arpa.

¡Vano empeño! Jamás la lira mía
Exhaló de sus cuerdas agitadas
Ardiente grito, como aquel que rompe
De la imponente soledad la calma.

¡Dime, cóndor audaz del pensamiento,
En qué nube, en qué aurora, en dónde se hallan
Esos tintes de espléndida belleza,
Que yo pueda tender allí mis alas!

¡Sí; yo siento también, como tú sientes,
De la suprema inspiración las ansias;
Un incendio en mí mismo que deslumbra
Como un astro deshecho en llamaradas!

Y, admirando la lira de la Grecia,
Que las piedras y fuentes apartaba,
He soñado el poeta á cuyo acento
Se suspende en silencio el Tequendama!

¡El poeta inmortal del Nuevo Mundo,
Que recorra sus sendas ignoradas
Con el alma de América en los labios,
Con el fuego de Dios en la mirada!

El Homero, cantor de sus victorias,
Que, por cima del humo y la metralla,
Clave audaz en el Sol nuestra bandera;
En el Sol, que es la cuna de Atahualpa!

¡Ah! tal vez eres tú! ¡Quizá en tu lira
Duermen todos los himnos que levanta

De su hirviente cristal el Amazonas;
De su oleaje turbulento el Plata;

Quizá duermen los genios que suspiran
Del argentino Paraná en las playas;
Los que ciñen, tejiendo hebras de fuego,
Deslumbrante diadema al Aconegua!

¡Quizá gimen los vientos ¡ay! los vientos,
Cargados con las sombras y las lágrimas
Que las nubes del cielo de la América
Dejan caer en las dolientes huacas! *

Y resuena el magnífico concierto
De tu espléndida tierra ecuatoriana,
Allí donde se yergue el Chimborazo
Y el Sol del Inca á coronarle baja! . . .

¡Salve, cóndor audaz del pensamiento!
Dígnate descender hasta mi estancia:
¡Que yo toque contigo las estrellas,
Aunque ruede después bajo tus alas!

RAFAEL OBLIGADO.

* Huacas: tumbas.



PLEGARIA Á DIOS

Sér de inmensa bondad, Dios poderoso,
Á Vos acudo en mi dolor vehemente;
Extended vuestro brazo omnipotente,
Rasgad de la calumnia el velo odioso
Y arrancad este sello ignominioso
Con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
Vos sólo sois mi defensor, Dios mío;
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz á los cielos,
Fuego al Sol, giro al aire, al Norte hielos,
Vida á las plantas, movimiento al río.

Todo lo podéis Vos, todo fenece
Ó se reanima á vuestra voz sagrada:
Fuera de Vos, Señor, el todo es nada
Que en la insondable eternidad perece;
Y aun esa misma nada os obedece,
Pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia,
Y pues vuestra eternal sabiduría
Ve al través de mi cuerpo el alma mía
Cual del aire á la clara transparencia,

Estorbad que, humillada la inocencia,
Bata sus palmas la calumnia impía.

Estorbadlo, Señor, por la preciosa
Sangre vertida, que la culpa sella
Del pecado de Adán, ó por aquella
Madre cándida, dulce y amorosa,
Cuando envuelta en pesar, mustia y llorosa,
Siguió tu muerte como heliaca estrella.

Por Aquélla de Regla venerada
Que un tiempo en Monserrat apareciera
De refulgentè aureola iluminada,
Sobre radiante disco placentera:
Por Aquélla tu esposa idolatrada
Que en su seno divino te tuviera,
Tiende, Señor, el iris de bonanza,
Y al monstruo horrendo en el abismo lanza...

Mas si cuadra á tu suma Omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío,
Y que los hombres mi cadáver frío
Ultrajen con maligna complacencia...
Suene tu voz, y acabe mi existencia...
Cúmplase en mí tu voluntad, ¡ Dios mío !...

GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN VALDEZ.



GRITO DE ALIENTO

A JOAQUÍN CASTELLANOS

Te asombra verme con la frente erguida,
De pie como el guerrero en su muralla,
Desafiando el horror de la batalla
Y oprimiendo los bordes de su herida.

Como la tuya se templó mi vida,
El pesar ni me rinde ni avasalla,
Y arrostro del obstáculo la valla
Con la fe por el Arte engrandecida.

Haz como yo: levanta la cabeza,
Ahoga las serpientes del deseo,
Sé fuerte y resignado en la tristeza.

Rompe de la ilusión los suaves lazos,
Como Hércules luchando con Anteo,
Extrangula el dolor entre tus brazos.

LEOPOLDO DÍAZ.



CÉSAR EN CASA

Juan, aquel militar de tres abriles,
Que con gorra y fusil sueña en ser hombre,
Y que ha sido en sus guerras infantiles
Un glorioso heredero de mi nombre;

Ayer, por tregua al belicoso juego,
Dejando en un rincón la espada quieta,
Tomó por voluntad, no á sangre y fuego,
Mi mesa de escribir y mi gaveta.

Allí guardo un laurel, y viene al caso
Repetir lo que saben mil testigos:
Esa corona de oropel y raso
La debo, no á la gloria, á mis amigos.

Con sus manos pequeñas y traviesas,
Desató el niño, de la verde guía,
El lazo tricolor en que hay impresas
Frasas que él no descifra todavía.

Con la atención de un sér que se emociona
Miró las hojas con extraño gesto
Y poniendo en mis manos la corona,
Me preguntó con intención:—«¿Qué es esto?»

—Esto es—repuse—el lauro que promete
La gloria al genio que en su luz inunda...
—«¿Y tú por qué lo tienes?»—Por juguete,
Le respondió mi convicción profunda.

Viendo la forma oval, pronto el objeto
Descubre el niño, de la noble gala;
Se la ciñe, faltándome al respeto,
Y hecho un héroe se aleja por la sala.

¡Qué hermosa dualidad! Gloria y cariño
Con su inocente acción enlazó ufano,
Pues con el lauro semejaba el niño
Un diminuto emperador romano.

Hasta creí que de su faz severa
Irradiaban celestes resplandores,
Y que anhelaba en su imperial litera
Ir al Circo á buscar los gladiadores.

Con su nuevo disfraz quedé asombrado
(No extrañéis en un padre estos asombros)
Y corrí por un trapo colorado
Que puse y extendí sobre sus hombros.

Mirélo así con cándido embeleso,
Me transformé en su esclavo humilde y rudo,
Y—«¡Ave, César!»—le dije, dame un beso,
¡Yo, que muero de penas, te saludo!

—«¿César?»—me preguntó lleno de susto.
Y yo, sintiendo que su amor me abrasa,
—«¡César!»—le respondí—«César augusto
De mi honor, de mi nombre y de mi casa!»

Quitéle el manto, le volví la espada,
Recogí mi corona de poeta,
Y la guardé, deshecha y empolvada,
En el fondo sin luz de mi gaveta.

JUAN DE DIOS PEZA.



SANTOS VEGA

El alma del Payador¹

Cuando la tarde se inclina
Sollozando al occidente,
Corre una sombra doliente
Sobre la Pampa argentina.
Y cuando el sol ilumina
Con luz brillante y serena
Del ancho campo la escena,
La melancólica sombra
Huye besando su alfombra
Con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del suelo
Que, en tibia noche de luna,
En solitaria laguna
Para la sombra su vuelo;
Que allí se ensancha, y un velo
Va sobre el agua formando,
Mientras se goza escuchando
Por singular beneficio,
El incesante bullicio
Que hacen las olas rodando.

¹ Trovador de las pampas argentinas.

Dicen que, en noche nublada,
Si su guitarra algún mozo
En el crucero del pozo
Deja de intento colgada,
Llega la sombra callada
Y al envolverla en su manto,
Suena el preludio de un canto
Entre las cuerdas dormidas,
Cuerdas que vibran heridas
Como por gotas de llanto.

Cuentan que, en noches de aquellas
En que la Pampa se abisma
En la extensión de sí misma
Sin su corona de estrellas,
Sobre las lomas más bellas
Donde hay más trébol risueño,
Luce una antorcha sin dueño
Entre una niebla indecisa,
Para que temple la brisa
Las blandas alas del sueño.

Mas, si trocado el desmayo
En tempestad de su seno,
Estalla el cóncavo trueno,
Que es la palabra del rayo,
Hiere al ombú de soslayo
Rojiza sierpe de llamas,
Que, calcinando sus ramas,
Serpea, corre y asciende,
Y en la alta copa desprende
Brillante lluvia de escamas.

Cuando en las siestas de estío,
 Las brillazones remedan ¹
 Vastos oleajes que ruedan
 Sobre fantástico río;
 Mudo, abismado y sombrío
 Baja un jinete la falda
 Tinta de bella esmeralda,
 Llega á las márgenes solas...
 Y hunde su potro en las olas,
 Con la guitarra á la espalda!

Si entonces cruza á lo lejos,
 Galopando sobre el llano
 Solitario, algún paisano,
 Viendo al otro en los reflejos
 De aquel abismo de espejos
 Siente indecibles quebrantos,
 Y alzando, en vez de sus cantos,
 Una oración de ternura,
 Al persignarse murmura:
 «¡El alma del viejo Santos!»

Yo, que en la tierra he nacido
 Donde ese genio ha cantado,
 Y el pampero he respirado
 Que al payador ha nutrido,
 Beso este suelo querido
 Que á mis caricias se entrega,
 Mientras de orgullo me anega
 La convicción de que es mía
 La patria de Echeverría,
 La tierra de Santos Vega.

RAFAEL OBLIGADO.

¹ Brillazón: espejismo.

Á MI PATRIA

Dos leones del desierto en las arenas,
De poderosos celos impelidos,
Luchan lanzando de dolor bramidos
Y roja espuma de sus fauces llenas.

Al estrecharse erizan las melenas,
Y tras nubes de polvo confundidos,
Vellones dejan al rodar caídos,
Tintos en sangre de sus rojas venas.

La noche allí los cubrirá lidiando...
Rugen aún... Cadáveres la aurora
Sólo hallará sobre la pampa fría.

Delirante, sin fruto batallando,
El pueblo dividido se devora:
¡Y son leones tus bandos, patria mía!

JORGE ISAAC.



AMPÁRALOS, SEÑOR!

Detén, Dios mío, la segur impía
Que hoy descarga la muerte con furor
Sobre los hijos de la patria mía;
Ampáralos, Señor!

Deténla, y muestra en el azul del cielo,
Do se ostenta tu trono de esplendor,
Un rayo que disipe del flagelo
La sombra y el horror.

¡Oh! para todos compasión te pido:
Que ampare á todos tu divino amor;
Al que más hondo sin piedad me ha herido,
Ampáralo, Señor!

GÉRVASIO MÉNDEZ.



Á MI HIJA MARÍA DEL PILAR

Tengo en el valle de la vida un lirio:
Mi dulce hija. Plácidez, candor,
Luz en la noche acerba del martirio,
Perla del mar en que se hundió mi amor.

Su nombre es armonía. Todo en ella
Modestia, gentileza, suavidad:
Destello azul de mi eclipsada estrella,
Que reflejó otro mundo y otra edad:

Color de bronce antiguo es su cabello;
De las espigas en sazón, la tez;
El talle de Polimnia, erguido el cuello:
Dátil nuevo de Smirna en su esbeltez.

Su labio carmesí destila el zumo
De la fresca granada, y es su andar
Gracioso y ligero como el humo
De los perfumes suaves del altar.

Dicen sus grandes ojos: inocencia;
Su frente: inspiración; y es tanto así
Que de ella emana la divina esencia
Del estro bullidor surgente en mí.

Dina y Raquel llamaránla su hermana;
La clara fuente, ninfa; el campo, flor.
Yo, de mi huerto la primer manzana,
De mi selva salvaje el ruiseñor.

Parece que su mente siempre al cielo
Levanta, y se arrobasa en contemplar
Las azuladas cumbres del Carmelo,
O la profunda inmensidad del mar.

A su lado el espíritu se eleva,
Y se aspira el olor de la virtud;
Mi vida en ondas mansas se renueva
Remontando á la noble juventud.

Si envuelta entre sus velos la contemplo,
Me aparecen las vírgenes de Sión,
Cruzando con sus lámparas el templo,
Palpitando en los labios la oración.

Y cuando fina á recibirme avanza,
La imagino, en su tierna languidez,
El ángel soñador de la esperanza
Que me sonrió en la tierra alguna vez.

De sus caricias el tesoro es mío;
Ella mi lira de márfil templó,
Y con rosas fragantes del estío
Mis cabellos ya blancos coronó.

¡Si la viese hoy la madre! ¡Quién podría
Su júbilo, su gloria traducir!
¡Oh mi muerta adorada!... ¡Oh mi Sofía!...
¿Por qué tan sola te dejé partir?...

La que mimara infante, es virgen pura,
Coronada de mirto y azahar,
Mirra escogida, incienso de la altura,
En mi zozobra oriente y luminar...

Busqué la playa y encontré el desierto,
Las arenas quemáronme los pies:
Marcho al azar de mi destino incierto,
Sin hoy y sin mañana y sin después.

Ven, hija, ven, que el templo está derruido;
Sus columnas tumbara el vendaval;
Salva el fuego sagrado allí encendido
Por un amor que se sintió inmortal.

Arca viva, tus rumbos, en la sombra,
Custodió de tu dicha, seguiré;
La campiña á tu paso es verde alfombra,
Contigo en claras linfas beberé.

El tronco aislado te dará su arrimo.
Aun hay murmullos en la agreste vid;
Yo el pámpano incoloro, tú el racimo;
¡Aves del cielo, céfiros, venid!

El hálito vital de tu alborada
Refresque puro, halagador, mi sien.
Tú empiezas, yo termino la jornada.
¡Dios te conduzca al suspirado edén!

CARLOS GUIDO Y SPANO.

AL CORNETA DEL "HUÁSCAR"

Cual tremenda flamígera tromba
Que lanzó desde un antro Luzbél,
Fulminante penetra una bomba
Por la popa del fuerte bajel;

Rompe, estalla, y esparcen sus cascos
Por do quiera fatal destrucción,
Como rompe los rudos peñascos
La centella en la andina región;

Y al soldado que incita al combate
Del clarín con la trémula voz,
Sobre el puente de súbito abate,
Como abate á la espiga la hoz;

Se incorpora él sangriento, pasea
Su mirada con velo mortal;
Y elevando la sien, victorea
A ¡la Patria! en acento marcial;

Y, expirando, la bélica trompa
Aún alienta, en sublime actitud...
¡Mas es fuerza que el cántico rompa
De la muerte la eterna quietud!

.....

¡Oh glorioso, aunque humilde soldado!
¡Esa voz del sonoro clarín,
Que la muerte inflexible ha apagado,
Vibrará en las edades sin fin!

¡Y sus roncacos acentos marciales,
Del futuro venciendo el rumor,
A los hombres, en ecos triunfales,
Narrarán tan heroico valor!

Hoy, envuelto en la enseña gloriosa
Que dió sombra á aquel grupo inmortal,
Tu sangriento cadáver reposa
En la tierra querida natal;

Y grabada ha quedado en tu pecho
Esta hermosa fulgente inscripción:
*«De La Patria Por La Honra Y Derecho,
Yace, Muerto En Espléndida Acción!...»*

La figura del nuncio espartano
Me recuerda tu eterna actitud;
Mas del noble corneta peruano
Es más grande la heroica virtud.

¡De la gloria supiste á la cima,
Por tu esfuerzo, de un vuelo surgir...
Bronce, mármol y férvida rima
Tu proeza dirá al porvenir!

¡De tu muerte el sublime episodio
Lleno está de grandeza y dolor;
Él acaso suscite un Harmodio!

¡Él acrece en las almas el odio
Contra el vil y salvaje opresor!

.....
.....
.....
.....

En el templo enlutado, á la lumbre
De los cirios, y junto al altar,
De un gran pueblo la gran muchedumbre
Tu sarcófago ví circúndar...

¿Por qué el fausto y la pompa suprema
De esa fúnebre augusta ovación?...
¡Porque en ti de la patria el emblema
Reconoce su fiel corazón!

¡Del derecho valiente soldado,
Y clarín de los Pueblos, cual tú,—
En intrépida lid destrozado,—
Ha caído también el Perú!

¡Con asalto tenaz cuanto impío,
Le postrarón *las huestes del Mal*,
Tu sarcófago mudo y sombrío
Simboliza su tumba fatal!

¡Como á Lázaro, lepra viviente,
Ruín enjambre, su cuerpo royó;
Y, agotadas sus fuerzas, la frente
En la fosa por fin reclinó!...

¡Mas veremos tal vez otros días

En radioso horizonte lucir,
Y tras largas tinieblas sombrías,
A la voz de un potente Mesías,
El cadáver podrá resurgir!

NUMO P. LLONA.



RIMAS

Del salón en el ángulo oscuro,
De su dueño tal vez olvidada,
Silenciosa y cubierta de polvo
Veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
Como el pájaro duerme en las ramas,
Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarlas!

¡Ay! pensé, ¡cuántas veces el genio
Así duerme en el fondo del alma,
Y una voz, como Lázaro, espera
Que le diga: ¡Levántate y anda!

GUSTAVO BÉCQUER.



RIMAS

En el libro lujoso se advierten
Las rimas triunfales
Bizantinos mosaicos, pulidos
Y raros esmaltes:
Fino estuche de artísticas joyas,
Ideas brillantes:
Los vocablos unidos á modo
De ricos collares,
Las ideas formando en el ritmo
Sus bellos engarces,
Y los versos como hilos de oro
Do irisadas tiemblan
Perlas orientales.
¡Y mirad! En las mil filigranas
Hallaréis alfileres punzantes,
Y en la pedrería
Trémulas facetas
De color de sangre.

Hay un verde laurel. En sus ramas
Un enjambre de pájaros duerme
En mudo reposo
Sin que el beso del sol los despierte.

Hay un verde laurel. En sus ramas
Que el terral melancólico mueve,
Se advierte una lira
Sin que nadie esa lira descuelgue.

¡Quién pudiera al influjo sagrado
De un soplo celeste,
Despertar en el árbol florido
Las rimas que duermen!

¡Y flotando en la luz el espíritu
Mientras arde en la sangre la fiebre,
Como «un himno gigante y extraño»
Arrancar á la lira de Bécquer!

RUBÉN DARÍO.



LOS ZAPATICOS DE ROSA

Hay sol bueno y mar de espuma,
Y arena fina, y Pilar
Quiere salir á estrenar
Su sombrerito de pluma.

—«¡Vaya la niña divina!»
Dice el padre, y le da un beso:
«Vaya mi pájaro preso
A buscarme arena fina.»

—«Yo voy con mi niña hermosa»,
Le dijo la madre buena:
«¡No te manches en la arena
Los zapaticos de rosa!»

Fueron las dos al jardín
Por la calle del laurel:
La madre cogió un clavel
Y Pilar cogió un jazmín.

Ella va de todo juego,
Con aro, y balde, y paleta:
El balde es color violeta,
El aro es color de fuego.

Vienen á verlas pasar,
Nadie quiere verlas ir:
La madre se echa á reir,
Y un viejo se echa á llorar.

El aire fresco despeina
A Pilar, que viene y va
Muy oronda: «¡Dí, mamá!
¿Tu sabes qué cosa es reina?»

Y por si vuelven de noche
De la orilla de la mar,
Para la madre y Pilar
Manda luego el padre el coche.

Está la playa muy linda:
Todo el mundo está en la playa:
Lleva espejuelos el aya
De la francesa Florinda.

Está Alberto, el militar
Que salió en la procesión
Con tricornio y con bastón,
Echando un bote á la mar.

¡Y qué mala, Magdalena
Con tantas cintas y lazos,
A la muñeca sin brazos
Enterrándola en la arena!

Conversan allá en las sillas,
Sentadas con los señores,
Las señoras, como flores
Debajo de las sombrillas.

Pero está con estos modos
Tan serios, muy triste el mar:
Lo alegre es allá, al doblar,
En la barranca de todos!

Dicen que suenan las olas
Mejor allá en la barranca,
Y que la arena es muy blanca
Donde están las niñas solas.

Pilar corre á su mamá:
—«Mamá, yo voy á ser buena;
Déjame ir sola á la arena;
Allá, tú me ves, allá!»

—«¡Esta niña caprichosa!
No hay tarde que no me enojés:
Anda, pero no te mojes
Los zapaticos de rosa.»

Le llega á los pies la espuma:
Gritan alegres las dos:
Y se va, diciendo adiós,
La del sombrero de pluma.

¡Se va allá, donde ¡muy lejos!
Las aguas son más salobres,
Donde se sientan las pobres,
Donde se sientan los viejos!

Se fué la niña á jugar
La espuma blanca bajó,
Y pasó el tiempo, y pasó
Un águila por el mar.

Y cuando el sol se ponía
Detrás de un monte dorado,
Un sombrerito callado
Por las arenas venía.

Trabaja mucho, trabaja
Para andar; ¿qué es lo que tiene
Pilar, que anda así, que viene
Con la cabecita baja?

Bien sabe la madre hermosa
Porqué le cuesta el andar:
—«¡Y los zapatos, Pilar,
Los zapaticos de rosa?»

«¡Ah, loca! ¿dónde estarán?
¡Dí dónde, Pilar!»—«Señora»,
Dice una mujer que llora:
«¡Están conmigo: aquí están!»

«Yo tengo una niña enferma,
Que llora en el cuarto oscuro
Y la traigo al aire puro
A ver el sol, y á que duerma.

«Anoche soñó, soñó
Con el cielo, y oyó un canto:
Me dió miedo, me dió espanto
Y la traje, y se durmió.

«Con sus dos brazos menudos
Estaba como abrazando;
Y yo mirando, mirando
Sus piecitos desnudos.

«Me llegó al cuerpo la espuma,
Alcé los ojos, y ví
Esta niña frente á mí
Con su sombrero de pluma.

—«¡Se parece á los retratos
Tu niña!» dijo: ¿Es de cera?
¿Quiere jugar? ¡Si quisiera!...
¿Y por qué está sin zapatos?

«Mira: ¡la mano le abrasa,
Y tiene los pies tan fríos!
¡Oh, toma, toma los míos:
Yo tengo más en mi casa!»

«No sé bien, señora hermosa,
Lo que sucedió después:
¡Le ví á mi hijita en los pies
Los zapaticos de rosa!»

Se vió sacar los pañuelos
A una rusa y á una inglesa,
El aya de la francesa
Se quitó los espejuelos.

Abrió la madre los brazos;
Se echó Pilar en su pecho,
Y sacó el traje deshecho
Sin adornos y sin lazos.

Todo lo quiere saber
De la enferma la señora:
¡No quiere saber que llora
De pobreza una mujer!

—«Sí, Pilar, dáselo! ¡Y eso
También! ¡tu manto! ¡tu anillo!»
Y ella le dió su bolsillo.
Le dió el clavel, le dió un beso:

Vuelven calladas de noche
A su casa del jardín:
Y Pilar va en el cojín
De la derecha del coche.

Y dice una mariposa
Que vió desde su rosal
Guardados en un cristal
Los zapaticos de rosa.

JOSÉ MARTÍ.



A MI HIJA DELFINA

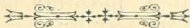
Blanca flor que embalsamas mi existencia
De tus perfumes con la grata esencia:
Música cuya suave melodía
Estremece de amor el alma mía;
Rayo de luz que caes sobre mi frente,
Disipando las sombras de mi mente;
Lágrima de los ojos desprendida
Del serafín que guarda vuestra vida;
Linfá donde apagué mi sed ardiente,
Como el viajero en agua trasparente;
Pichón que bajo el ala adormecido
Desafías las lluvias en tu nido;
Hija mía, entre sueños virginales,
Envuelta por los brazos maternos,
Y en esa fuente de materno seno
Bebe un raudal que de virtudes lleno
En cada gota verterá en tu mente
De nobles pensamientos la simiente.
Que dormirán hasta que en torvo ceño
El tiempo venga á perturbar el sueño;
Y puros sentimientos, ángel mío,
Que germinando cual la flor de estío,
Derramarán en tu alma ese perfume

Que la virtud de la niñez asume;
Y beberás un bálsamo del cielo
Para expresar dolores en el suelo,
Para exhalar mil gotas cristalinas
Como su aroma blancas clavelinas;
Porque el llanto es la flor que brota hermosa
En el alma sencilla y candorosa,
Y el rostro donde nunca ha resbalado
Es arenal que el cielo no ha regado.
Así, cual de la espléndida natura,
El llanto es la expresión de la criatura:
El cielo llora gotas de rocío
En las serenas noches del estío,
Y al ausentarse lánguida la aurora
Entre luces y sombras también llora,
Pero todo desciende suavemente
De la misericordia á el ancha frente,
Fertiliza el rocío los eriales,
Y la aurora los lirios virginales,
Y caen las dulces lágrimas del niño
En un seno purísimo de armiño,
Y más tarde entre manos cariñosas
Que se ahuecan sensibles y piadosas,
Cual urna sencillísima de cobre
Donde se guarda el óbolo del pobre.

¡Oh tú! que de la vida en la mañana
Te meces en el valle tan lozana:
Que sea tu cabeza bendecida
Sobre la almohada de la vida;
Que recorras tu plácida alborada
Por angélicas voces arrullada;
Que el viento de la dicha infle tu vela

Mientras la luna del placer ríela;
Y que si acaso un día negro velo
Mirares extender sobre tu cielo,
Veas llegar á tu arca placentera
La paloma de dichas mensajera
Para anunciarte en tu hombro reclinada:
«La tempestad se ve ya apaciguada,
«La luz del sol de nuevo ilumina
«Y las flores esmaltan la colina;
«Tersa se ve la frente de tu río
«Y no hay en él ni un áspero bajo:
«Mucho vagaste, niña, por los mares:
«Al fin reposarás entre tus lares,
«En la ribera nítida y risueña
«Que allá en el horizonte se diseña
«Do encallarás tu barca suavemente
«Como del manso arroyo la corriente».
Ora, hija mía, lejos de huracanes,
Duerme ajena de míseros afanes
Mientras tu madre tu cabeza pura
Bautiza con sus gotas de ternura,
Las que tu padre enjuga blandamente
Al deponer un ósculo en tu frente,
Dejando en esas lágrimas escrita
Una dulce palabra: «Eres bendita!»

B. MITRE.



LAS ARTES

LA ESCULTURA

Yo soy la reina de brillante clámide
Y de pálido rostro pensativo.
Es la eterna pirámide
Mi trono primitivo.
En mi culto se alternan
Las edades veloces.
Y sus frentes olímpicas prosternan
Los Genios y los Dioses.
Yo soy ante la aurora,
Bajo el Cielo infinito
Resurrección sonora,
Grandiosa apoteosis de granito.
Es mi cetro el escoplo.
Es mi nimbo la yedra.
Yo hago, bajo mi soplo,
Bullir el bronce, palpar la piedra.
Bajo el éter que oscila
Me saluda el gran Sol desde el Oriente:
Llevo la majestad en la pupila;
Llevo la eternidad sobre la frente....

LA PINTURA

Yo soy la hermosa y opulenta reina
Que viste de flotantes arboles,
Y que sus bucles peina
Bajo un nimbo de soles.
Yo hago brotar de las hirvientes linfas
Bajo la tenue bruma,
Inmaculadas ninfas
Con túnicas de espuma.
Es el pincel mi cetro soberano.
Yo llevo como norma
La visión del arcano,
El ritmo de la forma,
Es el éter azul mi vasto imperio.
Besa las orlas de mi regia gasa,
Desde el hondo misterio,
Cada estrella que pasa.
Llevo en mi frente que arde
Y en mi pupila que sonrío y llora,
Las sombras de la tarde,
Los rayos de la aurora....

LA MÚSICA

Yo soy la reina de celeste cuna
Que en el misterio de las noches solas
En un rayo de luna,
Se columpia en las olas.
Con el alba sin tules
Y el pálido crepúsculo converso.
Yo tengo alas azules,
Yo lleno con mi soplo el Universo.
Yo alzo hasta Dios en mi ondulante giro

La escala de mis sonos.

En las auras suspiro;

Rujo en los aquilones.

Soy undívaga fibra.

Soy clarín de batalla.

Soy ósculo que vibra.

Soy cólera que estalla.

Soy como los querubes:

Vuelo con raudos, luminosos rastros,

Más allá de las nubes,

Más allá de los astros.

Sé todo lo que encierra,

La estrella melancólica.

Yo no soy de la tierra.

Yo soy la misteriosa Reina eólica.....

LA POESÍA

Yo soy la Reina mágica que labra

El oro de la idea;

Y en el carro triunfal de la palabra

Sus águilas pasea.

Yo lanzo hacia lo lejos

Con mi fúlgido cetro de topacio

Cascadas de reflejos

Que inflaman el espacio.

Mi carro cristalino

La excelsa cumbre del Olimpo salva;

Y esmalta su camino

Con las perlas del alba,

Cuando baten al viento mis corceles

Sus raudas crines bellas,

Florecen los laureles,

Florecen las estrellas;
Yo describo sin calma
Fantásticas eclípticas,
Yo hago brotar del alma
Alas apocalípticas,
Cuando á mi soplo ruge
La formidable tempestad del verso,
Con estrépito cruje
Sobre su eterna base el Universo....

PEDRO A. GONZÁLEZ.



LA LIBERTAD

FANTASÍA

Buscándose un asilo cierto día
Un genio vagabundo,
Con vuelo presuroso recorría
Los ámbitos del mundo.

Iba tendiendo sus radiantes galas
Por una y otra zona;
De purísima luz eran sus alas,
De rayos su corona.

Llegaba á veces en su vuelo airoso
Hasta tocar el suelo;
Pero otra vez con ímpetu ardoroso
Se remontaba al cielo.

Y volando, volando, se cansaba
Sintiendo su abandono,
Porque un asilo digno no encontraba
Donde sentar su trono.

La Europa recorrió, y era la Europa
Dominio de las hienas:
Allí cada nación era una tropa
Cargada de cadenas.

En la vieja Inglaterra dominaba
Un raro despotismo:

Entre sus densas nieblas elevaba
Su trono el egoísmo.

La España agonizante se rendía
De su pasado al peso,
Y un inmenso epitafio allí decía:
Aquí yace el progreso.

La Francia era un gigante prisionero
Cargado con su historia,
Y escribía en un fúnebre letrero:
Aquí duerme la gloria.

En Polonia, la virgen hecha trizas,
Vió el genio con delirio
Una inscripción formada con cenizas:
Aquí vive el martirio.

La Italia convulsiva se agitaba
Llorando de energía:
En un caos confuso allí luchaba
La noche con el día.

En la Rusia un verdugo sanguinario
Se alzaba sobre el lodo,
Diciendo con acento victimario:
Aquí el látigo es todo.

La Venecia y la Hungría sienten locas
Que un monstruo las abraza,
Y no pueden gritar, porque sus bocas
Comprime una mordaza.

Do quier se elevan ecos infinitos
De fieras que devoran,
Y quejidos terríficos y gritos
De víctimas que lloran.

Apartó el genio su mirar ardiente
Para elevarlo al cielo,
Y al pasar, un lágrima doliente
Dejó sobre aquel suelo.

El África y el Asia corrió enteras
Y las vió que dormían,
Y en Africa y en Asia como fieras
Los bárbaros vivían.

Ya cansado, en su fe desesperaba
Sintiendo su abandono,
Porque un asilo digno nó encontraba
Para sentar su trono.

De súbito una luz casi perdida
Llegó á alumbrar su frente,
Y sus alas entonces con más vida
Tendió hacia el Occidente.

Á América llegó, vió que nacía
De germen más fecundo,
Y una inscripción de luces que decía:
Aquí renace el mundo!

Se esparció por su atmósfera celeste,
Bajó con majestad
Y orgulloso exclamó: Mi altar es éste!
Yo soy la Libertad!

LUIS RODRÍGUEZ VELASCO.

EL HOGAR PATERNO

Á MIS HERMANAS

Oh! mis islas amadas, dulce asilo
De mi primera edad!
¡Añosos algarrobos, viejos talas,
Donde el boyero me enseñó á cantar!
¿Por qué os dejé, para encerrar mi vida
En la estrecha ciudad;
Para arrojar mi corazón de niño
De las pasiones en el turbio mar?...
Como un cisne posado en las riberas
Del ancho Paraná,
Así, blanco y risueño, se divisa
Á la distancia mi paterno hogar.
En los vastos y abiertos corredores
Que grata sombra dan;
En el cuadro de antiguos paraísos
Que, destrozados, no florecen ya;
En las barrancas que hacia el puerto ondulan
Y avanzan al canal,
Do vela el sueño de gloriosos muertos
La solitaria cruz de ñandubay;

En la hondonada que perfuma el molle
Y engalana el chañar;
En el arroyo que las toscas baña;
En ese campo que se extiende allá...

Allí está mi pasado, de mi vida
La inocencia y la paz:
Allí mi madre me acarició, niño,
Y mis hermanas en redor están

No bien despierta el sol en el Oriente,
Tierno beso nos da;
Dé rodillas, oramos; y, en seguida,
Puerta franca... la luz, la libertad!

Como bandada de enjaulados pájaros,
Por aquí, por allá,
Al campo el uno, á la barranca el otro,
Nos echábamos todos á volar.

—«Cuidado con los nidos», nos decía
Mi madre, en el umbral;
Pero digan horneros y zorzales
Si les valió la maternal piedad.

Lejos ya de su vista, á un algarrobo
Trepaba el más audaz,
Y con los ojos de mil ansias llenos,
Esperaban en grupo los demás.

En el horno de barro, construido
Para vivir y amar,
Introducía sus rosados dedos
El pequeño aprendiz de gavilán;

Y, del pico ó del ala destrozada,
 ¡Nunca vista crueldad!
Asiendo los polluelos, uno á uno
Los arrojaba con desdén triunfal.
Y era entonces de ver el alboroto
 Y el bullicioso afán
De aquel enjambre de inocentes niños
Que así destruía un inocente hogar.

Otras veces, del río en la corriente,
 Al cárdeno fulgor
Que desde el fondo de la Pampa envía,
En sesgo rayo, el moribundo sol;
En agitado, en revoltoso grupo,
 Y alegre confusión,
Los juncuales rozando de la orilla,
Con mis hermanas navegaba yo.
Una, los brazos en el agua hundiendo,
 Tendíase á estribor,
Y sonreía á la rizada espuma
Que la canoa abandonaba en pos.
Otra, imprudente, á la inclinada borda
 Lanzándose veloz,
Entre sus manos victoriosa alzaba
Del camalote la celeste flor.
Ésta, la caña de pescar volvía,
 Enviando en derredor
Menudas gotas que al caer brillaban
En los cabellos de las otras dos.

Batiendo luego las rosadas palmas,
Reía, porque vió
Medrosa hundirse en la corriente un ave
Al desusado y repentino son.

Pero si alguna, al levantar los ojos,
Mostraba el mirador,
Donde mi madre á vigilarnos iba,
Gritaban todas á la vez: «¡Adiós!»

¡Oh dulces años! Por entonces era
Nuestro goce mayor
Hurtar las flores que en las islas abren,
Y de sus aves escuchar la voz.

Las pasionarias, las achiras de oro,
Y el seibo punzó,
Eran ofrendas que mi madre amaba,
Porque á sus hijos se las daba Dios.

¡Ingrato, ingrato si el recuerdo suyo
Arranco al corazón,
Si, yendo en pos del oropel mundano,
El hombre olvida lo que el niño amó!

RAFAEL OBLIGADO.



LA LUZ MALA

(TRADICIÓN ARGENTINA)

Larga tropa de carretas
Atraviesa la llanura
Bajo la eterna hermosura
De los radiantes planetas.
Al tardo paso sujetas
De los bueyes, enfiladas,
Salvan lomas y quebradas,
Y en el trébol florecido,
Haciendo áspero rúido,
Hunden las ruedas pesadas.

Vénse allí en el claroscuro
De mil vagos resplandores,
Oscilar sus conductores
Sobre el pértigo inseguro.
De llegar no tiene apuro
A su rancho el picador;
Pero, músico y cantor,
Entretiene su camino
Con algún *triste* argentino
Que llora ausencias de amor.

La Cruz del Sud, suspendida
Sobre los campos desiertos,

Tiende los brazos abiertos
Hacia la tierra dormida.
Y en la sombra sumergida
Aquella inmensa región,
Llena de mística unción,
Por el trébol perfumada,
Está á sus plantas postrada,
Como en perpetua oración.

Súbito brilla á lo lejos
Una luz... la luz maldita,
Cuya historia nunca escrita
Saben jóvenes y viejos.
Vedla: lanza mil reflejos;
Se detiene y humo exhala;
Incendia el campo: resbala
Retorciéndose maligna;
Y cada uno se persigna,
Murmurando:—«La luz mala!»

—«Es el alma de un hermano,
Que, desterrada del cielo,
Solitaria y sin consuelo
Vaga errante por el llano;
Un espíritu cristiano,
De crueles ansias lleno,
Que, de la noche en el seno,
Nos ha pedido otras veces
Una cruz y algunas preces
Que le tornen justo y bueno».

Así dicen, y entre tanto,
Esquivando sus destellos,

Rezan juntos todos ellos,
Olvidados ya del canto;
Y ven, trémulos de espanto,
Cómo la luz resplandece
Y chispea, y desaparece,
Y con nueva brillantez
Ilumina, y cada vez
Más y más grande parece.

Ora se hunde en el bajo,
Ora corre por la loma,
Pero siempre avanza, y toma
Por momentos nuevo brío.
Del horizonte sombrío
Se aproxima á cada instante,
Y hacia atrás y hacia adelante
Huyen las sombras inquietas,
Y se acerca á las carretas
Como un ojo centelleante.

Y, mientras lleno de horror,
Trás esfuerzos sobrehumanes,
Se cubre con ambas manos
Todo el rostro el picador,
El penacho de vapor
Suelto al aire, rauda, altiva,
Rumorosa y convulsiva,
Cual un potro desbocado,
Pasa hirviendo por su lado
La veloz locomotiva.

Mal hacéis vuestro camino
Paso á paso y lentamente,

Al alcance del torrente,
Antiguo pueblo argentino!
¡Cantad himnos al destino,
Y cuando en noche serena
Brille una luz, no os dé pena,
No temáis, criollos, por eso,
Que en las vías del progreso
La luz mala es la luz buena!

RAFAEL OBLIGADO

1883.



Á DIOS

No es este canto el eco de la ola
Que azota el huracán de la desgracia,
Y que envuelta en la espuma de la ira
Contra los muros de mi pecho brama;

Es este canto,

¡Dios de mi alma!

La más tierna expresión del sentimiento
En la flor del recuerdo perfumada.

Es la dulce armonía arrobadora,
Que sobre el ¡ay! de mi infortunio vaga,
Levantando mi espíritu abatido
Sobre sus blancas y brillantes alas;

La fresca sombra,

La gota de agua,

Que la fiebre voraz de mi martirio
En el desierto de mi vida calma.

Es la esencia del bien, suave perfume
Que el pasado en mi espíritu derrama,
Que el transcurso del tiempo no evapora,
Que el viento del dolor no me arrebatá;

Único aroma,
Única lágrima
Que ha quedado del llanto de la aurora
De mi vida, en la adelfa deshojada.

Es el recuerdo de mi Edén perdido,
Del paraíso de mi edad temprana,
Del nido de mi amor y mi inocencia,
Del jardín más hermoso de mi patria.

Donde hay mujeres,
¡Flores gallardas!

En cuyos labios, como en frescas rosas
Va por la noche á perfumarse el aura.

Es la memoria de la tierra hermosa
Donde el hogar en que nací se halla
Sembrado de violetas y azucenas,
Rodeado de naranjos y de acacias;

¡Mansión humilde!
Paloma blanca,

A cuyo arrullo melodioso y tierno,
Me dormía feliz bajo sus alas

Tierra bendita en que el poeta siente
Que hasta el cielo su espíritu levantan
Sus ráfagas de luz y de armonías
Y el perfume exhalado por sus auras:

¡Volcán de amores!
Que á nadie abrasa,

Trasmitiendo el calor del sentimiento
Hasta á las fieras que en sus selvas braman.

Allí, Dios mío, pronuncié tu nombre,
Allí la fe se difundió en mi alma,

Y á su influjo las flores de mi vida
Exhalaron suavísima fragancia;
 ¡Edad tranquila!
 ¡Arroyo en calma!
¡Cuán distinto del mar de mi existencia
Que hoy azota con furia la borrasca!

Si allí, Señor, mi corazón latía
Al suave impulso de impresiones santas,
Si allí las horas de mi vida fueron
Puras y alegres cual la luz del alba,
 Si allí creía,
 Si allí esperaba,
¿Cómo no ser sublime el sentimiento
Que á su recuerdo de mi sér emana?

Yo te ofrezco, Señor, su pura esencia
Que hasta en las horas del dolor me embriaga,
Como el único bien que me ha dejado
Para consuelo, mi fortuna ingrata;
 Como el perfume,
 Como la lágrima,
Que ha quedado del llanto de la aurora
De mi vida, en la adelfa deshojada!

GERVASIO MÉNDEZ.



LAS IDEAS

Surge á veces en el llano,
y en la loma á veces brota,
susurrando mansamente,
como de una arteria rota,
cristalino manantial.
Manantial inagotable,
cuya linfa fresca y pura
se desliza misteriosa
bajo arcadas de verdura
como sierpe de cristal.

Dánle sombra con sus ramas
los arbustos de la orilla,
y despliega ante sus plantas
la balsámica gramilla
su magnífico tapiz.
Ya se vuelca en un ribazo,
ya se arrastra en una hondura,
ya parece desde lejos,
en la faz de la llanura
misteriosa cicatriz.

Pero avanza, siempre avanza,
deja el llano, cruza el monte,

y al murmullo de sus pasos
se va abriendo el horizonte
como el velo de un altar;
lo saluda el ave errante
con dulcísimos gorjeos
y le cuenta el aura tímida
sus amantes devaneos
á la luz crepuscular.

La onda leve se agiganta,
su rumor se torna en grito,
como el pecho que fermenta
la ansiedad del infinito,
la inquietud del porvenir;
y creciendo, y avanzando,
el raudal se torna en río,
y va el río tumultuoso,
impertérrito y sombrío,
con el mar á combatir!

¡Así nacen las ideas,
manantiales de onda pura,
las ideas, que no tienen
más escudo ni armadura
que el escudo de la fe.
Pero avanzan silenciosas,
se retuercen, forcejean,
y se allanan las montañas,
y los páramos chispean
á los golpes de su pie!

OLEGARIO V. ANDRADE.

Á MI BANDERA

Página eterna de argentina gloria,
Melancólica imagen de la patria,
Núcleo de inmenso amor desconocido

Que en pos de ti me arrastras.

¿Bajo qué cielo flameará tu paño
Que no te siga sin cesar mi planta?

¡Cuando el rugido del cañón anuncia
El día de la gloria en la batalla.

Tú, como el ángel de la inmensa muerte
Te agitas y nos llamas!

¡Allá voy, allá voy sobre las olas,
Allá voy, allá voy sobre la pampa,
Bajo el cañón del enemigo injusto
A levantarte un trono en su muralla!

¡Ah! que la sombra de la noche eterna,
Me anuble para siempre la mirada,
Si un día triste te vieran mis ojos

Huyendo en la batalla,
Página eterna de argentina gloria,
Melancólica imagen de la patria!

JUAN CHASSAING.

MARCHA TRIUNFAL

Ya viene el cortejo!

Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines,
La espada se anuncia con vivo reflejo;
Ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines!

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas
[minervas y martes,
Los arcos triunfales, en donde las famas erigen
[sus largas trompetas,
La gloria solemne de los estandartes,
Llevados por manos robustas de heroicos atletas.

Se escucha el ruido que forman las armas de
[los caballeros;
Los frenos que mascan los fuertes caballos de
[guerra;
Los cascos que hieren la tierra;—
Y los timbaleros
Que el paso acompasan
Con ritmos marciales:—
Tal pasan los fieros guerreros
Debajo los arcos triunfales!

Los claros clarines de pronto levantan sus
sones,
Su canto sonoro,
Su cálido coro
Que envuelve en un trueno de oro
La augusta soberbia de los pabellones.
Él, dice la lucha; la herida venganza,
Las ásperas crines,
Los rudos penachos, la pica, la lanza,
La sangre que riega de heroicos carmines
La tierra;
Los negros mastines
Que azuza la Muerte, que rige la Guerra.

Los áureos sonidos
Anuncian el advenimiento
Triunfal de la Gloria;
Dejando el picacho que guarda sus nidos,
Tendiendo sus alas enormes al viento,
Los cóndores llegan. Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo!
Señala el abuelo los héroes al niño:—
(Ved cómo la barba del viejo
Los bucles de oro circunda de armiño.)

Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,
Y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa:
Y la más hermosa
Sonríe al más fiero de los vencedores.

¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera;
Honor al herido; y honor á los fieles

Soldados que muerte encontraron por mano ex-
 [tranjera:
 Clarines! Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,
 Desde sus panoplias saludan las nuevas coronas
 [y lauros:
 Las viejas espadas de los granaderos más fuertes
 [que osos;
 Hermanos de aquellos lanceros que fueron cen-
 [tauros.

Las trompas guerreras resuenan;
 De voces los aires se llenan;
 —Aquellas antiguas espadas,
 Aquellos ilustres aceros
 Que encarnan las glorias pasadas;—
 Y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias
 [ganadas;
 Al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;
 Al que ama la insignia del suelo materno;
 Al que ha desafiado ceñido el arreo y el arma en
 [la mano,

Los soles del rojo verano,
 Las nieves y vientos del gélido invierno,
 La noche, la escarcha,
 Y el odio y la muerte, por ser por la Patria in-
 [mortal,
 Saludan con voces de bronce las trompas de
 [guerra que tocan la marcha
 Triunfal!.....

RUBÉN DARÍO.

EL PAYASO

El circo se agitaba y aplaudía
Las gracias del Payaso.—Era una noche
De calma, de dulzura, de alegría,
De esas en que abren todas las estrellas
En el espacio su radiante broche,
En que el viento suspende sus querellas,
En que el ave suspira sus canciones,
La atmósfera se llena de fragancia,
Y revive el pasado en la distancia
Con todas sus primeras ilusiones.

El Payaso, risueño, desplegaba
Un valor sin igual. Nadie se arroja
Con más agilidad. Nadie danzaba
Como él, corriendo por la cuerda floja.
Nadie muestra más alto menosprecio
De las redes que faltan á sus plantas,
Al volar de un trapecio á otro trapecio
Anudando la voz en las gargantas!...
Arrastrado en un vértigo incesante
Giraba en remolinos prolongados,
Y al retirarse, pálido, jadeante,
Lo llamaban de nuevo á los tablados.

Volví, entonces, con la boca seca,
Vaga la vista y vacilante el paso,
Ostentando en sus rasgos fatigados
Las contracciones de su eterna mueca...
Y todos aclamaban al Payaso!

Ay! aquel hombre, pálido y convulso
Bajo la alegre faz de su careta,
Huía luego con ardiente impulso,
Y disfrazando su emoción secreta,
En todos los intervalos,—en tanto
Que el circo retumbaba, que se oían
Música, gritos, carcajadas, canto,
Voces de aliento, manos que aplaudían,
Corría hasta llegar á un aposento
Con paredes de lienzo, húmedo, estrecho,
Y allí con el semblante macilento,
Á la cabeza de un pequeño lecho
Contemplaba á su hijo moribundo
Lleno de angustia y de tristeza;—luego
Lo acariciaba con amor profundo,
Apresurado modulando un ruego,
Y en tanto que una fúnebre agonía
Le echaba al cuello su tremendo lazo,
El circo redoblaba su alegría
Y los niños llamaban al Payaso!...

Contempladlo! Aquí está! Llega, adelanta,
Como nunca grotesco y harapiento;
Su bonete de fieltro se levanta
Y gira con alegre movimiento;—
Su rostro donde todos los colores
Han dejado su beso y han partido,

Extraña confusión de resplandores,
Carcajada pintada en un gemido,—
Todo lo muestra como un ser sin nombre,
Todo inspira en el público impaciente
Esa torpe sonrisa indiferente
Con que miramos la abyección del hombre!...

Y él nunca, nunca se mostró más diestro:
Sus palabras brotaban á torrentes
Con una especie de rumor siniestro;
Sus chistes eran tristes é insolentes;
De pronto su dolor le dominaba
Y saltando con ímpetu de fiera
Que quebranta su cárcel, se arrojaba
Sobre un potro lanzado á la carrera,
Y con gritos horribles, con acentos
Donde se unía el odio á la locura,
Apuraba sus raudos movimientos
Y seguía en un pie, con su figura
De demonio que arrastra el torbellino,
Más indomable en su tremendo empuje
Que el huracán frenético que ruge
Y despoja á la selva en su camino!...

¿Quién dirá que aquel ser que no suspira
Y que lleva una máscara risueña,
Adora á un niño, y ese niño expira,
Y, en tanto que su público delira,
Su mano moribunda le hace seña?...
Cuando escapó, con mezcla de cariño,
De repugnancia y de terror,—cubierto
Por aquel traje vil,—el pobre niño
Estaba mudo, agonizante, yerto!

Una paz dulce, una celeste calma
Aplacó la amargura de su alma,
Y al volver á partir, lo dejó muerto!...
Un suspiro, un gemido, después nada!
¡Oh, Señor! la niñez es una aurora:
Una nube la nubla á la mirada
Sin disipar su luz deslumbradora.
Aquí se dobla con dolor la frente
Y en la tumba otra frente se levanta.
Nunca muere del todo el inocente...
Una ave calla mientras otra canta!

Murió, y al borde de su tumba abierta,
En la hora de tristes pensamientos
En que volvemos nuestra vida incierta,
Cargada de reproches y tormentos,
Al rápido camino recorrido,—
Nadie estrechó su mano demacrada,
Nadie escuchó su lánguido gemido,
Y se perdió en la sombra y el olvido
Sin hallar otros ojos su mirada!
El lienzo de su cuarto descubría
Un pedazo de cielo con estrellas;
Creyó que lo miraban. Quizás ellas
Lloraban presenciando su agonía!
Qué soledad tan triste! Su lamento,
Como una acusación contra la suerte
Levantaba sus ecos doloridos,
Que al brotar espiraban, absorbidos
Por la calma profunda de la muerte!...

El Payaso lloraba arrodillado
Con la cabeza apoyada sobre el lecho.

Todo callaba. En el recinto estrecho
De aquel húmedo cuarto abandonado
La muerte se encontraba solitaria.
Sus lágrimas candentes de amargura
Al correr desteñan la pintura;
Lo velaba una lámpara precaria,
Y sin consuelo á su dolor profundo,
Esclavo de un tenaz remordimiento,
Se elevaba un monótono lamento
De su pecho cansado y moribundo...

De pronto se detuvo. Un eco extraño
Llegó á su oído, el circo lo llamaba;
El circo inexorable que gozaba
Con la amargura de su inmenso daño;
Impaciente, esperando su salida,
Rugía, como león aprisionado.
Alguien gritó:—«Venid! os han llamado!»
—«A mí?»—dijo con voz estremecida.
Y calmando el ardor de su delirio
Se levantó con vacilante paso,
Como reo que marcha á su martirio,
Murmurando:—«Es verdad: ¡soy el Payaso!»

Cuando de nuevo se mostró en la arena
Fué saludado con alegres gritos....
Llevaba desgredada la melena
Y en los surcos profundos de su frente
Mil pensamientos de locura escritos.
Su rostro era una masa indiferente
De colores, un trozo de paleta.
Flotaba hecho jirones su vestido:
Era su acento penetrante y fuerte,
Y su mirada enrojecida, inquieta,

Vagaba como un pájaro sin nido!...

Se paró como atónito de asombro;
Miró sin ver, sin comprender su suerte,
Fiel todavía al cuadro de esa muerte
Como la hiedra débil al escombro.
Pero luego, saliendo de su calma
Como ebrio de dolor y de agonía,
Estallaron de pronto sus pasiones
Y reventó la tempestad en su alma,
Con un grito estridente de alegría,
Carcajadas y horribles convulsiones!...

Y al caer en la arena sin sentido,
El público pacífico partía
De las arañas al fulgor escaso,
Y con sordos murmullos repetía
Las espléndidas gracias del Payaso!...

M. G. MÉROU.



LA LUNA

Ya del Oriente en el confín profundo
La luna aparta el nebuloso velo,
Y leve sienta en el dormido mundo
Su casto pie con virginal recelo.

Absorta allí la inmensidad saluda,
Su faz humilde al cielo levantada,
Y el hondo azul con elocuencia muda
Orbes sin fin ofrece á su mirada.

Un lucero no más lleva por guía.
Por himno funeral silencio santo,
Por solo rumbo la región vacía,
Y la insondable soledad por manto.

¡Cuán bella, oh Luna, á lo alto del espacio
Por el turquí del éter lenta subes,
Con ricas tintas de ópalo y topacio
Franjando en torno tu dosel de nubes!

Cubre tu marcha grupo silencioso
De ricos copos que tu lumbre tiñe;
Y de la noche el iris vaporoso
La regia pompa de tu trono ciñe.

De allí desciende tu callada lumbre,
Y en argentinas gasas se despliega
De la nevada sierra por la cumbre
Y por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda oscura
A largos trechos el follaje tocas,
Y tu albo resplandor sobre la altura
En mármol torna las desnudas rocas.

O al pie del cerro do la rosa humea,
Con el matiz de la azucena bañas
La blanca torre de vecina aldea
En su nido de sauces y cabañas.

Sierpes de plata el valle recorriendo,
Vense, á la luz, las fuentes y los ríos,
En sus brillantes roscas envolviendo
Prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbre difundido, ¡oh Luna!
Vuelo á través de solitarias breñas
A los lejanos valles, do en su cuna
De umbrosos bosques y encumbradas peñas,

El lago del Desierto reverbera,
Adormecido, nítido, sereno,
Sus montañas pintando en la ribera,
Y el lujo de los cielos en su seno.

¡Oh! y estas son tus mágicas regiones,
Donde la humana voz jamás se escucha,
Laberinto de selvas y peñones
En que tu rayo con las sombras lucha;

Porque las sombras odian tu mirada;
Hijas del caos, por el mundo errantes;
Náufragos restos de la antigua Nada,
Que en el mar de la luz vagan flotantes.

Tu lumbre, empero, entre el vapor fulgura,
Luce del cerro en la áspera pendiente,
Y á trechos ilumina en la espesura
El ímpetu salvaje del torrente;

En luminosas perlas se liquida
Cuando en la espuma del raudal retoza,
Ó con la fuente llora que perdida
Entre la oscura soledad solloza.

En la mansión oculta de las Ninfas
Hendiendo el bosque á penetrar alcanza,
Y alumbra al pie de despeñadas linfas
De las Ondinas la nocturna danza.

A tu mirada suspendido el viento,
Ni árbol ni flor en el desierto agita:
No hay en los seres voz ni movimiento;
El corazón del mundo no palpita...

Se acerca el centinela de la Muerte:
;He aquí el silencio! Sólo en su presencia
Su propia desnudez el alma advierte,
Su propia voz escucha la conciencia.

Y pienso aún y con pavor medito
Que del Silencio la insondable calma
De los sepulcros es tremendo grito
Que no oye el cuerpo y que estremece el alma.

Y á su muda señal la Fantasía
Rasgando altiva su mortal sudario,
De lo infinito á la extensión sombría
Remontá audaz el vuelo solitario.

Hasta el confín de los espacios hiende,
Y desde allí contempla arrebatada
El piélago de mundos que se extiende
Por el callado abismo de la Nada!...

El que vistió de nieve la alta sierra,
De oscuridad las selvas seculares,
De hielo el polo, de verdor la tierra,
De blando azul los cielos y los mares,

Echó también sobre tu faz un velo,
Templando tu fulgor, para que el hombre
Pueda los orbes numerar del cielo,
Tiemble ante Dios, y su poder le asombre!

Cruzo perdido el vasto firmamento,
A sumergirme torno entre mí mismo,
Y se pierde otra vez mi pensamiento
De mi propia existencia en el abismo!

Delirios siento que mi mente aterran...
Los Andes á lo lejos enlutados
Pienso que son las tumbas do se encierran
Las cenizas de mundos ya juzgados...

El último lucero en el Levante
Asoma, y triste tu partida llora:
Cayó de tu diadema ese diamante,
Y adornará la frente de la aurora.

¡Oh, Luna, adiós! Quisiera en mi despecho
El vil lenguaje maldecir del hombre,
Que tantas emociones en su pecho
Deja que broten y les niega un nombre.

Se agita mi alma, desespera y gime,
Sintiéndose en la celda prisionera;
Recuerda al verte su misión sublime,
Y el frágil polvo sacudir quisiera.

Mas si del polvo libre se lanzara
Esta que siento, imagen de Dios mismo,
Para tender su vuelo no bastara
Del firmamento el infinito abismo;

Porque esos astros, cuya luz desmaya,
Ante el brillo del alma, hija del cielo,
No son siquiera arenas de la playa
Del mar que se abre á su futuro vuelo.

DIEGO FALLÓN.



LAS DOS GRANDEZAS

Uno altivo, otro sin ley,
Así dos hablando están:
—Yo soy Alejandro el rey.
—Y yo Diógenes el can.

—Vengo á hacerte más honrada
Tu vida de caracol.
¿Qué quieres de mí?—Yo, nada;
Que no me quites el Sol.

—Mi poder. . . .—Es asombroso,
Pero á mí nada me asombra.
—Yo puedo hacerte dichoso.
—Lo sé, no haciéndome sombra.

—Tendrás riquezas sin tasa,
Un palacio y un dosel.
—¿Y para qué quiero casa
Más grande que este tonel?

—Mantos reales gastarás
De oro y seda.—¡Nada, nada!
¿No ves que me abriga más
Esta capa remendada?

—Ricos manjares devoro
—Yo con pan duro me allano.
—Bebo el Chipre en copas de oro.
—Yo bebo el agua en la mano.

—Mandaré cuanto tú mandes.
—¡Vanidad de cosas vanas!
¿Y á unas miserias tan grandes
Las llamáis dichas humanas?

—Mi poder á cuantos gimen,
Va con gloria á socorrer.
—¡La gloria! capa del crimen;
Crimen sin capa, ¡el poder!

—Toda la tierra iracundo
Tengo postrada ante mí.
—¿Y eres el dueño del mundo,
No siendo dueño de ti?

—Yo sé que, del orbe dueño,
Seré del mundo el dichoso.
—Yo sé que tu último sueño
Será tu primer reposo.

—Yo impongo á mi arbitrio leyes.
—¿Tanto de injusto blasonas?
—Llevo vencidos cien reyes.
—¡Buen bandido de coronas!

—Vivir podré aborrecido,
Mas no moriré olvidado.
—Viviré desconocido,
Mas nunca moriré odiado.

—¡Adiós! pues romper no puedo
De tu cinismo el crisol.
—¡Adiós! ¡Cuán dichoso quedo,
Pues no me quitas el Sol!

—

Y al partir, con mutuo agravio,
Uno altivo, otro implacable,
—¡Miserable! dice el sabio;
Y el rey dice:—¡Miserable!

CAMPOAMOR.



LA ORACIÓN

Oye la voz con que á los cielos llama
El Universo que en la tarde gime,
Y alza al Creador sublime
La oración que en tu labio se derrama:
Siente la estrofa que la mar murmura,
Contempla el Sol que su corona humilla,
¡Oh, mortal criatura!
Y dobla sobre el polvo la rodilla.

Madre Naturaleza,
¡Cómo se templa enternecida el alma
En tu hora de calma,
Aleco universal de tu tristeza!
¡Cómo en el hondo anhelo
Que el inmortal espíritu remueve,
En tu misterio la esperanza bebe,
La majestad que le sublima al Cielo!

Todo en la tarde á la oración levanta,
Todo en el alma universal se anida,
Y la Creación, en éxtasis caída,
Como arpa eolia en plegaria canta.

Rueda la mar sus gigantescas olas
Con manso y perezoso movimiento

Hasta el desierto de las playas solas
Donde dormita el viento:
El último crepúsculo que baña
Con el color de fúnebre desmayo
La inmensidad del infinito ambiente,
Apaga el tornasol de la montaña
Que levanta la frente
Para mirar el rayo, último rayo,
Del Sol que se derrumba al Occidente.

El desierto sereno
Tiembla al paso del bruto, que se abriga
Entre la selva amiga,
De extraño afán y mansedumbre lleno:
El bosque bullicioso
Repliega en el silencio su follaje
Sobre el ave salvaje
Y el pájaro medroso;
Y como un alma tímida y errante
La sombra sale que en la selva espía
El último crepúsculo del día
Para tender su ala vacilante.

¡Soledad, soledad! Sobre tu mundo
Cruza veloz la brisa pasajera,
Leve como el aliento estremecido
Que arranca el estertor al moribundo:
Parece que dijera
«¡Silencio!» á la Creación con su gemido.
Entonces en la bóveda azulada
Abre como las flores el lucero,
Y allá, sobre su límpida mirada,
En el cenit del orbe,

Vaga armonía suena
Que el espíritu absorbe
Y con sublime adoración le llena.

Alza la frente que la angustia vana
Abisma en el infierno de tu duelo,
¡Oh criatura humana!
Y oye ese canto que te llama al Cielo.

¡Oh tarde majestuosa!
¡Cómo muestras á Dios en tu grandeza,
Cómo brota la vida misteriosa
Bajo tu aliento de inmortal tristeza!
En el eco lejano
Habla una voz que al corazón halaga
Como la voz del padre y del hermano,
Y en el suspiro de la brisa vaga
Que entre el cabello de la frente anida
Su secreto murmullo,
¡Oh! de la madre el cariñoso arrullo
Parece hablar al alma conmovida.

Sobre la cuenca lóbrega retumba
El salvaje alarido del torrente
Que cuelga en la pendiente
Y al antro pavoroso se derrumba:
Brama y se precipita,
Su golpe tiembla en el abismo hueco,
Y horrorizado el eco
Se asoma á las vorágines y grita.

La hoja que se mueve
Hace temblar el corazón con ella;

Parece el rumor leve
De una sombra evocada,
Y en la luz temblorosa de la estrella
Hay alguien que nos manda una mirada.

Hay una planta que se tuerce y gime
Y la piedad invoca
Bajo el pie cauteloso que la oprime;
Hay una rama que al pasar nos toca,
Una tímida rama;
Hay una flor que se abre con delicia
Y en su lluvia de pétalos derrama
Bajo el ojo mortal que la acaricia:
En las quimeras de la errante sombra,
Se borra y se diseña
Una pálida mano que hace seña,
Y un labio sonriente que nos nombra...
Sobre el mundo desierto
La soledad como un fantasma mira,
Y resucita, y se estremece, y gira
La vida de lo muerto.

¡Oh mortal criatura!
¿No siente á Dios la esencia de tu vida?
Es que en el alma universal fundida
Aspira á Él tu alma con tristeza;
Es que la majestad de la grandeza
El corazón inunda de ternura.

¡Oh tarde, tarde bella,
Que vuelcas sobre el mundo el firmamento
En el fulgor de tu primer estrella!
Tú me templeas el alma solitaria:

Siento en tu seno una armonía, siento
Como un ángel que llora
¡Oh Dios! es la plegaria
Con que en la tarde la Creación te adora!

RICARDO GUTIÉRREZ.



MI PADRE

Yo tengo en el hogar un soberano,
Único á quien venera el alma mía;
Es su corona de cabello cano,
La honra su ley y la virtud su guía.

En lentas horas de miseria y duelo,
Lleno de firme y varonil constancia,
Guarda la fe con que me habló del Cielo
En las horas primeras de mi infancia.

La amarga proscrición y la tristeza
En su alma abrieron incurable herida;
Es un anciano y lleva en su cabeza
El polvo del camino de la vida.

Ve del mundo las fieras tempestades,
De la suerte las horas desgraciadas,
Y pasa, como Cristo el Tiberiades,
De pie sobre las ondas encrespadas.

Seca su llanto, calla sus dolores,
Y sólo en el deber sus ojos fijos,
Recoge espinas y derrama flores
Sobre la senda que trazó á sus hijos.

Me ha dicho: «á quien es bueno, la amargura
Jamás en llanto sus mejillas moja;
En el mundo la flor de la ventura
Al más ligero soplo se deshoja.

«Haz el bien sin temer el sacrificio,
El hombre ha de luchar sereno y fuerte,
Y halla quien odia la maldad y el vicio
Un tálamo de rosas en la muerte.

«Si eres pobre, confórmate y sé bueno;
Si eres rico, protege al desgraciado;
Y lo mismo en tu hogar que en el ajeno
Guarda tu honor para vivir honrado.

«Ama la libertad, libre es el hombre
Y su juez más severo es la conciencia;
Tanto como tu honor guarda tu nombre,
Pues mi nombre y mi honor forman tu herencia.»

Este código augusto en mi alma pudo
Desde que lo escuché quedar grabado;
En todas las tormentas fué mi escudo,
De todas las borrascas me ha salvado.

Mi padre tiene en su mirar sereno
Reflejo fiel de su conciencia honrada;
¡Cuánto consejo cariñoso y bueno
Sorprendo en el fulgor de su mirada!

La nobleza del alma es su nobleza;
La gloria del deber forma su gloria;
Es pobre, pero encierra su pobreza
La página más grande de su historia.

Siendo el culto de mi alma su cariño,
La suerte quiso que al honrar su nombre,
Fuera el amor que me inspiró de niño
La más sagrada inspiración del hombre.

Quiera el Cielo que el canto que me inspira
Siempre sus ojos con amor lo vean,
Y de todos los versos de mi lira
Estos los dignos de su nombre sean.

JUAN DE DIOS PEZA.



LA TEMPESTAD

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agru-
pan

Del aire trasparente por la región azul?

¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan
Del cenit suspendiendo su tenebroso tul?

¿Qué instinto las arrastra? ¿Qué esencia las man-
tiene?

¿Con qué secreto impulso por el espacio van?

¿Qué ser velado en ellas atravesando viene
Sus cóncavas llanuras que sin lumbrera están?

¡Cuál rápidas se agolpan! ¡Cuál ruedan y se en-
sanchan

Y al firmamento trepan en lóbrego montón,

Y el puro azul alegre del firmamento manchan

Sus misteriosos grupos en torva confusión!

Resbalan lentamente por cima de los montes,
Avanzan en silencio sobre el rugiente mar;
Los huecos oscurecen de entrambos horizontes,
El orbe en las tinieblas bajo ellas va á quedar.

La Luna huyó al mirarlas; huyeron las estrellas;
Su claridad escasa la inmensidad sorbió;

Ya reinan solamente por los espacios ellas,
Do quier se ven tinieblas, mas firmamento no.

En vano nuestros ojos se afanan por hallarle,
Del tenebroso velo que le embozó detrás,
Que cuanto más los ojos se empeñan en buscarle
Se esconde el firmamento de nuestros ojos más.

¡Las nubes solamente! ¡Las nubes se acrecien-
[tan
Sobre el dormido mundo! ¡Las nubes por do
[quier!
A cada instante que huye la lobreguez aumentan,
Y se las ve en montones sin límites crecer.

Ya montes gigantescos semejan sus contornos
Al brillo de un relámpago que aumenta la ilusión,
Ya de volcanes ciento los inflamados hornos,
Ya de movibles monstruos alígero escuadrón.

Ya imitan apiñadas de los espesos pinos
Las desiguales copas y el campo desigual,
Ya informes pelotones de objetos peregrinos
Que mudan de colores, de forma y de local.

¿Qué brazo las impele? ¿Qué espíritu las guía?
¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz
Cuando retumba el trueno y cuando va bravía
Rugiendo por su vientre la tempestad veloz?

Acaso en medio de ellas á visitar los mundos
El Hacedor supremo del universo va,

Y envuelto en sus vapores sus seños más pro-
[fundos
Estudia, y sus cimientos por si caducan ya.

Acaso de su carro tras la viviente rueda
Con impotente saña caminará Luzbel,
Y porque allí cegarle su resplandor no pueda
Agolpará sus nubes entre su gloria y él.

Y acaso alguna de ellas será la formidable
Que circundó la cumbre del alto Sinaí,
En tanto que el ardiente misterio impenetrable
Que iluminó el profeta se fermentaba allí.

Acaso será alguna la que vertió en Sodoma
En inflamadas fuentes la cólera de Dios;
Acaso será alguna la que en los mares toma
Las aguas de un diluvio que la acompaña en pos.

¡Señor, yo te conozco! la noche azul serena
Me dice desde lejos: «Tu Dios se esconde allí.»
Pero la noche oscura, la de nublados llena,
Me dice más pujante: «Tu Dios se acerca á ti.»

Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto
En esa ardiente nube con que ceñido estás;
El resplandor conozco de tu semblante santo
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores
Detrás de esos nublados que bogan en tropel;
Conozco en esos grupos de lóbregos vapores
Los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas
 Del repentino trueno en el crujiente son;
 Las chispas de tu carro conozco en las centellas,
 Tu aliento en el rugido del rápido Aquilón.

¿Quién ante ti parece? ¿Quién es en tu presen-
 [cia
 Más que una arista seca que el aire va á romper?
 Tus ojos son el día: tu soplo es la existencia:
 Tu alfombra el firmamento: la eternidad tu ser.

¡Señor! yo te conozco: mi corazón te adora;
 Mi espíritu de hinojos ante tus pies está;
 Pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora
 Los cánticos que llegan al gran Jehová.

Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo;
 Prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor;
 Prestadme, amenos bosques, vuestro feliz mur-
 [mullo,
 Y cantaré á par vuestro la gloria del Señor.

Si su hálito llegara al arpa del poeta,
 Si á mí, Señor, bajara tu espíritu inmortal,
 Mi corazón, henchido del fuego del profeta,
 Cantara, y no tuvieran sus cánticos igual.

Mi voz fuera más dulce que el ruido de las ho-
 [jas
 Mecido por las auras del oloroso Abril,
 Más grata que del Fénix las últimas congojas,
 Y más que los gorjeos del ruiseñor gentil.

Más grave y majestuosa que el eco del torrente
Que cruza del desierto la inmensa soledad,
Más grande y más solemne que sobre el már hir-
[viente
El ruido con que rueda la ronca tempestad.

Mas ¡ay! que sólo puedo postrarme con mi lira
Delante de esas nubes con que ceñido estás,
Porque mi acento débil en mi garganta expira
Cuando al cruzar el éter relampaguendo vas.

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos
Aunque mi vista impura tu aparición no ve;
Mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos
Te adora en esas nubes mi solitaria fe.

JOSÉ ZORRILLA.



EL TAMBOR DE SAN MARTIN

Con los héroes de todo un Continente,
La muerte ha hecho sacrilego botín!
Pero aún lucha con ella frente á frente
Y cuerpo á cuerpo, en actitud valiente,
El anciano Tambor de San Martín!

Los esclavos se arrancan la librea:
«Termine, gritan, nuestra suerte ruin;
Sea nación independiente, sea,
La colonia infeliz. . . .» Y á la pelea
También corre el Tambor de San Martín!

Escala, en son de guerra, las inmóviles
Montañas, un brillante paladín;
Y se enardecen los campeones nobles
Al vibrante compás de los redobles
Que lanzaba el Tambor de San Martín!

Allá van los bizarros batallones! . . .
Y en Maipo, en Chacabuco y en Junín,
Destrozan las ibéricas legiones,
Arrollando artilleros y cañones
Al toque del Tambor de San Martín!

Cuentan que, en lo más recio de un combate,
Incendia una granada al polvorín!.....
Firme y de pie, su fibra no se abate,
Y entre montañas de humo, el parche bate,
Impasible, el Tambor de San Martín!

Joven y hermoso, en Lima y sus afueras.
Luefa su uniforme y su espadín,
Su airoso porte y hélicas maneras,
Crujiéndole las botas granaderas
Al rumboso Tambor de San Martín!

¡Qué tiempos! ¡Qué aventuras! ¡Cuántas *cholas*
De alma angélica y tez de serafín
Suspiraban llorosas, mustias, solas,
Porque oyeron las dulces mentirolas
Del galante Tambor de San Martín!

Enfermo yace el invencible atleta,
Relegado de un pueblo en el confín;
Ya no hay dianas, ni toques de retreta....
¡Pasó, pasó la juventud inquieta
Del ardiente Tambor de San Martín!

Por él son hombres libres los ilotas....
Y lleva un traje de raído brín!
Vive en un rancho, y en lugar de botas,
Miserables y rústicas ojotas
Sólo lleva el Tambor de San Martín!

¡Pan y ropas y techo al veterano
Escapado al sacrílego botín!
¡Patria de Monteagudo y de Belgrano!

¡Basta de ingratitud! Tiende tu mano
Generosa al Tambor de San Martín.

Que se yergan las sombras inmortales
De los bravos de Maipo y de Junín,
Y estrechen con abrazos fraternales,
Necochea, Las Heras y Arenales,
Al ilustre Tambor de San Martín!

VICTORIANO E. MONTES.

1878



A LA MEMORIA DE MI HERMANA ADELA

Seis años ya que el alma de mi alma
En la triste postrera despedida
 Me dijo su adiós tierno.
¿Por qué, infiel corazón, lates en calma?
¿Por qué, cuando es eterna la partida,
 No es el dolor eterno?

Y eterno es mi dolor, que aún el agudo
Dardo yo siento en la cerrada llaga
 Cuando una voz la nombra.
No está muerto mi duelo, aunque está mudo.
Secos al llanto, por mis ojos vaga
 Siempre una triste sombra.

Quando el invierno pálido se aleja
Y primavera con las frescas galas
 Orna el árido suelo,
Cual mariposa que la cárcel deja,
Su alma entreabrió sus transparentes alas
 Para volar al cielo.
De entonces que al tornar las tibias brisas,
Y que en Oriente el sol rojo fulgura,
 Mi corazón opreso

Ve en las luces del alba sus sonrisas,
Y el soplo del Abril se me figura
Su codiciado beso.

Y al pensar en su blonda cabellera,
Y en la luz de sus ojos de esmeralda,
Me finjo en mi congoja
Que es su imagen la verde primavera,
Cuando de mustias rosas la guirnalda
Tristemente deshoja.

Que ella murió en la edad de la hermosura,
En la edad de los cándidos hechizos;
Y cuando piense en ella
Veré siempre su blanca vestidura,
Su tersa frente y sus dorados rizos:
La veré siempre bella.

Morando en los espacios de la gloria
Tú aún vives con nosotros, pobre Adela;
Tú para mí no has muerto.
Yo en mis duelos invoco tu memoria,
Cual protector espíritu que vela
Sobre mi hogar desierto.

Y al vencer los escollos de la vida,
Yo comprendo ahora bien cuánto se encierra
Inefable consuelo,
En el místico lazo en que va unida
Parte de una familia por la tierra,
Y parte por el cielo.

Como en el bosque solitario el ave,
Cual flor mecida en el cerrado huerto,

Como en el mar la ola,
Cuya breve existencia nadie sabe,
Tú en el lugar donde naciste has muerto
Desconocida y sola.

Pero al orgullo vano de la ciencia,
Y á las fútiles pompas de la gloria
Ó el opulento brillo,
Prefiero yo tu cándida inocencia
Y esa vida sin mancha y sin historia
De un corazón sencillo.

Fugaces horas de inocentes juegos;
Fiestas alegres del hogar; veladas
De infantiles consejas,
De estudio grave ó de devotos ruegos,
Esas son las memorias adoradas
Que á tus hermanos dejas.

Yo sé por qué, tras de suspiro blando,
Mi madre enjuga con callado duelo
Sus húmedas pupilas:
Yo sé en qué piensan mis hermanos, cuando
Clavan absortos en el albo cielo
Sus miradas tranquilas.

La limosna; el perdón de los agravios;
La alegría; el dolor que purifica
El corazón del hombre;
La oración que pronuncian nuestros labios,
Todo á ti nuestro amor te lo dedica,
Todo se hace en tu nombre.

Así llenas tú aún nuestra morada;
Así de nuestro amor te hizo señora
 Para siempre la muerte;
Y cuando llegue la vejez cansada,
Pienso que ha de endulzar mi última hora
 La esperanza de verte.

VICENTE W. QUEROL.



LA INSURRECCIÓN DEL AGUA

Una fuente de un valle en Santa Elena
Ve correr Napoleón,
Cierta día de invierno en que la pena
Le atrofia el corazón.

—«Como yo—murmuró—que impenitente
Caeré en el ataúd,
Aspirando á ser mar vive esta fuente
En perpetua inquietud.»—

Y una pobre aguadora que le oía,
Contestó á Napoleón:
—«El agua con su eterna rebeldía
Huye de la opresión.

¿Cómo, señor, el agua de las fuentes
Tranquila podrá estar,
Si la arrastran, en tierra las pendientes,
Los vientos en el mar?»

Sintiendo un frío que le llega al alma,
Dice el héroe: —«Es verdad:
Buscando el agua en su nivel la calma,
Busca la libertad.

La insurrección del agua de esta fuente
No se podrá calmar
Hasta que halle cabida suficiente
En la extensión del mar.

Con los diques que alzó mi tiranía
He faltado al deber,
Y traje, en vez del orden, la anarquía
Mi omnímoto poder.

¡Sí! ¡Sí! Pese á mi nombre, no es la historia
Una vieja locuaz,
Cuando dice que el mundo, antes que gloria
Pide á los dioses paz.»—

Y terminó diciendo:—«En el planeta,
La loca humanidad,
Como esa agua que corre estará quieta
Cuando esté en libertad.»—

¡Y al pensar que ha llevado el desconcierto
Al mundo su poder;
Con la cara más lívida que un muerto
Mira el agua correr!...

CAMPOAMOR.



LA LECHERA

Llevaba en la cabeza
Una lechera el cántaro al mercado
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado,
Que va diciendo á todo el que lo advierte:
¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!

Porque no apetecía
Más compañía que su pensamiento,
Que alegre la ofrecía
Inocentes ideas de contento,
Marchaba sola la feliz lechera
Y decía entre sí de esta manera:

«Esta leche vendida,
En limpio me dará tanto dinero,
Y con esta partida
Un canasto de huevos comprar quiero,
Para sacar cien pollos, que al estío
Me rodeen cantando el *pío, pío*.

«Del importe logrado
De tanto pollo, mercaré un cochino;
Con bellota, salvado,

Berza, castaña, engordará sin tino;
Tanto, que pueda ser que yo consiga
Ver cómo se le arrastra la barriga.

«Llevarélo al mercado,
Sacaré de él, sin duda, buen dinero:
Compraré de contado
Una robusta vaca y un ternero,
Que salte y corra toda la campaña,
Hasta el monte cercano á la cabaña.»

Con este pensamiento
Enajenada, brinca de manera,
Que á su salto violento
El cántaro cayó. ¡Pobre lechera!
¡Qué compasión! Adiós leche, dinero,
Huevos, pollos, lechón, vaca y ternero.

¡Oh, loca fantasía,
Que palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría;
No sea que, saltando de contento,
Al contemplar dichosa tu mudanza
Quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa
De mejor ó más próspera fortuna;
Que vivirás ansiosa
Sin que pueda saciarte cosa alguna:
*No anheles impaciente el bien futuro;
Mira que ni el presente está seguro.*

FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

LA ORACIÓN

Gratas memorias del hogar paterno
Que acaricia mi mente enamorada,
Voluptuosas creaciones del proscrito,
Fragantes con las flores de mi patria!
Venid conmigo á la colina triste
Por arreboles pálidos bronceada,
Y escucharéis el canto lastimero
Que inspira la oración al extranjero.

Sentado allí, sobre la piedra grande
Que va escalando la espinosa zarza,
Sobre las manos mi cabeza débil
Melancólicamente reclinada,
Miro la noche que de Oriente impulsa
Sobre los cielos su luctuosa gasa,
Y escucho del lejano campanario
El son, en mi paraje solitario.

Acentos quejumbrosos de la tarde,
Suspiros que venís de la montaña
Los balidos trayendo del rebaño,
Con los cantares que el labriego ensaya;
Rumor confuso de sonora fuente,
Helado cierzo que silbando pasas...

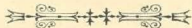
Me alivia vuestra fúnebre armonía,
Murmullos que al morir modula el día.

Óyeme ¡ oh Sol!: tu lívida lumbrera
Bañe desde las cumbres azuladas,
Cual la antorcha de un féretro, los valles
Donde las sombras de la noche vagan,
La espuma argente de lejano río,
Del templo abandonado la cruz parda,
Mientras llegando la tiniebla impura
Te arroja su enlutada vestidura.

En vano busco los hermosos sitios
Do las tardes pasaron de mi infancia,
Donde á la luz del arrebol lujoso
Las sencillas leyendas me contaran;
No escucho la castruera melodiosa
Del labriego al volver á su cabaña,
El cuerno del pastor, ni los graznidos
De aves que buscan sus ocultos nidos.

Hora de arrobamiento doloroso,
Indiferente al lloro que derrama
En silencio ante ti la desventura,
En él tu velo de crespón empapas!
Toma también el llanto de mis ojos,
Y á saludarte volveré mañana,
Sobre el negro peñón de la colina
Ó entre los cardos de la triste ruina.

JORGE ISAACS.



LA CRISÁLIDA

Cuando, enferma la niña todavía,
Salió cierta mañana
Y recorrió con inseguro paso
La vecina montaña,
Trajo, entre un ramo de silvestres flores
Oculta una crisálida,
Que en su aposento colocó muy cerca
De la camita blanca...
Y unos días después, en el instante
En que ella expiraba,
Y todos la veían con los ojos
Velados por las lágrimas,
En el momento en que murió sentimos
Leve rumor de alas
Y vimos escapar, tender el vuelo
Por la antigua ventana
Que da sobre el jardín, una pequeña
Mariposa dorada...

.....
La prisión, ya vacía, del insecto
Busqué con vista rápida:
Al verla, ví de la difunta niña

La frente mustia y pálida,
Y pensé, si al dejar su cárcel triste
La mariposa alada,
La luz encuentra, y el espacio inmenso
Y las campestres auras,
¿Al dejar la prisión que las encierra
Qué encontrarán las almas?

JOSÉ A. SILVA.



A LA ESPOSA DE MI HERMANO

¡Adiós, hermana, adiós! Tiendo la vela
Otra vez á la mar embravecida.
No deben las tormentas de mi vida
Azotar las paredes de tu hogar.
Postrado de tristeza y de fatiga,
Quise buscar en la familia asilo;
Y sólo vine de tu hogar tranquilo
A perturbar la venturosa paz!

¡Vuelvo, hermana, á la mar! ¡Dios no lo quiere!
¡Me niega un día de descanso, un día!
Fuerza es seguir la dolorosa vía,
A mi calvario con la cruz llegar!
Deja cumplir la voluntad del cielo.
Vuelve á tus hijos y á tu padre anciano!
¿Oyes bramar furioso al Oceano?
¡Está impaciente porque tardo ya!

Cierra la puerta de tu hogar, que á abrirme
Te apresuraste generosa, cierra...
Ya bendije á tus hijos... En la tierra
No sé si podré verlos otra vez!
Enséñales á amarme, y mi memoria
Guarde también tu corazón de madre,
Que el mismo seno que nutrió á su padre,
Me dió esta vida que tan triste ves!

JUAN CARLOS GÓMEZ.

LA CONCIENCIA

(VICTOR HUGO)

Airada tempestad se desataba
Cuando, de toscas pieles revestido,
Caín con su familia caminaba
Huyendo á la justicia de Jehová.
La noche iba á caer. Lenta la marcha
Al pie de una montaña detuvieron,
Y á aquel hombre fatídico dijeron
Sus tristes hijos: — Descansemos ya.

Duermen todos, excepto el fratricida,
Que, alzando sus miradas hacia el monte,
Vió, en el fondo del fúnebre horizonte,
Un ojo fijo en él.
Se estremeció Caín, y despertando
A su familia del dormir rehacio,
Cual siniestros fantasmas del espacio,
Retornaron á huir ; suerte cruel !

Corrieron treinta noches y sus días,
Y pálido, callado, sin reposo,
Sin mirar hacia atrás, y pavoroso,
Tierra de Assur pisó.

—Reposemos aquí. . . . Dénos asilo
Esta región espléndida del suelo.—
Y, al sentarse, la frente llevó al cielo,
Y allí el ojo encontró.

Entonces á Jabel, padre de aquellos
Que en el desierto habitan:— Haz, le dijo,
Que se arme aquí una tienda—y el buen hijo
Armó tienda común.
—¿Todavía lo veis?— preguntó Tsila,
La niña de la blonda cabellera,
La de faz como el alba placentera;
Y Caín respondió:—Lo veo aún.

Jubal entonces dijo:— Una barrera
De bronce construiré: tras de su muro,
Padre, estarás de la visión seguro;
Ten confianza en mí.—
Una muralla se elevó altanera,
Y el ojo estaba allí.

Tubalcain á fabricar se puso
Una ciudad, gigante de la tierra;
Y, en tanto, sus hermanos daban guerra
A la tribu de Seth y á la de Enós.
Poblando de tinieblas la campiña
La sombra de las torres se extendía,
Y en la puerta grabó su altanería:
—*Prohibo entra á Dios*—

Un castillo de piedra, cuyo muro
A la altitud de una montaña asciende,
De la ciudad en medio se desprende,
Y allí Caín entró.

Tsila llega hasta él, y palpitante,
—Padre, le dice, ¿aún no ha desaparecido?
Y el anciano, aterrado y conmovido,
La responde:— ¡No! no!

De hoy más quiero habitar bajo la tierra,
Como en su tumba el muerto; — y presurosa
Su familia cavóle una ancha fosa,
Y á ella descendió al fin.
Mas, debajo esa bóveda sombría,
Debajo de esa tumba inhabitable,
El ojo estaba fiero, inexorable,
Y miraba á Caín.

RICARDO PALMA.



EL ASNO Y LAS RANAS

Muy cargado de leña un burro viejo,
Triste almacén de huesos y pellejo,
Pensativo, según lo cabizbajo,
Caminaba, llevando con trabajo
Su débil fuerza la pesada carga.
El paso tardo, la carrera larga,
Todo al fin contra el mísero se empeña,
El camino, los años y la leña.
Entra en una laguna el desdichado,
Queda profundamente empantanado.
Viéndose de aquel modo,
Cubierto de agua y lodo,
Trocando lo sufrido en impaciente,
Contra el destino dijo neciamente
Expresiones ajenas de sus canas.
Mas las vecinas ranas
Al oír sus lamentos y quejidos,
Las unas se tapaban los oídos,
Las otras, que prudentes lo escuchaban,
Reprendíanle así, y aconsejaban:
—Aprenda el mal jumento
A tener sufrimiento,
Que entre las que habitamos la laguna

Ha de encontrar lección muy oportuna.
Por Júpiter estamos condenadas
A vivir sin remedio encenagadas
En agua detenida, lodo espeso;
Y á más de todo eso,
Aquí perpetuamente nos encierra,
Sin esperanza de correr la tierra,
Cruzar el anchuroso mar profundo,
Ni aun saber lo que pasa por el mundo.
Mas llevamos á bien nuestro destino;
Y así nos premia Júpiter divino,
Repartiendo entre todas cada día
La salud, el sustento y alegría.

*Es de suma importancia
Tener en los trabajos tolerancia;
Pues la impaciencia en la contraria suerte
Es un mal más amargo que la muerte.*

FÉLIX M. SAMANIEGÓ.



EL POETA Y EL SOLDADO

POETA

Soy el alma divina
Que alienta el corazón de las naciones;
El astro que sus glorias ilumina!

Soy la canción primera
Que hace flamear al viento su bandera
Y levanta á su sombra sus legiones!

Soy la eterna esperanza
Que en la frente del hombre reverbera,
Y á cuya luz la humanidad alcanza,
Desde su cárcel de fatiga y duelo,
A vislumbrar el rastro
Que deja de astro en astro
El Creador de los Orbes en el cielo!

Soy el arrullo de la fe sublime
Que en el idioma de los cielos canta
Al alma de los mártires, que gime
En la encendida hoguera,
Y al corazón del Cristo que redime
Desde su cruz la humanidad entera
Y á su origen divino la levanta!

Soy el rayo celeste que colora
La bóveda estrellada de la tierra;
Soy el rubor de la inmortal aurora
Que abrillanta y que dora
Cuanto en la vida la ilusión encierra!

Yo canto al mundo las eternas leyes
Que la sublime libertad inspira,
Y al arrancar la estrofa de mi lira
Hago temblar el trono de los reyes!

Al son del arpa mía
La desolada humanidad despeja
Su doloroso ceño:
Yo acompaño en mis cánticos su queja,
Yo arrullo su agonía,
Yo la cierro los ojos y la enseño
Del sepulcro á la puerta,
Que la muerte es un sueño
Que en la inmortal eternidad despierta!

Yo soy el arpa que en el triste suelo
Templa de Dios la mente soberana,
Para que cante á la creación humana:
¡Mortal, álzate al cielo!

SOLDADO

Yo soy la sangre universal que late
De la Patria en las venas;
Mi pecho es su muralla de combate!
Yo desnudo la espada
Por su gloria sagrada
Y rompo de su planta las cadenas!

Yo soy su vengador. Yo soy el brazo
Que aplasta la conquista en su sendero
Y estrella el cráneo del León Ibero
En la nevada sien del Chimborazo !
Yo soy la carne de cañón que alfombra
Sangrienta y palpitante,
Rota y hecha jirones,
El camino triunfante
Que conduce á la gloria sus legiones !

Yo soy la abnegación desconocida
Y la pena ignorada,
Soy la sangre vertida
Con todo el sacrificio de la vida,
Y sin otra ambición en su carrera
Que un jirón de bandera
Que sepulte mis miembros en la nada !

El amor, el cariño,
Del dulce hogar el apacible encanto,
Las caricias angélicas del niño
Y de la madre el llanto,
Todo lo que encadena
A la tierra y al cielo
Lo arrojo á la orfandad, lo hundo en el duelo,
Y con frente serena
Marcho al sublime horror de la batalla ! . . .
Cuando el lamento de la Patria suena,
Hasta el lamento de la madre calla !

Yo soy el centinela de su gloria,
Yo marco con mi espada su destino,
Yo mismo hago su historia
Regando con mi sangre su camino !

Para que el eco de su nombre vibre
Y cruce su estandarte el mundo entero,
La hago inmortal y muero
Como un soldado libre!

.....
¿Cuál es la brecha en que tu lira amante
Batalla por la fe que tanto anhela?...

POETA

El destierro del Dante,
La tumba de Varela;
El tajo de la infame guillotina
Que hace rodar la frente iluminada
Y los dos brazos de la cruz divina
En la cumbre del Gólgota clavada!

Esa es la brecha que el deber me fija;
La paz universal es mi bandera;
A su gigante sombra se cobija
La humanidad entera!

Mis armas no son armas de la muerte,
Son la fraternidad y la esperanza:
El grito del cañón no es el más fuerte:
Donde él no llega, la razón alcanza!

Allá en el porvenir reluce un día
Sin hierros, sin banderas, sin cañones:
Esa es la patria tuya! Esa es la mía!
¡La Patria universal de las Naciones!

SOLDADO

La cuna del futuro es el presente
Y la paz es el fruto de la guerra!

Bajo ese sol, ¿no brillará mi frente?...
 No! Yo he caído en la primer jornada,
 Al pie de mi bandera idolatrada
 Y abrazando mi tierra!

POETA

Sí, ha de brillar en la lejana historia
 De la pasada gloria,
 En la epopeya de supremo duelo
 Que el poeta divino
 Cantará á las batallas del camino
 Que salva el hombre de la tierra al cielo.

SOLDADO

—Esa es la gloria mía?

POETA

—Esa es tu palma!

SOLDADO

Hasta ese Sol, adiós! Tú eres mi hermano!

POETA

Adiós!... jamás!... Marchemos de la mano:
 Tú eres el corazón, yo soy el alma!

RICARDO GUTIÉRREZ.



P A T R I A

¿Qué es la patria — ese nombre misterioso,
Que acude á nuestro labio sin cesar,
Y que, dulce á la vez y prestigioso,
Mentes y corazones mueve al par?

¿Es una sombra, un vano pensamiento
Al que presta color una ilusión?
¿Es una aberración del sentimiento
Ó un delirio, no más, de la razón?

.....
.....

¿Qué es la patria? La patria es la memoria
Que á todas las demás encierra en sí;
Es esperanza, adoración y gloria,
Es Canaán y el arca de Leví.

La patria es el lugar de nuestra cuna,
La sonrisa primera del placer,
Y la primera lágrima importuna
Que la pena primera hizo verter.

Patria es la brisa á cuyo caro aliento
Se abre dos veces la primera flor:

La flor de nuestra mente — el pensamiento,
La flor de nuestra vida — el casto amor.

La patria es rica ó pobre — la morada
Cuyo techo en la infancia nos cubrió;
El primer beso de la madre amada
Y el último suspiro que exhaló.

La patria es más: es el terrón de suelo
De donde alzamos del misterio en pos,
La primera mirada para el cielo
A cruzarla en la luz con la de Dios.

Y símbolo de la patria es la bandera
Que el más honrado guardará en la lid,
Ceñida al brazo, aunque luchando muera,
Cual yedra fuerte á la tronchada vid.

Esa es, que el viento á sus embates
Hoy, rota y sin color hace flotar...
Ya dió sombra al valor en los combates
Y de humo heroico se miró ahumar.

Blanca era ella por su origen puro;
Celeste por la noble aspiración....
¡Salve al emblema de mejor futuro!
¡Honor al polvoroso pabellón!

AURELIO BERRO.



LA GUERRA

—Oh ! nube que recorres el desierto !
¿ Qué ves en la cuchilla, en la llanura ?
— ¡ Allí del prócer el cadáver yerto,
Allá el vivac con su mesnada impura !

— ¡ Oh tierra inculta del fecundo llano !
¿Cuál es tu surco y tu abundante riego ?
— ¡ La tibia sangre del caído hermano
Y del vivac el dilatado fuego !

—Fulmina, hórrida nube, el rayo ardiente;
Y tú la lava, profanada tierra,
Para abatir la abominable frente
Del sanguinario genio de la guerra !

CARLOS MARÍA RAMÍREZ.



LA GRAN NOTICIA

A un viejo que pasaba por la calle,
Una niña bonita
Y de arrogante talle
Detuvo del faldón de la levita,
Diciéndole: — Señor, por vida suya
Quiero que usted me instruya
De las nuevas que aquí me participa
Una tía que tengo en Arequipa.—
Y, sin más requilorio,
Una carta pasóle al vejestorio.

Cabalgó el buen señor sobre los ojos
Una grave par de anteojos:
El sobre contempló, rompió la oblea,
La arenilla quitó de los borrones,
Examinó la firma, linda ó fea,
Y se extasió media hora en los renglones.

Ya de aguardar cansada,
— ¿Qué me dicen, señor? — dijo la bella. —
Y el viejo echó á llorar diciendo: — Nada!
Has nacido, mi bien, con mala estrella. —
Asustada la joven del exceso

De llanto del anciano,
Le preguntó: — ¿ Quizá murió mi hermano? —
Y el viejo respondióle:—Ay! es peor que eso.
—¿ Está enferma mi madre? — Todavía
Es peor cosa, hija mía.
No puedes resistir á esta desgracia...
Yo viejo y todo me volviera loco!
—¿Qué ha sucedido, pues, por Santa Engracia?
—Que tú no sabes leer... ni yo tampoco.

RICARDO PALMA.



EL POEMA DE LAS HOJAS

(FRAGMENTO)

LAS HOJAS

Despiertan ya las hojas, de los rayos
Al calor de las nítidas ternezas,
Y al roce de sus besos luminosos
Sonríen de placer y de amor tiemblan.

Y comienza en el bosque solitario
De las hojas el cándido poema,
Que flota entre sonrisas y rumores
Y aspira luz y se sumerge en ella.

La tierna juventud, hija del bosque,
A sus ensueños y á su amor se entrega.
¡Pobres hojas, amad, es vuestra historia!
De la vida gozad la primavera.

¡Cómo á los rayos sus amores dicen!
¡Cómo inocentes sus designios cuentan!
¡Cómo sueñan en brazos de la dicha,
Transcurrir entre luz la vida entera!

Mas, su ruta tranquila hacia el ocaso
La madre luna silenciosa lleva,
Y los rayos miedosos á su seno
Uno á uno ligeros se repliegan.

¡No os vayáis, por piedad! claman las hojas;
¡No nos dejéis tan solas en la tierra!
Es en vano; entre lágrimas amargas,
El postrer beso de la luz resuena.

Los viejos troncos á su sueño vuelven
En sosegada paz y calma quieta;
Las hojas tiemblan al mirar al frío,
Que al verlas solas con furor se acerca.

Llega por fin, á sus dominios torna,
Y su derrota con las ramas venga;
Las sacude y despoja de sus hojas,
Que gimiendo expirantes se revuelcan.

No hay piedad, nadie escucha sus lamentos,
La luz ingrata en otros bosques juega,
Y el cadáver envuelve de las hojas,
La mortaja fatal de las tinieblas.

¡Pobrecillas! Los troncos ya dormidos
Nada en su abono por piedad alegan;
Y las dejan morir una tras otra,
Y sus ensueños y su amor con ellas.

Llega la aurora, y el cadáver frío
De las que fueron hojas, sólo encuentra,
Y bañadas en lágrimas amargas
A las que vivas en el árbol quedan;

Porque ven el destino de su vida
Al ver rodar sus compañeras muertas,
Que ni tumba tranquila hallarán nunca
Donde dormir el sueño de la tierra.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

LA PERRILLA

*Es ftaca sobremanera
Toda humana previsión,
Pues en más de una ocasión
Sale lo que no se espera.*

Salió al campo una mañana
Un experto cazador,
El más hábil y el mejor
Alumno que tuvo Diana.

Seguíale gran cuadrilla
De ejercitados monteros,
De ojeadores, ballesteros,
Y de mozos de trailla.

Van todos apercebidos
Con las armas necesarias,
Y llevan de castas varias
Perros diestros y atrevidos.

Caballos de noble raza,
Cornetas de monte; en fin,
Cuanto exige Moratín
En su poëma *La Casa*.

Levantán pronto una pieza,
Un jabalí corpulento,
Que huye veloz, rabo á viento,
Y rompiendo la maleza.

Todos siguen con gran bulla
Tras la cerdosa alimaña;
Peró ella se da tal maña
Que á todos los aturrulla;

Y aunque gastan todo el día
En paradas, idas, vueltas,
Y carreras y revueltas,
Es vana tanta porfía.

Ahora que los lectores
Han visto de qué manera
Pudo burlarse la fiera
De los tales cazadores,

Oigan lo que aconteció;
Y aunque es suceso que admira,
No piensen, ño, que es mentira,
Que lo cuenta quien lo vió.

Al pie de uno de los cerros
Que batieron aquel día,
Una viejilla vivía
Que oyó batir á los perros;

Y con gana de saber
En qué paraba la fiesta,
Iba subiendo la cuesta,
A eso del anochecer.

Con ella iba una perrilla...
Mas, sin pasar adelante,
Es preciso que un instante
Gastemos en describilla:

Perra de canes decana
Y entre perras protoperra,
Pasaba en toda su tierra
Por perra antediluviana;

Flaco era el animalejo,
El más flaco de los canes,
Era el rastro, eran los manes
De un cuasi-semi-ex-gozquejo;

Sarnosa era... digo mal;
No era una perra sarnosa,
Era una sarna perrosa
Y en figura de animal;

Era, otrosí, derrengada;
La derribaba un resuello:
Puede decirse que aquello
No era perra ni era nada.

A ver, pues, la batahola
La vieja al cerro subía,
De la perra en compañía,
Que era lo mismo que ir sola.

Por donde iba, hizo la suerte
Que se hubiese el jabalí
Ocultado, por si así
Se libraba de la muerte;

Empero, sintiendo luego
Que por allí andaba gente,
Tuvo por cosa prudente
Tomar las de Villadiego:

La vieja entonces, al ver
Que escapaba por la loma,
¡Sús! dijo por pura broma,
Y la perra echó á correr.

Y aquella perra extenuada,
Sombra de perra que fué,
De la cual se dijo que
No era perra ni era nada,

Aquella perrilla, sí,
Cosa es de volverse loco,
No pudo coger tampoco
Al maldito jabalí.

JOSÉ MANUEL MARROQUÍN.



CRISTÓBAL COLÓN

Dos hombres han cambiado la existencia
De este mundo en los siglos peregrino:
El labio de Jesús le dió otra esencia,
Y el genio de Colón otro destino.

Completaron de Dios la mente misma
A inspiraciones de su amor profundo:
Uno del alma iluminando el prisma,
Otro haciendo de dos un solo mundo.

Angel, genio, mortal, que no has logrado
Legar tú nombre al mundo de tu gloria;
Que ni ves en su suelo levantado
Un pobre monumento á tu memoria;

¡Ah! Bendita la pila do tu frente
Se mojara en el agua del bautismo,
Y el ala de tu genio amaneciente
Se tocara en la unción del cristianismo!

Angel, genio, mortal, yo te saludo
Desde el seno de América, mi madre;
De esta tierna beldad que el mar no pudo
Robarla siempre á su segundo padre.

La hallaste, y levantándola en tu mano
Radiante con sus gracias virginales,
Empinado en las ondas del Oceano
Se la enseñaste á Dios y los mortales.

Después de Cristo, en el terráqueo asiento,
Siglo, generación, ni raza alguna
Ha conmovido tanto su cimiento,
Como el golpe inmortal de tu fortuna.

A tu grandeza un siglo era pequeño:
Y en los futuros siglos difundida
Es el eterno Tiempo el solo dueño
De tu obra inmensa en su grandiosa vida.

Tú, como Dios al derramar fulgentes
Los mundos todos en la oscura nada,
Al *más allá* de las futuras gentes
Diste sin fin tu América soñada.

En cada siglo que á la tierra torna,
La tierra se columpia, y, paso á paso,
Su destino la América trastorna,
Y muda el Sol su oriente en el ocaso.

Obra es tuya, Colón; la hermosa perla
Que sacaste del fondo de un oceano,
Al través de los siglos puedes verla
Sobre la frente del destino humano.

El ángel del futuro rompió el lazo
Que á las columnas de Hércules le ataba,
Y saludó en la sien del Chimborazo
Los desiertos que América encerraba.

No de la Europa quebrará la frente
El rudo potro del sangriento Atila;
Pero ¡ay! el tiempo en su veloz corriente,
Mina el cimientó donde ya vacila!

El destino del mundo está dormido
Al pie del Andes sin soñar su suerte;
Falta una voz bendita que á su oído
Hable mágico acento y le despierte.

Un hombre que á esta tímida belleza
Le quite el azahar de sus cabellos,
Y ponga una diadema en su cabeza
Y el manto azul sobre sus hombros bellos.

Si no te han dado monumento humano,
Si no hay *Colombia* en tu brillante historia,
¿Qué importa? ¡Eh! tu nombre es el Oceano,
Y el Andes la columna de tu gloria.

¿Qué navegante tocará las olas
Donde se pierde la polar estrella,
Sin divisar en las llanuras solas
Tu navío, tus ojos y tu huella?

¿Sin ver tu sombra, allí do misterioso
El imantado acero se desvía,
Y un rayo de tu genio poderoso
Que va y se quiebra donde muere el día?

¿Quién al pisar la tierra de tu gloria
No verá en sus montañas colosales
Monumentos de honor á tu memoria,
Como tú grandes, como tú inmortales?

¡Salve, genio feliz! Mi mente humana
Ante tu idea de ángel se arrodilla,
Y de mi labio la expresión mundana
Ante tu santa inspiración se humilla.

Por un siglo tus alas todavía
Plegadas ten en los etéreos velos,
De donde miras descender el día
Hasta el cristal de los andinos hielos.

Baja después. De la alta cordillera
Los ámbitos de América divisa;
Y, como Dios al contemplar la esfera,
Sentirás de placer dulce sonrisa.

El ángel del futuro á quien sacara
De los pilares de Hércules tu mano,
Te mostrará, Colón, tu virgen cara,
Feliz y dueña del destino humano.

Vuelve después á tu mansión de gloria
A respirar la eternidad de tu alma,
Mientras queda en el mundo á tu memoria
Sobre el Andes eterno, eterna palma.

JOSÉ MÁRMOL.



EL AMANECER

CRESCENDO

Blando céfiro mueve sus alas,
empapadas de fresco rocío:
de la noche el silencio sombrío
algún ave se atreve á turbar.
Las estrellas, cual sueños, se borran....
sólo brilla magnífica una...
¡Es el astro del alba! La luna
ya descende, durmiéndose, al mar.

Amanece: en la raya del cielo
tenue brilla una cinta de plata,
que, deshecha en flotante escarlata,
esclarece la bóveda azul.
Y montañas y selvas y ríos,
y del campo la espléndida alfombra,
roto el negro capuz de la sombra,
lucen nieblas de cándido tul.

¡Es de día!... Los pájaros todos
lo saludan con arpa sonora,
y arboledas y cúspides dora

el intenso lejano arrebol.
El Oriente se incendia en colores...
los colores en vívida lumbre....
Y por cima del áspera cumbre
sale el disco inflamado del sol!

P. A. DE ALARCÓN.



LA FLECHA DE ORO

Yo busco una flecha de oro
Que niño de una hada adquirí,
Y «Guarda el sagrado tesoro»,
Me dijo; «tu suerte está ahí».

Mi padre fué un príncipe: quiere
Un día nombrar sucesor,
Y á aquel de dos hijos prefiere
Que al blanco tirare mejor.

Á liza fraterna en el llano
Salimos con brío y con fe;
La punta que arroja mi hermano
Clavarse en el blanco se ve.

En tanto mi loca saeta
Lanzada con ciega ambición,
Por cima pasó de la meta
Cruzando la etérea región.

En vano en el bosque vecino
En vano la busco do quier;
Tomó misterioso camino
Que nunca he logrado saber.

El cielo me ha visto horizontes
Salvando con ávido afán,
Y mísero á valles y á montes
Pidiendo mi infiel talismán.

Y escucho una voz ¡Adelante!
Que me hace incansable marchar;
Repítela el viento zumbante;
Me sigue en la tierra y el mar.

Yo busco la flecha de oro
Que niño de una hada adquirí;
Y, «Guarda el sagrado tesoro»,
Me dijo; «tu suerte está ahí».

MIGUEL ANTONIO CARO.



A LA NOCHE

El ángel de la tarde en la pradera
Con un beso de paz durmió las flores,
Y del bosque los dulces trovadores
Le entonaron su cántiga postrera.

Huyó la luz.... Las sílfides nocturnas
Rápidas cruzan el dormido viento,
Y vierten sobre el mundo soñoliento
El opio blando de sus negras urnas.

Huyó la luz.... Sobre sus blancas huellas
El ángel de la noche se adelanta,
Y sobre el éter diáfano levanta
Su toldo azul de pálidas estrellas.

El mar, la fuente, el pájaro salvaje,
La blanda brisa, el ronco torbellino,
Cuando empiezas ¡oh noche! tu camino,
A su modo te rinden homenaje.

No es por guardár el sueño de la tierra
Que se apaga el bullicio entre la sombra,
Es porque, envuelto en su gigante alfombra,
Desciende el Dios que su misterio encierra.

Y esa inefable paz que nos regala
La inercia nocturnal de los sentidos,
Ese coro de mágicos sonidos
Que en la callada atmósfera resbala,

Son un don celestial, un don querido,
Que encontramos los hombres en la cuna
Para endulzar las horas sin fortuna
Que atosigan el pecho dolorido.

Entonces en el cáliz de los lirios
Las almas de las vírgenes se mecen,
Y aspirando su aroma se adormecen
En celestes y púdicos delirios.

Tal vez en sus ensueños vaporosos
El recuerdo del mundo las despierta,
Y oyen un ángel que les dice «¡Alerta!»
Y vuelven á sus nichos misteriosos.

Esas gotas de límpido rocío
Que ornan del valle el manto de esmeralda,
Lágrimas son que derramó en su falda
Un espíritu errante en el vacío.

Tal vez al levantarse en el oriente
El alba, de su lecho de jazmines,
Alumbra de los blancos serafines
La fugitiva nube transparente.

Tal vez murmura entre la brisa mansa
El eco de las arpas celestiales,
Cuando el bando de genios inmortales
A su mansión beatífica se avanza.

Yo sé tan sólo ¡oh noche! que es tu imperio
La soledad augusta y religiosa;
Que eres la virgen pura y misteriosa
Que llora de la luz el cautiverio.

Yo sé que los quejidos que derrama
La vieja ceiba al despedir sus hojas,
El eco errante son de tus congostas
Que resbala fugaz de rama en rama;

Y sé también que el pájaro salvaje,
La fresca brisa, el ronco torbellino,
Cuando emprendes tu lóbrego camino,
A su modo te rinden homenaje.

Mas yo el arpa tomé.... Tal vez mi canto
Interrumpió tu majestuosa calma....
¡Noche!.... perdón, si en un delirio el alma
Profanó tu silencio augusto y santo.

ABIGAIL LOZANO.



AGUA Y LUZ

Unos aman la linfa escurridiza
que reflejando el cielo y la ribera
sin cansarse jamás viva y parlera
entre juncos y flores se desliza.

Otros la luz del astro que armoniza
con la vislumbre interna del que espera
subir de esta región á la alta esfera
donde el alma inmortal se diviniza.

El agua va, sobre la tierra, leve,
como la dicha exenta de cuidado,
sin remover el fondo misterioso,

En tanto el rayo de la luz plateado
llega hasta el corazón y lo conmueve
en un delirio suave y delicioso.

PEDRO GOYENA.



PANTEISMO

La aurora surge: su risueña lumbre
En el inmenso espacio se dilata;
Dora el monte su azulada cumbre,
Y en el cristal del lago se retrata.

Rico incienso, los húmedos vapores
Suben, y flotan sobre el valle verde;
Su cáliz abren las dormidas flores,
Su aroma en el sereno azul se pierde.

Todo esplendor y vida y movimiento:
Canto de alegre despertar resuena,
Gorjeo del ave y arrullar del viento,
Mugir del mar, del bosque cantilena.

Un himno el mundo es; una armonía:
Alma infinita que en el ave canta,
En la voz de las selvas extasía,
En el furor del huracán espanta.

En el cráter impone de la sierra,
Si ríos de candente lava brota:
Da al rayo el estridor que nos aterra,
Aliento al aquilón que el Ponto azota.

Da su rugido á las hirsutas fieras,
Quejumbres á las fuentes que suspiran,
Y música sublime á las esferas
Que en los abismos del espacio giran.

En todo un alma existe: desde el grano
De la menuda arena que invisible
Se arrastra allá en el fondo del oceano,
Hasta la sierra ingente é inmovible;

Desde la gota de rocío breve
Al vasto mar; del cínife que el viento
Lleva do quier, al cóndor que se mueve
Entre huracanes con osado aliento;

Y desde el musgo de que está cubierto
El peñón que la mar bate bravía,
Hasta el baobab gigante del desierto
Que rayos y ciclones desafía:

En todo un alma universal palpita;
Lo anima todo un mismo y solo aliento;
Todo en concierto armónico se agita,
Y de todo se exhala un pensamiento.

Salve, prados y bosques, mar undosa,
Valle feraz, volcán de enhiesta cumbre,
Foscas nieblas, cascada bulliciosa,
Vivificante sol de roja lumbre;

Estrellas de oro, faros apacibles
Que en el azul del regio firmamento
De otras humanidades invisibles
Mostráis al hombre el diamantino asiento:

Yo os saludo también: vuestra armonía
En mis oídos como un eco suena
De la grandiosa, eterna sinfonía
Que los espacios insondables llena.

Salve: circula en todos una vida;
A todos nos estrecha un mismo abrazo;
Y á los astros el alma se halla unida
Con tenue, oculto, misterioso lazo.

Es la sangre que corre por mis venas
La savia de las plantas, de las flores;
Sus goces tienen como yo, sus penas,
Y hallan eco en mi pecho sus dolores.

¡Fraternidad universal! glorioso
Agape que jamás se ha interrumpido:
En el eterno vaso misterioso
Beben los seres de hoy y los que han sido!

Que la vida es el Fénix que renace
De sus propias cenizas: donde quiera
Que la inerte materia se deshace,
Sólo la forma de existir se altera;

Y si la muerte en algo imprime el sello,
Allí también la indestructible esencia
Germina de otro ser, allí el destello
Fulgura de otra luz, de otra existencia.

¡Transformación inmensa é incesante!
¡Llama que no se extingue! Su centella
Pasa del sol al átomo tremante,
Pasa del hombre á la sublime estrella!

En la fuente, en la flor, en su perfume,
En la nube, en el astro revivimos:
El aliento vital no se consume,
Y en todo palpitantes existimos.

De un ser emanaciones misteriosas,
De un luminar destellos incesantes,
De un mar sin fin oleadas tumultuosas,
De una alma aspiraciones anhelantes:

Y donde quiera que la vista giro,
Donde quiera que vuela el pensamiento,
De ese gran sér la esencia yo respiro,
Y es todo vida y luz y movimiento.

FRANCISCO SELÉN.



EL NEGRO FALUCHO

Duerme el Callao. Ronco son
Hace del mar la resaca.
Y en la sombra se destaca
Del real Felipe el torreón.
En él está de facción,
Porque alejarle quisieron,
Un negro de los que fueron
Con San Martín, de los grandes
Que en las Pampas y en los Andes
Batallaron y vencieron.

Por la pequeña azotea,
Falucho, erguido y gentil,
Echado al hombro el fusil
Lentamente se pasea;
Piensa en la patria, en la aldea
Donde dejó el hijo amado,
Donde su dueña adorada
Le aguarda triste y llorosa,
Y en Buenos Aires la hermosa,
Que es su pasión de soldado:

Llega del fuerte á su oído
Rumor de voces no usadas,
De bayonetas y espadas

Agrio y áspero rüido:
Un ¡viva España! seguido
De un otro viva á Fernando;
Y está Falucho dudando
Si dan los gritos que escucha
Sus compañeros de lucha,
O si está loco ó soñando.

Desde los Andes, el día
Que ciñe en rosas la frente,
Abierta el ala luciente
Hacia los mares caía,
Cuando Falucho, que ansía
Dar un viva á su manera,
Como protesta altanera
Contra menguadas traiciones,
Izó nervioso, á tirones,
La azul y blanca bandera.

Por mi cuenta te despliego,
Dijo airado, y de esta suerte
Si á tus pies está la muerte,
A tu sombra muero luego.
Nació el sol: besos de fuego
Dióla en rayos de carmín,
Rodó el mar desde el confín,
Un instante estremecido,
Y en la torre quedó erguido
El negro de San Martín.

No bien así desplegados
Nuestros colores lucían,
Por la escalera subían

En tropel los sublevados.
Ven á Falucho, y airados,
Hacia él se precipitan;
Baja ese trapo! le gritan,
¡Y nuestra enseña enarbola!
¡Y es la bandera española
La que los criollos agitan!

Dobló Falucho, entre tanto,
La obscura faz sin sonrojos,
Y ante aquel crimen, sus ojos
Se humedecieron en llanto.
Vencido al punto el quebranto,
Con fiero arranque exclamó:
¡Enarbolar ésa yo
Cuando está aquélla en su puesto!...
Y un juramento era el gesto
Con que el negro dijo: ¡No!

Con un acento glacial
En que la muerte predicen
—Presenta el arma—le dicen—
Al estandarte real.
Rotos por la orden fatal
De la obediencia los lazos,
Alzó el fusil en sus brazos,
Con un rugido de fiera,
Y contra el asta bandera
Lo hizo de un golpe pedazos.

Ante la audacia insolente
De esa acción inesperada,
La infame turba, excitada,

Gritó: ¡Muera el insurgente!
Y, asestados al valiente,
Cuatro fusiles brillaron...
¡Ríndete al Rey! le intimaron;
Mas como el negro exclamó:
¡Viva la patria y no yo!
Los cuatro tiros sonaron!

Uno, el más vil, corre y baja
El estandarte sagrado
Que cayó sobre el soldado
Como gloriosa mortaja.
Alegres dianas la caja
De los traidores batía,
El Pacífico gemía
Melancólico y desierto,
Y en la bandera del muerto
Nuestro sol resplandecía.

RAFAEL OBLIGADO.



LA HERMANA DE LA CARIDAD

¿Quién eres tú, celeste criatura,
Que descansas el vuelo
Sobre la cárcel del linaje humano,
Para abrir una fuente de ternura
Y una puerta del cielo
Donde se posa tu bendita mano?

¿Quién eres tú, que ora
Junto al desierto lecho del que expira?
¿Quién eres tú, que llora
Por la desgracia ajena?
¿Quién eres tú, que arrulla y que suspira
Al infeliz que arrastra su cadena?

¿Quién eres tú, que en el estrago horrendo
De la feroz matanza,
El rastro de la muerte vas siguiendo
Por el ¡ay! que se lanza,
Y entre la sangre y el dolor perdida,
Donde se da la muerte das la vida?

Madre del desvalido,
Angel del moribundo,
Bálsamo misterioso del herido

Y patria, en fin, del huérfano y el triste,
¿De qué estrella caíste
Para enjugar las lágrimas del mundo?

¿Qué urna de piedad tu pecho anida
Para que quepan en tu amor sagrado
Todas las desventuras de la vida?
Oh! qué caudal de abnegación encierra!
Que no acaba regado
Sobre todas las llagas de la tierra!

No pisa sobre el mundo
Más que un ser, nada más que templa y calma
Tanto dolor profundo
Con el insomne afán de su ternura...
Te adivina mi alma...
Eres mujer, sublime criatura!

Eres mujer, lo eres,
Y no te abisma la borrasca humana
Al mágico festín de los placeres!
Y los vivos albores
De la ilusión galana
No alumbran el Edén de tus amores!

Y tu rostro tan bello
No es flor del mundo en el jardín viviente!
Y tu blondó cabello,
En ondas melancólicas caído,
No es tesoro de un labio enardecido
Ni espléndida corona de tu frente!

Y la angélica lumbre de tus ojos
Tan sólo á Dios y al moribundo mira!

Y la frescura de tus labios rojos
Sólo se va perdiendo y marchitando,
 La helada cruz besando
Y la pálida frente del que expira!

Oh! ¿Qué profundo encanto
En la divina abnegación se encierra?
 ¿Qué hondo placer se anida
En el consuelo del dolor y el llanto,
 Que el placer de la tierra
A cambio de él el corazón olvida?

Angel de caridad! alma templada
Del mismo Dios en el amor fecundo,
Tórtola de Noé desamparada!
 Eres flor bendecida,
Bajo la sombra de la cruz nacida,
Donde espiraba el Salvador del mundo!

Tu enternecido corazón sublime
Es el arca del pobre:
Allí busca consuelos el que gime,
Allí pide una lágrima el que llora,
 Y allí pan y allí un cobre
Aquel que con el hambre se devora.

 Allí, muertos de frío,
Van á llamar el huérfano y la viuda,
 Con la carne desnuda
 Y el pie despedazado
Bajo la noche del invierno impío,
Sobre la nieve del invierno helado.

Y allí, cuando la muerte
Se para junto al lecho de la vida,
Lleva su mano inerte
El que está solo en su dolor horrendo,
Para besar tu mano bendecida
Y morir sonriendo!

Así tu vida en la piedad se encierra,
Así la viertes sobre el lodo inmundo
Sin pedir ni una lágrima á la tierra!
Así tu noble corazón sincero
Sin patria sobre el mundo...
Patria es del mundo entero!

¿Por qué levantas la mirada al cielo?
Yo también sólo allí busco mi palma:
Voy donde el diente del dolor se encarne,
Seco también las lágrimas del suelo
Y cierro las heridas de la carne
Como tú las del alma!

Alumbra mi destino
Sobre la cárcel del linaje humano!
Ay! sólo pide mi ambición precaria
Que en el último asiento del camino
Pongas en mí tu mano
Y levantes mi vida en tu plegaria!

RICARDO GUTIÉRREZ.

EL AIRE Y EL AGUA

El vuela en el valle ameno
Con solicitud extraña:
Ella al pie de la montaña
Tiende su raudal sereno.

El trémulo se desliza
Moviendo las ramas graves:
Ella en círculos suaves
Sus dóciles ondas riza.

Ambos se encuentran, en suma,
Rivales en pompa y galas:
Él perfumadas las alas,
Ella cubierta de espuma.

El aire al verla se engríe,
Llega, la besa y suspira:
Ella avergonzada gira,
Tiembla toda, y se sonríe.

—Yo soy—el agua murmura
Agitando su corriente,—
La hija altiva del torrente
Que salta en la peña dura.

Alzando polvo en la tierra,
Ufano el aire la dijo:
—Yo soy más: yo soy el hijo
Del rudo huracán que aterra.

Suspensa el agua lo mira,
Tiende con gracioso encanto
La pompa azul de su manto,
Y estas palabras suspira:

—Mucho en tu origen reparas,
Pero es mayor mi tesoro:
Yo sobre arenas de oro
Derramo mis ondas claras.

—Si tu valor no es escaso,
Bien tu orgullo lo levanta;
Mas ño hay flor, rama ni planta
Que no se incline á mi paso.

—Nacen las flores más bellas
Donde van mis ondas frías.
—Ya se sabe que las crías
Para que yo duerma en ellas.

Callóse el agua oportuna
Por esquivá ó por modesta:
Esperó el aire respuesta,
Pero no tuvo ninguna.

Siguió muda la corriente,
Voló inquieto el aire ufano,
Esperó respuesta en vano,
Y al fin prorrumpió impaciente:

—Desdén te inspiran los celos;
Y ella dijo:—Mucho subes.
—En mí se mecen las nubes.
—Y en mí se miran los cielos.

Callaron: el agua grave
Gimió con dulce interés:
La besó el viento sūave,
Y es cosa que nadie sabe
Lo que sucedió después.

JOSÉ SELGAS.



EL SOLDADO ARGENTINO

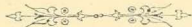
Porque «Dios y la patria» lo han querido,
Va sonriente al horror de la batalla,
Y su cuerpo destroza la metralla,
Y su nombre se pierde en el olvido.

Solo, hambriento, desnudo y perseguido,
Agita su pendón en la muralla,
Y si enemiga hueste le avasalla,
Muerto lo encuentra, pero no vencido.

¡Coronad de laureles al soldado
Que sólo al fin de la jornada espera,
De sus cien cicatrices adornado,

Con la frente rugosa y altanera,
Para cubrir su pecho ensangrentado,
Unos jirones de la azul bandera!

LEOPOLDO DÍAZ.



FUSILES Y MUÑECAS

CUADRO REALISTA

Juan y Margot, dos ángeles hermanos
Que embellecen mi hogar con sus cariños,
Se entretienen con juegos tan humanos
Que parecen personas desde niños.

Mientras Juan, de tres años, es soldado
Y monta en una caña endeble y hueca,
Besa Margot con labios de granado
Los labios de cartón de su muñeca.

Lucen los dos sus inocentes galas,
Y alegres sueñan en tan dulces lazos:
Él, que cruza sereno entre las balas;
Ella, que arrulla un niño entre sus brazos.

Puesto al hombro el fusil de hoja de lata,
El kepis de papel sobre la frente,
Alienta al niño en su inocencia grata
El orgullo viril de ser valiente.

Quizá piensa, en sus juegos infantiles,
Que en este mundo que su afán recrea,
Son como el suyo todos los fusiles
Con que la torpe humanidad pelea.

Que pesan poco, que sin odios lucen,
Que es igual el más débil al más fuerte,
Y que, si se disparan, no producen
Humo, fragor, consternación y muerte.

¡Oh misteriosa condición humana!
Siempre lo opuesto buscas en la tierra:
Ya delira Margot por ser anciana,
Y Juan, que vive en paz, ama la guerra:

Mirándoles jugar me aflijo y callo;
¿Cuál será sobre el mundo su fortuna?
Sueña el niño con armas y caballo,
La niña con velar junto á la cuna.

El uno corre de entusiasmo ciego,
La niña arrulla á su muñeca inerme;
Y mientras grita el uno: *Fuego, Fuego!*
La otra murmura triste: *Duerme, Duerme.*

Á mi lado ante juegos tan extraños
Concha, la primogénita, me mira:
¡Es todo una persona de seis años,
Que charla, que comenta y que suspira!

¿Por qué inclina su lánguida cabeza
Mientras deshoja inquieta algunas flores?
¿Será la que ha heredado mi tristeza?
¿Será la que comprende mis dolores?

Cuando me rindo del dolor al peso,
Cuando la negra duda me avasalla,
Se me cuelga del cuello, me da un beso,
Se le saltan las lágrimas, y calla.

Sueltas sus trenzas claras y sedosas,
Y oprimiendo mi mano entre sus manos,
Parece que medita en muchas cosas
Al mirar cómo juegan sus hermanos.

Margot, que canta en madre transformada,
Y arrulla á un hijo que jamás se queja,
Ni tiene que llorar desengañada,
Ni el hijo crece, ni se vuelve vieja.

Y este guerrero audaz de tres abriles
Que ya se finge apuesto caballero,
No logra en sus campañas infantiles
Manchar con sangre y lágrimas su acero.

¡Inocencia! ¡Niñez! ¡Dichosos nombres!
Amo tus goces, busco tus cariños;
¡Cómo han de ser los sueños de los hombres
Más dulces que los sueños de los niños!

¡Oh mis hijos! No quiera la fortuna
Turbar jamás vuestra inocente calma,
No dejéis esa espada ni esa cuna:
¡Cuando son de verdad matan el alma!

JUAN DE DIOS PEZA.



LA GLORIA DEL LIBERTADOR

¡Altivo pensamiento!
Con raudas alas en ardor fecundo
Remonta al firmamento,
Y audaz evoca en tu anhelar profundo
La egregia sombra del creador de un mundo;

Al numen soberano
Que hundi6 la tierra en silencioso arrob6,
Cuando en la hercúlea mano,
Moderno Atlante, sacudiendo el globo,
Fué Junín... y Ayacucho... y Carabobo!

¡Campos de inmensa gloria!
Donde al fulgor que los espacios llena,
Rescata la victoria,
La del Inca y del Sol región serena
Y las que el ronco Cotopaxi atruena;

Do del clarín vibrante
Al eco que retumba por la esfera,
Belígera, tonante,
Nace Colombia, se levanta, impera,
Y agita entre huracanes su cimera.

Colombia de su frente
Surgió gentil, como Minerva armada,
Fulmineo el casco ardiente,
La sien de resplandores coronada,
Y al son de los cañones arrullada.

Y envuelto en su ígnea lumbre,
Él vuela y triunfa y pasma y maravilla
La tierra... y la ardua cumbre
Del Ande enhiesto, que tremante brilla,
A su paso triunfal la sien humilla.

Después... del monte altivo
Domeña la cerviz... arranca al cielo
El iris de luz vivo,
Y de los siglos desgarrando el velo,
Ata el Destino á su glorioso vuelo.

Así sobre la nube
El águila caudal en la tormenta
Por los espacios sube,
Y el trueno burla que á su faz revienta,
Y el éter con sus alas atormenta;

Y victoriosa luego,
Y de su arrojo y su poder ufana,
Del sol aspira el fuego,
Se anega en alma luz... y soberana
Mide en redor la inmensidad lejana.

.....

Del Ande al Delta umbrío,
Do Marañón soberbio se dilata

En el punto bravío
Y las vencidas ondas desbarata
En rizas plumas de luciente plata,

Y del Rimac sonoro
Y el turbio Pilcomayo á las riberas
Que baña en perlas y oro
El Atlántico mar, bajo praderas
De jazmines y rosas y palmeras;

Del uno al otro polo
Del orbe oculto en los ignotos mares
Trasciende un himno solo:
Es América que alza sus cantares
Al vengador de sus excelsos lares.

¡Miradla! ya triunfante
Destroza la coyunda que la estrecha,
Y el penacho flotante
Y el carcaj de las lides ya desecha
Y rompe el arco y la salvaje flecha;

Y la esplendente zona
Del iris que los ámbitos matiza,
Cual fúlgida corona,
La paz de un hemisferio simboliza,
Y al Numen que la ofrenda, diviniza.

El es quien á la gloria
Arrebata sus títulos egregios,
Y un mundo da á la Historia,
Y rasga los vetustos privilegios,
Y al polvo arroja los escudos regios.

.....

No ya al estruendo sumo
Que levanta el Pichincha, cuando en ira
 Revienta, y trombas de humo,
Volar su carro vencedor se mira,
Que entre esplendores y entre sombras gira;

Ni al son de los clarines
De la inmortal llanura, en ansia extrema,
 Las indómitas crines
Del soberbio león, que ruga y trema
De su frente arrancar con la diadema.

¡No! que en la etérea cumbre
De la fama, á los siglos su faz vierte
 Rayos de viva lumbre
Y un mundo escuda con su brazo fuerte,
Árbitro del destino y de la muerte;

Y allí bajo su planta
Horizontes sin fin... campos de estrellas,
 Igneo sol que levanta
Su cuádriga de luz entre centellas,
Polvos de oro dejando tras sus huellas;

Y allí soberbios ríos
Que arrebatan sus ondas entre espumas,
 Y cráteres sombríos,
Y excelso monte en cuyas densas brumas
Cierne el cóndor gigantesco sus plumas;

Y espacios donde impera
Rugiente el huracán y aves y flores,
 Y eterna primavera,

Y auras y luz y músicas y olores...
Y una raza sin siervos ni señores.

¡Esa! la que en portentos
Brilla, entre inmensos piélagos perdida,
Que mugen turbulentos,
¡Tierra del porvenir! ¡del sol querida!
¡Trono de luz y manantial de vida!

Esa fué la que un día,
Reina del mundo, tu robusta mano,
Tras la inmortal porfía,
Engalanó del manto soberano
Y el cetro de oro que arrancó al Tirano;

Y luego, entre el tumulto
De pueblos y tribunos y legiones,
La sublimaste al culto
Del Derecho, grabando en sus blasones
La eterna libertad de las naciones.

¡Arcángel del Destino!
Tu verbo fecundiza un hemisferio,
Y del poder latino
La raza que arrancaste al cautiverio,
Dios te aclamó de su glorioso imperio.

¡Después... terror profundo!
Silente asombro...! Por la vez postrera
Tu voz escucha el mundo...
Y envuelto de Colombia en la bandera
Vuela tu alma á la infinita esfera.

Sube, audaz pensamiento,
Al alcázar del Dios de la Victoria,
Y arroja por el viento,
Encendido en los rayos de su gloria,
El resplandor de su inmortal memoria!

FRANCISCO G. PARDO.



EL GALLO Y EL ZORRO

Un gallo muy maduro,
De edad provecta, duros espolones,
Pacífico y seguro,
Sobre un árbol oía las razones
De un zorro muy cortés y muy atento,
Más elocuente cuanto más hambriento.

—Hermano, le decía,
Ya cesó entre nosotros una guerra
Que cruel repartía
Sangre y plumas al viento y á la tierra:
Baja, daré para perpetuo sello
Mis amorosos brazos á tu cuello.

—Amigo de mi alma,
Responde el gallo; qué placer inmenso
En deliciosa calma
Deja esta vez mi espíritu suspenso!
Allá bajo, allá voy tierno y ansioso
A gozar en tu seno mi reposo:

Pero aguarda un instante,
Porque vienen ligeros como el viento,
Y ya están adelante,
Dos correos que llegan al momento

De esta noticia portadores fieles,
Y son, según la traza, dos lebreles.

—Adiós, adiós, amigo,
Dijo el zorro, que estoy muy ocupado,
Luego hablaré contigo
Para finalizar este tratado.»
El gallo se quedó lleno de gloria,
Cantando en esta letra su victoria:

*Siempre trabaja en su daño
El astuto engañador:
A un engaño hay otro engaño,
A un pícaro otro mayor.*

MARÍA SAMANIEGO.



SOLEDAD

Era yo niño, y un día
Vi que mi madre vestía
Traje de negro crespón;
Y al contemplarla, sentía
Tristeza en mi corazón.

¡Ay! desde entonces la ví
Siempre de negro; y á mí
La blusa azul me quitaron,
Y otra negra me compraron
Y de negro me vestí.

Por una senda apartada,
Mi madre triste y callada
Y de las gentes cobarde,
Salía ¡siempre enlutada!
Cuando moría la tarde.

Alcé temeroso un día
Los ojos para mirar
A la triste madre mía,
Y al verme que sonreía
Rompió la pobre á llorar.

Y yo entonces recordé
Su rostro fresco y hermoso,
Y cambiado le encontré,
Y su traje antes vistoso
Con el negro comparé.

Negro su traje y el mío,
Negro el monte, negro el río
Que ya la noche ocultaba...
Todo en derredor, sombrío,
A llorar nos convidaba.

¡Reflejaba igual color
La descuidada heredad
En silencio aterrador.
Reinaba en nuestro redor
Una negra soledad!

Madres y niños venían
A vernos; todos lucían
Colores que envidié yo.
Madres y niños reían...
¡Ay! ¡pero nosotros no!

Pasó el tiempo, yo volé;
El pájaro deja el nido
Cuando con alas se ve,
Y al mundo y alegre ruido
De la vida me lancé.

El tiempo y loca la edad
Y otros colores risueños,
Y el amor y la amistad,

Y el placer y los ensueños
De gloria y de vanidad,

Tornáronme sonriente;
Que el dolor que un niño siente
Es en la vida un minuto.
Mas ¡ay! mi madre doliente...
Aún va vestida de luto!

EUSEBIO BLASCO.



EL BURRO FLAUTISTA

Esta fabulilla,
Salga bien ó mal,
Me ha ocurrido ahora
Por casualidad.

Cerca de unos prados
Que hay en mi lugar,
Pasaba un borrico
Por casualidad.

Una flauta en ellos
Halló, que un zagal
Se dejó olvidada
Por casualidad.

Acercóse á olerla
El dicho animal;
Y dió un resoplido
Por casualidad.

En la flauta el aire
Se hubo de colar,
Y sonó la flauta
Por casualidad.

¡Oh! dijo el borrico,
¡Qué bien sé tocar!
¿Y dirán que es mala
La música asnal?

Sin reglas del arte
Borriquitos hay
Que una vez aciertan
Por casualidad.

TOMÁS DE IRIARTE.



EN EL MONASTERIO DE PIEDRA

Venga el ateo y fije sus miradas
en las raudas cascadas
que caen con el estrépito del trueno
en ese bosque que oscurece el día,
de rústica armonía
y de perfumes y de sombras lleno;

En la gruta titánica que arredra
con sus monstruos de piedra,
su oculto lago y despeñado río:
que ante tantas grandezas el ateo
dirá asombrado:—¡Creo,
creo en tu excelsa majestad, Dios mío!

Arpa es la creación, que en la tranquila
inmensidad oscila
con ritmo eterno y cántico sonoro.
Y no hay murmullo, ni rumor, ni acento
en tierra, mar y viento,
que del himno inmortal no forme coro.

El insecto entre el césped escondido,
el pájaro en su nido,
el trueno en las entrañas de la nube,

hasta la flor que en los sepulcros brota,
todo exhala su nota
que en acordado son al cielo sube.

Nunca del hombre la soberbia ciega,
que á enloquecerle llega,
podrá alcanzar, en su insaciable anhelo,
ese poder augusto y soberano
que enfrena el Oceano
y hace girar los astros en el cielo.

En vano, golpeándose la frente,
se agitará impotente
en su orgullo satánico y maldito;
siempre desesperado Prometeo,
le acosará el deseo,
¡ay! que, como el dolor, es infinito.

G. NÚÑEZ DE ARCE.



Á LA FLOR LLAMADA EN INGLÉS "FORGET ME NOT"

(No me olvides)

Flor modesta y delicada,
Que ocultas tus hojas leves
Y sencillas,
Cual huyendo la mirada
De peligrosas y alevés
Avecillas.

Flor, consuelo del ausente,
Que nunca adornas la frente
De los Cídes,
Sino el seno de las damas;
Dime, flor, ¿cómo te llamas?
No me olvides.

Flor que al cariñoso seno
Recuerdas el dulce amigo
Desgraciado,
Mientras gime en suelo ajeno
Viéndose del patrio abrigo
Desechado;
Flor que tímida consumes
Los delicados perfumes
Que despides,

Entre las selvosas ramas,
Dime, flor, ¿cómo te llamas?
No me olvides.

Flor, recuerdo misterioso
De esperanza lisonjera
Malograda;
Con cuyo aspecto gracioso
Torna la dicha que fuera
Ya pasada;
Y tornan llorados bienes,
Risas, amores, desdenes,
Blandas lides,
Cenizas de antiguas llamas,
Dime, flor, ¿cómo te llamas?
No me olvides.

JOSÉ JOAQUÍN DE MORA.



COLÓN

FRAGMENTO

.....
¿Quién es? ¿qué afán le guía?
¿Qué busca ese hombre en los perfiles rojos
Del remoto Occidente?
¿Por qué ese eterno pliegue en esa frente?
¿Por qué esa eterna llama en esos ojos?
¡Un visionario! ¡Ah, sí! Cuando ha dejado
La sombra un horizonte; cuando avanza
Del corazón en lo infinito una hora,
Rayo de luz que basta á la esperanza
Para encender en el zafir su aurora;
Cuando aparece un astro en el Oriente
Mostrando al hombre en el dolor su ruta;
Cuando bebe un anciano la cicuta;
Cuando el sol de los libres centellea,
Y un profeta agoniza en el Calvario,
Es que la augusta antorcha de una idea
Brilla en manos de un pobre visionario!...
.....
Para alzar de la noche un hemisferio,
Edén de amores que la mar engasta,

Dadme un punto de apoyo, le dijiste,
Que la palanca de la fe me basta.

.....
Y en pie en la proa del bajel hispano
Clamaste con acento sobrehumano:
«En el nombre de Dios omnipotente,
«En cuyo arbitrio la creación se encierra,
«¡Despierta, continente!»
Y como un eco enorme y de repente
Gritó una voz en lontananza: ¡Tierra!

.....
Mártir padre de América: el futuro
En la hora fatal de su justicia
Te hará salir de tu sepulcro oscuro;
Un himno estallará de polo á polo,
Y tu América entonces, santo anciano,
Hará de tu corona de martirio
El sol de tu apoteosis soberano.

 Cuando llegue ese instante
Poned en la balanza, grandes reyes,
Vuestro sol sin ocaso, vuestras leyes,
De vuestro nombre el ominoso culto,
Vuestra justicia, que era la venganza;
Vuestro triste perdón, que era el insulto;
Y pon, historia humana escarnecida,
Del otro lado de la fiel balanza
Los grillos de Colón.—Que Dios decida.

JUSTO SIERRA.

MISERERE

Es de noche: el monasterio
Que alzó Felipe Segundo
Para admiración del mundo
Y ostentación de su imperio,
Yace envuelto en el misterio
Y en las tinieblas sumido.
De nuestro poder ya hundido,
Último resto glorioso,
Parece que está el coloso
Al pie del monte, rendido.

El viento del Guadarrama
Deja sus antros oscuros,
Y estrellándose en los muros
Del templo, se agita y brama.
Fugaz y rojiza llama
Surca el ancho firmamento,
Y á veces, como un lamento,
Resuena el lúgubre son
Con que llama á la oración
La campana del convento.

La iglesia, triste y sombría,
En honda calma reposa,

Tan helada y silenciosa
Como una tumba vacía.
Colgada lámpara envía
Su incierta luz á lo lejos,
Y á sus trémulos reflejos
Llegan, huyen, se levantan
Esas mil sombras que espantan
A los niños y á los viejos.

De pronto claro, y distinto,
La regia cripta conmueve
Ruido extraño, que aunque leve,
Llena el mortuorio recinto.
Es que el César Carlos Quinto,
Con mano firme y segura,
Entreabre su sepultura,
Y haciendo una horrible mueca,
Su faz carcomida y seca
Asoma por la hendidura.

Golpea su descarnada
Frente con tenaz empeño,
Como quien sale de un sueño
Sin acordarse de nada.
Recorre con su mirada
Aquel lugar solitario,
Alza el mármol funerario,
Y arrebatado y resuelto
Salta del sepulcro, envuelto
En su andrajoso sudario.

—¡Hola!—grita en son de guerra
Con aquella voz concisa,

Que oyó en el siglo, sumisa
Y amedrentada la tierra:
—¡Volcad la losa que os cierra!
Vástagos de imperial rama,
Varones que honráis la fama,
Antiguas y excelsas glorias,
De vuestras urnas mortuorias
Salid, que el César os llama.

Contestando á estos conjuros
Un clamor confuso y hondo
Parece brotar del fondo
De aquellos mármoles duros.
Surgen vapores ya abiertos:
De los sepulcros ya abiertos:
La serie de reyes muertos
Después á salir empieza,
Y es de notar la tristeza,
El gesto despavorido
De los que han envilecido
La corona en su cabeza.

Grave, solemne, pausado,
Se alza Felipe Segundo,
En su lucha con el mundo
Vencido, mas no domado.
Su hijo se despierta al lado,
Y detrás del rey devoto,
Aquel que humillado y roto
Vió desmoronarse á España,
Cual granítica montaña,
A impulsos del terremoto.

Luego el monarca enfermizo,
De infausta y negra memoria,
En cuya edad nuestra gloria
Como nieve se deshizo.
Bajo el poder de su hechizo
Se estremece tódavía;
¡Ay, qué terrible armonía,
Qué obscuro enlace se nota
Entre aquel mísero idiota
Y su exhausta monarquía!

Con terrífica sorpresa
Y en silencioso concierto,
Todos los reyes que han muerto
Van saliendo de su huesa.
La ya apagada pavesa
Cobra los vitales bríos,
Y se aglomeran sombríos
Aquellos yertos despojos,
Aquellas cuencas sin ojos,
Aquellos cráneos vacíos.

De los monarcas en pos,
Respondiendo al llamamiento,
Cual si llegara el momento
Del santo juicio de Dios,
Acuden de dos en dos
Por claustros y corredores,
Príncipes, grandes señores,
Prelados, frailes, guerreros,
Favoritos, consejeros,
Teólogos é inquisidores.

¡Qué es mirar cómo serpea
Por su semblante amarillo
El fosforescente brillo
Que la podredumbre crea!
¡Qué espíritu no flaquea
Con mil terrores secretos,
Viendo aquellos esqueletos,
Que ante el César, que los nombra,
Se deslizan por la sombra
Mudos, absortos, inquietos!

¡Cuántas altas potestades,
Cuántas grandezas pasadas,
Cuántas invictas espadas,
Cuántas firmes voluntades
En aquellas soledades
Muestran sus restos livianos!
¡Cuántos cráneos soberanos,
Que el genio habitara en vida,
Convertidos en guarida
De miserables gusanos!

Desde el triste panteón
En que se agolpa y hacina,
Hacia el templo se encamina
La fúnebre procesión.
Marcha con pausado son
Tras del rey que la congrega,
Y cuando á la iglesia llega,
Inunda la altiva nave
Un resplandor tibio y suave,
Que ni deslumbra ni ciega.

Guardando el regio decoro,
Como en los siglos pasados,
Reyes, príncipes, prelados
Toman asiento en el coro.
Después en tropel sonoro
Por el templo se derrama,
Rindiendo culto á la fama
Con que llena las historias,
Aquel haz de muertas glorias,
Que el César convoca y llama.

Por mandato soberano
De Carlos, que el cetro ostenta,
Llega al órgano y se sienta
Un viejo esqueleto humano.
La seca y huesosa mano
En el gran teclado imprime,
Y la música sublime
Que á inmensos raudales brota,
Parece que en cada nota
Reza y llora, canta y gime.

Uniendo al acorde santo
Su voz, los muertos despojos
Caen ante el ara de hinojos
Y á Dios elevan su canto.
Honda expresión del quebranto,
Aquel eco de la tumba
Crece, se dilata, zumba,
Y al paso que va creciendo,
Resuena con el estruendo
De un mundo que se derrumba.

« Fuimos las ondas de un río
« Caudaloso y desbordado.
« Hoy la fuente se ha secado,
« Hoy el cauce está vacío.
« Ya ¡oh Dios! nuestro poderío
« Se extingue, se apaga y muere.

« ¡Miserere!

« Maldito, maldito sea
« Aquel portentoso invento
« Que dió vida al pensamiento
« Y alas de luz á la idea!
« El verbo animado ondea
« Y como el rayo nos hiere.

« ¡Miserere!

« Maldito el hilo fecundo
« Que á los pueblos eslabona,
« Y busca, y cuenta, y pregona
« Las pulsaciones del mundo!
« Ya en el silencio profundo
« Ninguna injusticia muere.

« ¡Miserere!

« Ya no vive cada raza
« En solitario destierro,
« Ya con vínculo de hierro
« La humana especie se enlaza,
« Ya el aislamiento rechaza,
« Ya la libertad prefiere.

« ¡Miserere!

« Rígido y brutal azote
« Con desacordado empuje

« Sobre las espaldas cruje
« Del rey y del sacerdote.
« Ya nada existe que embote
« El golpe ¡oh Dios! que nos hiere.
« *¡Miserere!*

« Mas ¡ay! que en su audacia loca,
« También el orgullo humano
« Pone en los cielos su mano
« Y á ti, Señor, te provoca.
« Mientras blasfeme su boca,
« Ni paz ni ventura espere.
« *¡Miserere!*

« No en la tormenta enemiga:
« No en el insondable abismo:
« El mundo lleva en sí mismo
« El rayo que le castiga.
« Sin compasión ni fatiga
« Hoy nos mata, pero muere.
« *¡Miserere!*

« Grande y caudaloso río,
« Que corres precipitado,
« Ve que el nuestro se ha secado
« Y tiene el cauce vacío.
« No prevalezca el impío,
« Ni la iniquidad prospere!
« *¡Miserere!*»

Súbito, con sordo ruido
Cruje el órgano y estalla,
La luz se amortigua, y calla
El concurso dolorido.

Al disiparse el sonido
Del grave y solemne canto
Llega á su colmo el espanto
De las mudas calaveras,
Y de sus órbitas hueras
Desciende abundoso llanto.

A medida que decrece
La luz misteriosa y vaga,
Todo murmullo se apaga
Y el cuadro se desvanece.
Con el alba que aparece
El cortejo se evapora,
Y mientras la blanca auróra
Esparce su lumbre escasa,
A lo lejos silba y pasa
La rauda locomotora.

G. NÚÑEZ DE ARCE.



Á DOMINGO F. SARMIENTO

Vivías de la lucha. En la fatiga
Hallaba tu alma poderoso aliento;
En la atmósfera ardiente del combate
Resplandecía tu potente genio!

Luchador invencible! Ni la muerte
Ha podido extinguir tu pensamiento,
Y aún disipa las sombras de la patria
El sol que centelleaba en tu cerebro!

GERVASIO MÉNDEZ.



A SAN MARTÍN

I

No podía morir! Cupó en la tumba
La gigantesca talla de su cuerpo;
Para encerrar su nombre y su memoria,
El hogar de la muerte era pequeño!

No cabía su espíritu grandioso
En la mansión eterna del silencio!
Como el alma de Dios, necesitaba
El espacio sin límites del cielo!

Aquel cóndor altivo que surgía
De entre las nubes de rojizo fuego,
Para tejer su nido de laureles
De los cañones en los hondos huecos;

Aquel brazo potente, que de España
Hizo temblar el formidable cetro,
Y que en la nieve de los altos Andes
Iba á templar su deslumbrante acero;

Aquella alma celeste que exhalaba
Todo el calor de un celestial incendio

Cuando henchida de gloria se cernía
De las batallas sobre el humo denso,

Cayó en la tumba, como caen los astros,
En el sudario de su luz envuelto;
Cayó para dejar sobre la tierra
La memoria inmortal de sus destellos!

No se extinguió dentro del sepulcro helado
La irradiación de sus gloriosos hechos;
La libertad la recogió en sus alas
Para alumbrar su esplendoroso templo!

Ante ella dobla su altanera frente
Para pedirle inspiración el genio,
Y va la patria á retemplar su vida
En sus instantes de dolor supremo!

Héroe inmortal! Al recordar tu nombre
Chispear el alma de entusiasmo siento,
Y en vano intenta modular mi lira
De tus victorias el sublime estruendo!

¿Qué extraño que arda al resplandor del tuyo
Como un volcán, mi enardecido pecho,
Si hasta las piedras en Maipú incendiaba,
Batiendo el casco tu corcel guerrero!

II

Ah! quién pudiera levantar la vida
Sobre esas nubes que acaricia el viento,
Y en luz de estrellas y ternuras de ángel
Bañar el arpa y arrullar tu sueño!

Beber de Dios, en la inspirada fuente
El blando acorde de tu ritmo eterno,
Para decirle en inmortales himnos
Que tu memoria, San Martín, no ha muerto!

GERVASIO MÉNDEZ.



Á LOS QUE ESTUDIAN

¡Atrás quedad, los viejos horizontes
Que en círculo mezquino
Cercáis la inteligencia
Y sublime volar del pensamiento!
¡Atrás quedad! El campo de la ciencia
Tiene la inmensidad del firmamento.

El espíritu es luz. ¡Dejad que brille
Disipando la sombra que rodea
A la sacra Verdad! ¡Dejad que vuele
En su ala de relámpago la idea!

¿Quién encadena á estúpido sosiego,
A lánguido desmayo
Las águilas del trópico, que tienen
Para mirar el Sol ojos de fuego
Y alas que cruzan la región del rayo?....

Y es águila del alma el pensamiento
Que el sol de la verdad busca anhelante,
Y que quiere en sus giros vagabundos,
Chispa de Dios flamígera y errante,
Perderse en lo infinito de los mundos!

¿A dónde llegará?

Naturaleza

Es un libro sellado de misterio
Cuyas profundas páginas empieza
El hombre á deletrear. De su camino
En el rápido paso
Cada generación descifra apenas
Algunas letras, de misterio llenas,
Y se hunde de la tumba en el ocaso.

Mas la conquista de la edad que muere
Es el tesoro de la edad que nace.
No es la ciencia relámpago que hiere
Un instante la vista y se deshace;
Sino el astro inmortal, la estrella fija
Que en la serena frente de los siglos
Inapagable encienden
Mil ráfagas de luz que se condensan,
Ráfagas que alumbrando se desprenden
De los grandes espíritus que piensan.

¡La gloria allí! Constelación fulgente
Que deja en su transcurso fugitivo
De cada edad el alma inteligente,
Única aureola con que puede altivo
Un siglo ilustre coronar su frente.
Tras esa aureola camináis, hermanos;
Vosotros, los cerebros en que bulle
Mariposa de luz la fantasía,
Ansiosa de tender sus alas de oro
En campos inundados por el día.
Vosotros, operarios impacientes,
Que secáis á la hoguera del estudio

El frescor juvenil de vuestras frentes;
Obreros del saber, cuya faena
Comienza con la aurora,
Sembradores ahora
Del generoso grano de la ciencia,
Segadores mañana
De los frutos del alma inteligencia.

Sois nuestra juventud, arca sagrada
Do con amor guardamos
La fe del porvenir idolatrada.
Sois en este momento
La mano que entreteje, siderales,
De la Patria á los lauros inmortales
Las flores luminosas del talento.
Sois el alma dormida en el regazo
De la casta ilusión, nido de flores,
Soñando en el abrazo
De la virgen ideal de los amores.
Sois el ardiente corazón mecido
Del ensueño en la nube transitoria;
¡Sed también el espíritu encendido
En la ambición sublime de la gloria.

¡Alentad nuestra fe! ¡Rasgad el velo
Que el horizonte patrio descolora;
Alzad en el oriente de su cielo
Vuestra frente de aurora!

Y no sintáis vuestros felices días
Del fatigoso estudio
Ir consumiendo en la vigilia quieta.....

Acaso valen más vuestros desvelos
Que los sueños febriles del poeta.

Los sueños del poeta son estrellas
De tan remoto cielo, que se apagan
Apenas cuando nacen;
Efímeras centellas
Que de la vida entre la niebla vagan
Y que al soplo del mundo se deshacen.

.....

¡No desmayéis! Sus páginas benditas
Os abre la Creación: buscad en ellas
La luz de la Verdad. Están escritas
En el oro inmortal de las estrellas,
Del volcán en las lavas seculares,
En el pórvido oculto de la roca,
En el abismo ignoto de los mares,
Del vapor comprimido en la potencia,
En la centella eléctrica del rayo,
Y en el cáliz de esencia
De las flores purísimas de Mayo!

No descanséis en la obra del creyente,
En buscar como el pan de cada día
El pan de la verdad á vuestra mente.
Ola es la vida que á perderse corre
Del sepulcro en la bruma;
El paso por el mundo es una oleada,
Y los goces del mundo son espuma.
Que sea vuestro vivir linfa serena
Que el campo del estudio fertilice.
Que haga brotar el fruto de la ciencia,

La paz en el hogar de la conciencia
Y fama que después inmortalice.

Sois la esperanza en flor de nuestra gloria,
El mañana feliz que ambicionamos;
Dejadnos por memoria
Flores de ciencia que ceñir podamos
A la serena frente de la Historia.

Obreros del saber, ¡prended la ciencia
Como una ala de luz al pensamiento,
Y con ella lanzad la inteligencia
Á iluminar el mundo
Y titán á escalar el firmamento!

¡Hijos del porvenir, dejad que vuele
En su ala de relámpago la idea
Y á su excelso fulgor iluminaos!
¡Reine la ciencia! ¡Que el progreso sea!...
¡Y al hacerse la luz, rásguese el caos!

M. M. FLORES.



ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES

(A SUS HIJOS)

Duerme en el seno de la madre altiva
El que á la madre con el arpa honró!
Entrélazad la verde siempreviva
Al gajo de laurel que conquistó!

Colgad el arpa de bruñido acero
En la flexible cripta del palmar;
Que la encuentren las rachas del pampero
Su soplo inspirador, menos ligero
Que el pangaré gallardo de Celiar!

Que la estrella del Sur circunde y dore
El arpa con su nítido fulgor,
Cuando el zorzal entre los guindos lllore
Y se despierte el puma concolor!

Cuando se amustie el día en los juncales,
Y en la carda se encierra el colibrí,
Y acaricien las brisas estivales
El purpúreo florón de los ceibales
Donde se cimbra el viejo camuati!

La ruda lira de bruñido acero
Bien en los patrios montes estará,
Entre las verdes cintas del romero
Que ronda zumbador el mamangá!

La cercarán de espléndida armonía
Los genios del arroyo y del ombú;
Y á besarla saldrán, cuando huya el día,
Con sus amores virginales, Lía,
Con su salvaje amor Caramurú!

Allí su templo está; de sus canciones
La selva el numen y el canto fué,
Donde el charrúa se esparció en malones
Y en las ondas verdea el yacaré!

Colgad el arpa de los dioses lares
Donde su copa agita el urunday;
Allí, donde entre esencias y cantares,
Bajo un toldo de ceibos y palmeras,
Nuestras costas fecunda el Uruguay!

Duerme en el seno de la madre altiva
El que á la madre con el arpa honró!
Entrelazad la verde siempreviva
Al gajo de laurel que conquistó!

Duerma, patria, velado por tu gloria
Quien sólo tuvo rimas para ti;
El noble bardo de tu vieja historia
Que guardaba vibrante en su memoria
El himno triunfador de Sarandí!

El rebelde compás de las canciones
En que los viejos tiempos nos pintó,
Con ruido de cureñas de cañones
Y relucir de lanzas se nutrió!

Tuvo su numen la beldad severa
Con que se viste de la noche el tul,
Y la cívica fe guardando entera,
Siempre vieron sus ojos tu bandera
Como un fragmento del espacio azul!

La contemplaron sus amantes ojos
Siempre teñida en cándido arrebol,
Puesto el altivo corazón de hinojos
Ante la imagen tutelar del Sol!

Él sorprendió los juegos de la indiada
En las tranquilas tardes del aduar,
Y la súplica dulce y delicada,
De la vihela, por la novia orlada
Con un ramito de silvestre azahar!

Las auras de la ría le dijeron,
Al mover los cintajos del ombú,
En qué paraje de la costa hicieron
Su nidada las hembras del ñandú!

Él supo oír con religioso espanto
Los nocturnos alertas del chajá,
Y perfumar las notas de su canto
En las flores que oscilan en el manto
Del siempre trepador burucuyá!

Él nos contó los lances de la hierra,
Las hazañas del lazo y de la res,
Y amante de las cosas de su tierra,
Trébol y espigas emparvó á sus pies!

Muda y sin cuerdas ya su arpa de acero,
Tranquilo el trovador puede dormir;
Lo vela el alma de su pueblo entero
Y las liras gigantes del pampero
Sus estrofas dirán al porvenir!

CARLOS ROXLO.



EL SOL PERDIDO

DOLORA

I

Un sabio á cuya hija fué la muerte
De la cuna á arrancar,
Como sabio á la madre de esta suerte
La quiere consolar:

«¡Oh, qué inmenso dolor! ¡esas estrellas
Que ves resplandecer
Circundaban á un sol más grande que ellas
Que se ha apagado ayer!

¡Cuántos hijos y padres sin consuelo
Habrán muerto quizás
En ese sol que se perdió en el cielo
Para siempre jamás».—

II

Mirando con desprecio al firmamento
Mientras el padre habló,
«¿Qué le importa tu ciencia al sentimiento?—
La madre replicó:—

Si hoy falta en el espacio de una estrella
El pálido arrebol,
La cuna de tu hija está sin ella
Como el cielo sin sol.

No hay locura mayor que la locura
De querer comparar
Un sol con aquel sér cuya hermosura
Al cielo fué á alegrar.

¡Ha muerto un sol, mas de la niña bella
Al invencible imán,
En el espacio azul, al paso de ella,
Mil soles brotarán.

¡Ay! ¡desde el día en que sus labios fríos
Quedaron sin color,
No habrá sol que á los tuyos ni á los míos
Les devuelva el calor!

¡Ya esta cuna vacía nos condena
Á eterna soledad!....»—
Y el sabio murmuró con honda pena:
—«¡Es verdad! ¡Es verdad!»—

III

¡É implorando los padres sin fortuna
La clemencia de Dios,
Se abrazaron, cayendo ante la cuna
De rodillas los dos!

CAMPOAMOR.

-L A G A R Z A

¡Oh tú de la onda inmaculado lirio,
Melancólica reina del estanque,
Tan silenciosa, tan inmoble y límpida,
Cual si te hubiesen cincelado en jaspe!

El destino á tus playas solitarias
Condújome tal vez porque te cante,
Y mustio como tú, cual tú infelice,
Yo de cantarte hé mísero vate:

Ora te mire en la serena orilla,
De mansedumbre y de dolor imagen,
Plegado al pecho el serpentino cuello,
Y el pico entre los límpidos cristales;

Ora remando en compasado vuelo,
Cual blanca nubecilla dé los aires,
El céfiro agitando con tus alas,
Como á la onda los remos de la nave;

Ora en ramas del ciprés obscuro,
A la hada entre las sombras semejante,
Vengas á oír en soledad sombría
Los últimos murmullos de la tarde.

Sí: yo te canto, límpida garzota,
Espléndida azucena de las aves,
Más bella que la espuma del torrente
Que del peñasco borbollando cae;

Rival de la paloma sin manchilla,
Más pura que la nieve deslumbrante,
Émula silenciosa de los cisnes,
¡Salve, garza gentil, mil veces salve!

Avara y caprichosa la Armonía
Te cerró sus nectáreos manantiales
Que sacian á los tiernos ruiseñores
Y cisnes canos de argentinas fauces;

Mas te infundió Naturaleza artista
En tu propia mudez bello lenguaje:
De dolor te formó viviente estatua
Como á esculpirla no alcanzara el arte.

El dolor te inspiró más dulce y manso
Su elegíaca expresión tan penetrante,
Tu actitud modeló Melancolía,
Inocencia te dió su albo ropaje.

¿Qué haces allí, oh nítida azucena,
Como sembrada en la anchurosa margen?
¿Nuevo Narciso, en el cristal contemplas
Por ventura el albor de tu plumaje?

¿O en dolorosa soledad el duelo
Haces tal vez de tu perdido amante,
Ó de la tierna devorada prole
Que en el robado nido ya no hallastes?

¿Comprendes tú mis vivas simpatías
Cuando enhiestas el cuello por mirarme?
¿Comprendiste mis votos y mis ansias
Viéndote ayer en tan terrible trance?

Asesino traidor de sutil planta
Oculto se te acerca entre los sauces.
¡Ay de ti! . . . ya te apunta. . . ya la muerte
Miro en tu pecho cándido cebarse!

Brilla entre humo pálido la llama,
Las ondas salpicando, el plomo cae.
Vuelas tú, yo respiro, y el estruendo
Aún se prolonga por el ancho valle.

La muerte apenas con sus alas roza
Tus blancas plumas que la brisa esparce,
Que un breve instante en el espacio giran,
Y van cayendo y en el agua yacen.

Oyera el cielo con piedad mis votos,
Ógalos siempre así, siempre te guarde;
Pero ¡ay! mi dulce amiga, ¡quién dijera
Cuál de los dos primero de aquí falte!

Víctima del instinto carnicero
De feroz cazador, tal vez más tarde
Serás ¡ay Dios! y tu nevada pluma
Enrojecida en tu inocente sangre!

Y yo, leve juguete del destino,
Cual la hoja de sañudos huracanes;
Yo, cuyo sueño la tormenta arrulla,
Yo, pobre alción en agitados mares;

Yo, de tu lago vagabundo huésped,
He de faltar también, tal vez más antes;
La última sea acaso que mi planta
Huelle las florecillas de estas márgenes.

Tal vez mañana por lejanos climas
Huyendo vaya de la ley del sable,
Si estas montañas de la paz asilo
También atruena la civil barbarie.

¿Y quién preguntará, lirio de la onda,
Dónde la suerte nos echó inconstante?
¿Qué fué de la garzota inmaculada?
¿Qué de su errante y solitario vate

Que por la orilla del risueño lago
Vagaba un tiempo al declinar la tarde,
Que en las someras raíces se sentaba
De este frondoso y corpulento amate;

Ó en lo más alto de las altas cumbres
Por la ancha brecha que los montes parte,
Allá en el horizonte delineados,
Gustaba contemplar sus patrios Andes?

¿Tú y él, qué fueron sino arenas leves
Que la onda trajo y que los vientos barren?
Tú y él, borrados de la leda estancia,
Ella por siempre quedará inmutable.

Con sus florestas de agradables sombras,
Sus auras puras, su fragancia suave,
Sus armonías, sus murmullos vagos,
Su dulce paz, su soledad amable;

Con su torrente que espumantes masas
Bramando arroja por los vagos aires
A la profunda y peñascosa sima
Donde las aguas con fragor se parten;

Con sus inmensas calcinadas rocas,
Unas sobre otras amagando al valle,
Hórridas por allá, desnudas y áridas,
Del alma impía desolada imagen;

Aquí de vida y de verdor cubiertas,
Con bosquecillos que en sus grietas nacen,
Aprisionados en floridos lazos
Que hacia el abismo suspendido caen:

Con su apacible y cristalino lazo
Donde se pinta encantador paisaje,
En bella confusión, el llano, el monte,
Las blancas nubes y el rebaño errante.

Aquí el nenúfar de rollizos tallos
Su blanca flor sobre las ondas abre,
Allí las algas el cristal matizan,
Y allá rebullen los silvestres ánades.

En esta orilla la cañuela humilde
Abovedando sus flexibles haces,
Risueñas grutas de verdor ameno
Labra en el aire el cefirillo amante.

De entre la selva, por amor de la onda,
Medrosos ciervos á la orilla salen,
Y en la frescura de las claras linfas
La sed apagan sus ardientes fauces.

Entre el follaje deliciosas pasan
La estiva siesta las parleras aves;
Y algún gemido solamente se oye
Que la paloma solitaria exhale.

Allá su barca el pescador desliza
La faz rizando del sereno estanque,
Y al caer la tarde á la ribera vuelve,
Donde la amarra con seguro cable.

Bajo el abrigo del sabino añoso,
Que con sus ramas los cristales barre,
Custodio eterno de las linfas puras
En donde bañan las desnudas raices.

¿Por qué medrosa la barquilla pasa
Muy lejos siempre del peñón gigante,
Que las nubes del trueno y del granizo
Con ambas frentes audacioso parte?

Allí una cruz, como á cincel grabada,
Ve el viajador desde la opuesta margen,
Y aquellos mustios, solitarios sitios,
Las playas de la cruz oyen nombrarles.

Allí verdosa y remansada la onda
Las negras peñas en silencio lame,
Bajo la triste sombra de una selva
De impenetrable y lóbrego follaje.

Es tradición en la comarca crédula,
Que allí una joven, infelice madre,
Soltó por caso á su adorado niño
Y al hondo abismo se arrojó al instante.

Cuentan que allí la desastrada peña
Aun manchas guarda de indeleble sangre,
Que en el silencio de la noche se oyen
Herir el viento lastimeros ayes;

Que de la bella el gemebundo espíritu,
Cual blanca niebla sobre la onda errante,
Suele á la luz de las estrellas, verse
Cruzar la faz del solitario estanque.

Yo en esas horas de silencio y calma,
Cuando á salir convida el aura suave,
En las cálidas noches del estío,
Allí á la luna contemplar me place;

Y oigo no más que la doliente queja
Que al astro envían las nocturnas aves;
El melancólico incansable grillo,
Que al bosque aduerme con rumor constante;

El manso viento que en las altas cumbres
Murmullo blando entre los pinos hace,
Como corrientes de lejanas aguas
Que se oyen ir por ignorado cauce:

La vaga olilla que el peñasco azota,
La mansa res cuando la hierba pace;
O el monótono golpe del torrente
Que alguna vez los céfiros me traen;

Vagos rumores de la triste noche,
Que en la dormida soledad se esparce,
Encanto de las almas melancólicas,
De los misterios de la noche amantes.

Eso no más oí, ni apariciones
Jamás he visto por ninguna parte,
Si no eres tú, que cual benigno genio
Del lago siempre te encontré en la margen.

Allí, oh amiga, bondadoso el hado
Largo vivir sin inquietud te guarde,
Y un fin tranquilo entre tu nido de algas,
Y á mí en los brazos de mi dulce madre.

JUAN DIÉGUEZ.



UN SALMO DE LA VIDA

IMITACIÓN DE LONGFELLOW

No en verso dolorido
Me digas que es la vida un sueño vano,
Porque el sueño es la muerte de las almas;
Y ¿puede el alma sucumbir acaso?
No, la vida es verdad; la sepultura
No es el término al hombre señalado.
Del polvo que su cuerpo cubra un día
No caerá sobre su alma el más leve átomo;
No son el fin de nuestra humana vida
Ni gozo, ni pesar, risa ni llanto,
Sino la acción para que cada aurora
Nos halle más allá, siempre avanzando.
Grande es la empresa, fugitivo el tiempo,
Y nuestros corazones, aunque osados,
Cual dolientes tambores nuestra marcha
Fúnebre, hacia el sepulcro están tocando.
En la penosa lucha de la vida
No imitemos al tímido ganado
Que conduce el pastor: que nuestra alma
Dé el noble ejemplo del adalid bizarro.
No en halagüeño porvenir confíes
Ni tampoco lamentos el pasado,

Ni uno ni otro son nuestros; del presente -
La mejora, fervientes, emprendamos.
La gloria de los hombres nos enseña
Que disfrutar podemos bien tan alto,
Y como ellos dejar á nuestra muerte
Huellas de luz, del tiempo en el espacio;
Huellas que iluminando las tinieblas
Al navegante abandonado y náufrago,
Reanimen su valor y le conduzcan
Al puerto al que nosotros alcanzamos.
Levantémonos, pues, y la desgracia
No detenga, invencible, nuestros pasos;
Marchemos sin cesar, siempre adelante,
Trabajando sin fin, siempre esperando.

M. J. LIRA.



LAS CAMPANAS

I

¡Cuán turba con gozoso clamoreo
La calma de las horas matutinas,
El arribo del rápido trineo
Tañendo las campanas argentinas!

En las pálidas mañanas
¡Oh qué mundo de alegría, oh qué plácidas hosanas
Con su grata melodía
Surgir hacen las ufanas,
Las vibrantes, ledas notas de las rítmicas campanas!
Las metálicas campanas,
Cuya voz se alza sonora
Cuando apuntan las tempranas, vagas luces de la aurora...
Las campanas peregrinas,
Argentinias
De melódico voceo,
Que á lo lejos se dilata
Cuando viene ya el trineo sobre sábanas de plata.

.....

Ya el tren llega precedido
Por el mágico sonido de su plácida campana:
Y en el aire puro y frío
Se derrama el vocerío de su alegre carga humana
Y titilan dulcemente los luceros tembladores,
Y en el cielo reluciente,
Desde Oriente,
Pinta el alba sus colores, vibra rayos matinales,
Que se quiebran de los hielos en los límpidos cristales.

.....

Así suenan y resuenan
Y de gozo el alma llenan
En sus plácidas mañanas,
En que un mundo de ilusiones y magníficas hosanas,
Con su grata melodía
Surgir hacen las seguras, las vibrantes, las ufanas
Notas claras, limpias, puras de sus rítmicas campanas.

II

¡Cuál se desprende en noche silenciosa,
De esbelto campanario, alado coro:
Y rueda en el espacio, rumorosa,
La vibración de las campanas de oro!

Anunciando alegres bodas
Al contento vecindario, las campanas cantan todas
En la torre del santuario;
Y con dulces vibraciones,
Todo un mundo de ilusiones y de dichas soberanas

En núbiles corazones
Surgir hacen las ufanas
Las sonoras, dulces notas de las áuricas campanas!
Las campanas metalinas
Que gozosas suenan, suenan
Y en las horas vespertinas de rumor el aire llenan!
Las campanas que son de oro,
Cuyo coro
Se percibe en lontananza,
Derramando bajo el cielo
La canción de la esperanza, con su alegre ritornello!
Despertando á las dormidas,
Blancas tórtolas perdidas, cuyo idilio de ternura
Se condensa en quedos trinos,
A los rayos argentinos de la luna dulce y pura!...
Y perfuman el ambiente los virgíneos azahares;
Y en la linfa de la fuente
Transparente,
Vense estrellas á millares, titilantes y remotas,
Mientras lleva el viento el himno de triunfantes ledas notas.

.....

Así suenan y resuenan
Y de dicha el alma llenan,
Con su lírica eufonía, desde el alto campanario,
Creando un mundo de alegría
En el quieto vecindario, si anunciando dulces bodas,
Las campanas cantan todas en la torre del santuario!

III

La campana de bronce suena ahora,
Sembrando alarma por do quier y espanto;
Y anunciando con voz aterradora
Un drama de dolor, peligro y llanto!

En la oscura, triste noche, suena, suena con violencia
La campana del incendio; con su infausta turbulencia
Una historia pavorosa, revelando de repente,

Pronto auxilio al implorar,

Propalando febrilmente la catástrofe temida;

Y llamando sin cesar

A la ya dormida gente, que temblando, pavorida,

Se despierta en el hogar!

Y entretanto que ella implora, que ella grita, que ella clama,

Crece, aumenta, se agiganta la tenaz, ardiente llama,

Que penetra, sube, corre, lame, rápida devora,

Y acrecienta su sin par

Loca furia destructora; toscos, lívidos semblantes

Descubriendo, al irradiar

Rojos, móviles reflejos, que iluminan vacilantes

Pardas nubes al pasar!

Ya no tienen melodías, cantos, ritmos las campanas:

Aterradas, pavoridas, son sus voces casi humanas!

Aúllan, gritan, chillan, rugen... su angustioso llamamiento

Derramando en la extensión;

Del terrífico elemento recurriendo á la clemencia

En demente apelación;

prop

Y clamando por socorro, con insólita insistencia,
Con extraña obstinación!

Y adivinan los oídos
Escuchando sus sonidos,
Si el peligro disminuye, si el silencio ya decrece,
Si la llama desaparece...
O si corre, sube, lame, y se ensancha y acrecienta,
Y el peligro al par aumenta
De su rabia destructora;
Pues con voz que es casi humana,
Pide, aúlla, llama, llora, grita y ruge la campana!

IV

Las campanas de hierro triste suenan,
Con monótona y lenta melodía;
Y sus acentos funerales llenan
El alma de letal melancolía!...

Todos piensan en lo breve de la cara vida humana;
En el lóbrego misterio del incógnito mañana,
Escuchando cómo dobla, cómo gime, cómo llora
La campana funeral;
La campana aterradora, recordando á la conciencia,
Que el placer no es eternal;
Que en la fría tumba oscura la misérrima existencia
Tiene un término fatal!

No son hombres los que tocan aquel himno funerario,
Los que doblan insistentes en el alto campanario;

Son espectros de las tumbas, son los duendes vespertinos
 Los espíritus del mal;
Y esqueletos blanquecinos, y fantasmas ataviados
 Con sudario sepulcral,
Los que doblan en la torre, los que tocan despiadados
 Aquel himno funeral!

Son los gnomos y los silfos y murciélagos gigantes,
Brujas, cuervos y vampiros, y las ánimas errantes
Que al sonar la media noche, dejan raudas, presurosas
 La plutónica región;
Surgen, salen de las fosas; con su lívido sudario,
 Y en diabólico turbión,
Cual horrible enjambre vuelan al sombrío campanario
 A tocar el esquilón!

 Y ellos, todos, confundidos,
 Cantan, gritan, dan aúllidos,
Y se mezclan, y se entregan á alegrías espantosas,
 A mil danzas horrosas;
Y entrechócense los huesos y se ríen, torvas, fieras,
 Las horribles calaveras...
 Mientras canta lentamente
 Desde lo alto del santuario
La campana su doliente, su himno triste y funerario!

EDGARD POE.

MI COLEGIALA

Negro el vestido,
El velo negro,
Una medalla
Colgada al cuello,
Entre las manos
Un libro abierto,
Los ojos siempre
Buscando el cielo
Y en el retiro
Ganando al tiempo,
Mi colegiala
Vive en silencio.
¡Pobre hija mía!
¡Mi amor primero!
¡Mi soberana
Del pensamiento!

Cuando yo sufro,
Cuando yo peno,
Cuando me hieren
Rencores negros,
Para mis dichas
Voy al Colegio,

Y allí la miro,
Y allí la beso,
Y de allí traigo
Paz y consuelo.
¡Pobre hija mía!
¡Mi amor primero!
¡Mi soberana
Del pensamiento!

 Cuando entre mudo
Recogimiento
Pensando á veces,
Otras leyendo,
A Dios le pidas
Dicha y contento
Para el que sufre
Terribles duelos,
Piensa en tu padre
Que te ama ciego,
Recuerda todos
Mis sufrimientos,
Y alza tus ojos
Al Ser Eterno
Que habrá de oírte
Clemente y bueno;
Reza, hija mía,
Reza con celo,
Que la inocencia
Tiene derecho
A que la escuchen
Allá en el cielo.
¡Para tu padre

Que te ama ciego
Pide venturas,
Paz y silencio!
¡Mi colegiála!
¡Mi amor primero!
¡Mi soberana
Del pensamiento!

JUAN DE DIOS PEZA.



EL JUSTO MEDIO

No doblo mi cabeza de hombre libre
Ante ningún despótico tirano,
Ni nunca, altivo, desdeñoso y fiero,
Humillo injusto al que se encuentre abajo.

No subyugo la mente pensadora
Á un histórico dogma autoritario;
No impongo, intolerante, mis doctrinas
Al que opuestos principios tiene acaso.

No me juzgo inferior á ningún hombre,
Aunque ocupe un trono y yo un calvario;
Jamás tampoco de soberbia lleno,
Me he creído mejor ó máspreciado.

Madre común, la gran naturaleza
A todos modeló del mismo barro,
De su amante regazo procedemos
Y hemos de retornar á su regazo.

Me inclino reverente ante la ciencia
Y á la virtud coronó con mi lauro,

En mi espíritu tiene noble culto
La religión sublime del trabajo.

Por las etapas de la eterna vida
Así cumpliendo mi destino avanzo;
Y en las sociales luchas es mi lema:
A nadie superior, de nadie esclavo.

R. MENÉNDEZ.



NIDOS VIEJOS

Cuán tristes están los nidos
Pendientes de secas ramas,
Donde los vientos nocturnos
Murmuran historias vagas.

Rayo de luz, ¡qué te has hecho
Que al fondo de ellos no bajas
A disolver tus colores
Sobre el matiz de las alas!

Florecente madre selva,
Que al viejo tronco te abrazas,
Trepadora olorosa á los nidos
Y bríndales tu fragancia!

Oh! qué silencio tan grande
Sobre las desnudas ramas!
¡La Primavera no ha vuelto
Con su collar de esmeraldas!

Sólo un cortejo de nubes
Sobre los montes descansa,
Como de un viaje muy largo
Por el país de las almas...

Pobres nidos, silenciosos
Cual diminutas estancias,
En donde sólo ha quedado
La vibración de las alas...

Hay mucho frío en los nidos:
La ausencia todo lo acaba,
Como el cruel desengaño
Las ilusiones del alma...

Por eso yo, cuando miro
Tantos nidos en las ramas,
Abandonados y rotos
Por la inclemencia malvada,

Me digo, á solas pensando
Entre sollozos y lágrimas:
¡Así, cual los nidos viejos,
Habrá también muchas almas...!

R. M. RODRÍGUEZ.



T A B A R É

AMANE CER

Desleída en las tintas de la aurora,
La luz se disolvió de las estrellas;
 La risa de los cielos
Ha despertado el himno de la tierra.

El ombú, solitario de las lomas,
La copa verde apenas balancea;
 El sauce besa al río,
Y el tallo esbelto cimbran las palmeras.

Su carnoso ropaje verdinegro
Sacude el canelón de las riberas;
 La flor de camalote
Morada y blanca en la corriente juega.

Como gotas de sangre que sonrien,
Las margaritas rojas se despiertan,
 Despiertan las azules
Y esas hijas sin nombre de la hierba

De un amarillo y blanco deslumbrantes
 Que en el campo se cuentan

Como en las claras noches de Diciembre
Se cuentan en el cielo las estrellas.

Todas las hojas brillan; una savia
 Joven y turbulenta
Circula por las cañas y los juncos,
Da ternura á los brazos de la yedra,

Desabrocha las flores de los talas
 Del *guaviyú* y la *ceiba*,
Y alegra el corazón de los palmares,
Y los estambres húmedos revienta.

Los cardos, agrupados ó dispersos,
 Levantán las cabezas
Con sus coronas frescas y azuladas
Sobre el tallo espinoso descubiertas;

Y cual ropas tendidas por la noche
 A secar en la arena,
Desparramados vense entre espadañas
Flamencos, y gaviotas, y cigüeñas;

De dos en dos dispersos y pesados,
 Ó en obscuras hileras,
Se posan en la orilla los *chajaes*
Lanzando á ratos su estridente queja;

Pasea cadenciosa entre los juncos,
Con su rítmico andar, la garza esbelta,
O asoma entre ellos el nevado cuello,
Mientras abre el *biguá* sus alas negras;

Y corren por la arena de la playa
 Esas aves pequeñas

De largas patas y afilados picos
Que en su base sutil se balancean,

Cual si intentaran emprender el vuelo
Y de ello desistieran,
Para correr de nuevo por la orilla
Allí dejando sus ligeras huellas.

Como vapor en tanto sonoro
Que en el espacio ondea
Los pájaros, como arpas que la aurora
De las ramas descuelga,

Dan el cantar del día
Que en temblorosa ebullición se eleva;
Nadan en luz las notas
Y el alma de la luz palpita en ellas.

El día las recoge
Y las ajusta al ritmo de una idea,
Y así elabora el salmo indescriptible
Que eleva á Dios, al despertar, la tierra.

Las islas van brotando lentamente
Del seno de las nieblas
Disueltas por la luz; los horizontes
Al través de los árboles se alejan.

La claridad naciente va ganando
Colinas y laderas;
Tras ella el sol dispara victorioso
Al través de los aires sus saetas.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

LA GLORIA DE DIOS

Cada nota que el viento murmura,
cada rayo de luz en el sol,
cada flor en la verde llanura,
es un himno á la gloria de Dios.

Marineros, que alzáis con orgullo
en la popa gentil pabellón,
de las olas el ronco murmullo
os proclama la gloria de Dios.

Labradores, que al monte sombrío
disputáis de la tierra el favor,
el rumor de las mieses de estío
os enseña la gloria de Dios.

Es el mundo una lira sublime
que modula en eterna canción,
si suspira, si canta ó si gime,
siempre, siempre la gloria de Dios.

CARLOS WALKER MARTÍNEZ.

LA VICTORIA

Ah! no levantes canto de victoria
En el día sin sol de la batalla,
Ni el santo templo del Señor profanes
Con plegaria de triunfo y de matanza.

Cuando se abate el pájaro del cielo,
Se estremece la tórtola en la rama;
Cuando se postra el tigre en la llanura,
Las fieras todas, aterradas, callan!...

¿Y tú levantas himno de victoria
En el día sin sol de la batalla?
¡Ah! sólo el hombre, sobre el mundo impío
En la caída de los hombres canta!

Yo no canto la muerte de mi hermano;
Márcame con el hierro de la infamia,
Porque en el día en que su sangre viertes,
De mi trémula mano cae el arpa!

R. GUTIÉRREZ.

LA ORACIÓN POR TODOS

Ve á rezar, hija mía. Ya es la hora
De la conciencia y del pensar profundo.
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
La sombra va á colgar su pabellón.
Sacude el polvo el árbol del camino
Al soplo de la noche, y en el suelto
Manto de la sutil neblina envuelto,
Se ve temblar el viejo torreón.

¡Miral su rueda de cambiante nácar
El Occidente más y más angosta;
Y enciende sobre el cerro de la costa
El astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado
Brilla el albergue rústico, y la tarda
Vuelta del labrador la esposa aguarda
Con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúlgido diamante;
Y ya apenas de un carro vacilante
Se oye á distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
Y la iglesia, y la choza, y la alquería;

Y á los destellos últimos del día
Se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime: el viento
En la arboleda, el pájaro en el nido,
Y la oveja en su trémulo balido,
Y el arroyuelo en su correr fugaz.
El día es para el mal y los afanes:
¡He aquí la noche plácida y serena!
El hombre tras la cuita y la faena
Quiere descanso, y oración, y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
Conversan con espíritus alados;
Y los ojos al cielo levantados
Invocan de rodillas al Señor.
Las manos juntas y los pies desnudos,
Fe en el pecho, alegría en el semblante,
Con una misma voz, á un mismo instante,
Al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa
Sobre su cuna volarán ensueños,
Ensueños de oro, diáfanos, risueños,
Visiones que imitar no osó el pincel.
Y ya sobre la tersa frente posan,
Ya beben el aliento á las bermejas
Bocas, como lo chupan las abejas
A la fresca azucena y al clavel.

Como, para dormirse, bajo el ala
Esconde su cabeza la avecilla,
Tal la niñez en su oración sencilla
Adormece su mente virginal.

¡Oh, dulce devoción que reza y ríe!
¡De natural piedad primer aviso!
¡Fragancia de la flor del paraíso!
¡Preludio del concierto celestial!

II

Ve á rezar, hija mía. Y ante todo
Ruega á Dios por tu madre; por aquélla
Que te dió el sér, y la mitad más bella
De su existencia ha vinculado en él;
Que en su seno hospedó tu joven alma,
De una llama celeste desprendida;
Y haciendo dos porciones de la vida,
Tomó el acíbar y te dió la miel.

Ruega después por mí. ¡Más que tu madre
Lo necesito yo! . . . Sencilla, buena,
Modesta como tú, sufre la pena,
Y devora en silencio su dolor.
A muchos compasión, á nadie envidia
La ví tener en mí fortuna escasa;
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos . . . ni lo sean
A ti jamás . . . los frívolos azarés
De la vana fortuna, los pesares
Ceñudos que anticipan la vejez;
De oculto oprobio el torcedor, la espina
Que punza á la conciencia delincuenta,
La honda fiebre del alma, que la frente
Tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,
Conozco el mundo y sé su alevosía,
Y tal vez de mi boca oirás un día
Lo que valen las dichas que nos da.
Y sabrás lo que guarda á los que rifan
Riquezas y poder, la urna aleatoria
Y que tal vez la senda que á la gloria
Guiar parece, á la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
Y cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva
Con rápido descenso al ataúd.
La tentación seduce; el juicio engaña:
En los zarzales del camino deja
Alguna cosa cada cual: la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud.

Ve, hija mía, á rezar por mí, y al cielo
Pocas palabras dirigir te baste:
«Piedad, Señor, al hombre que criaste;
Eres grandeza; eres Bondad. ¡Perdón!»
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
Sube el humo á la cúpula eminente,
Sube del pecho cándido, inocente,
Al trono del Eterno la oración.

Todo tiende á su fin: á la luz pura
Del sol, la planta; el cervatillo atado
Á la libre montaña; el desterrado,
Al caro suelo que le vió nacer;
Y la abejilla en el frondoso valle
De los nuevos tomillos al aroma,

Y la oración en alas de paloma
A la morada del Supremo Ser.

Cuando por mí se eleva á Dios tu ruego,
Soy como el fatigado peregrino,
Que su carga á la orilla del camino
Deposita y se sienta á respirar.
Porque de tu plegaria el dulce canto
Alivia el peso á mi existencia amarga,
Y quita de mis hombros esta carga
Que me agobia de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea
En esta noche de pavor, el vuelo
De un ángel compasivo, que del cielo
Traiga á mis ojos la perdida luz.
Y pura, finalmente, como el mármol
Que se lava en el templo cada día,
Arda en sagrado fuego el alma mía,
Como arde el incensario ante la Cruz.

III

Ruega, hija, por tus hermanos
Los que contigo crecieron,
Y un mismo seno exprimieron
Y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen sólo
El favor del cielo implores;
Por justos y pecadores
Cristo en la cruz expiró.

Ruega por el orgulloso
Que ufano se pavonea,

Y en su dorada librea
Funda insensata altivez;
Y por el mendigo humilde
Que sufre el ceño mezquino
De los que beben el vino,
Porque le dejen la hez:

Por el que de torpes vicios
Sumido en profundo cieno,
Hace aullar el canto obscuro
De nocturna bacanal;
Y por la velada virgen
Que en su solitario lecho
Con la mano hiriendo el pecho,
Reza el himno sepulcral:

Por el hombre sin entrañas,
En cuyo pecho no vibra
Una simpática fibra
Al pesar y á la aflicción;
Que no da sustento al hambre,
Ni á la desnudez vestido,
Ni da la mano al caído,
Ni da á la injuria perdón:

Por el que en mirar se goza
Su puñal de sangre rojo
Buscando el rico despojo
O la venganza cruel;
Y por el que en vil libelo
Destroza una fama pura,
Y en la alevé mordedura
Escupe asquerosa hiel:

Por el que surca animoso
La mar, de peligros llena,
Por el que arrastra cadena,
Y por su duro señor;
Por la razón que leyendo
En el gran libro, vigila;
Por la razón que vacila,
Por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
Los que penan y trabajan;
Y de todos los que viajan
Por esta vida mortal.
Acuérdate aun del malvado
Que á Dios blasfemando irrita:
La oración es infinita,
Nada agota su caudal.

IV

Hija, reza también por los que cubre
La soporosa piedra de la tumba,
Profunda sima adonde se derrumba
La turba de los hombres mil á mil;
Abismo en que se mezcla polvo á polvo,
Y pueblo á pueblo; cual se ve á la hoja
De que al añoso bosque Abril despoja,
Mezclar las tuyas uno y otro Abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
Donde segada en flor yace mi Lola,
Coronada de angélica aureola,
Do helado duerme cuanto fué mortal;
Donde cautivas almas piden preces

Que las restaure á su ser primero,
Y purguen las reliquias del grosero
Vaso que las contuvo, terrenal.

Hija, cuando tú duermes, te sonríes,
Y cien apariciones peregrinas
Sacuden retozando tus cortinas;
Travieso enjambre, alegre, volador;
Y otra vez á la luz abres los ojos,
Al mismo tiempo que la aurora hermosa
Abre también sus párpados de rosa,
Y da á la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas!... Si supieras
Qué sueño duermen!... Su almohada es fría,
Duro su lecho: angélica armonía
No regocija nunca su prisión.
No es reposo el sudor que las abrumba;
Para su noche no hay albor temprano;
Y la conciencia, velador gusano,
Les roe inexorable el corazón.

Una plegaria, un solo acento tuyo,
Hará que gocen pasajero alivio,
Y que de luz celeste un rayo tibio
Logre á su obscura estancia penetrar;
Que el atormentador remordimiento
Una tregua á sus víctimas conceda,
Y del aire, y el agua, y la arboleda,
Oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo, con pavor secreto
La sombra ves que de los cielos baja,
La nieve que las cumbres amortaja,

Y del ocaso el tinte carmesí;
 En las quejas del aura y de la fuente,
 ¿No te parece que una voz retaña,
 Una doliente voz que dice: «Niña,
 Cuando tu reces, rezarás por mí?»

Es la voz de las almas. A los muertos
 Que oraciones alcanzan, no escarnece
 El rebelado arcángel, y florece
 Sobre su tumba perennal tapiz.
 Mas ¡ay! á los que yacen olvidados
 Cubre perpetuo horror, hierbas extrañas
 Ciegan su sepultura; á sus entrañas
 Arbol funesto enreda la raíz.

Y yo también (no dista mucho el día)
 Huésped seré de la morada obscura,
 Y el ruego invocaré de una alma pura,
 Que á mi largo penar consuelo dé.
 Y dulce entonces me será que vengas,
 Y para mí la eterna paz implores,
 Y en la desnuda losa esparzas flores,
 Simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás á mi enemiga estrella,
 Si disipadas fueron una á una
 Las que mecieron tu mullida cuna
 Esperanzas de alegre porvenir?
 Sí, le perdonarás; y mi memoria
 Te arrancará una lágrima, un suspiro
 Que llegue hasta mi lóbrego retiro
 Y haga mi helado polvo rebullir.

HUGO.—*Trad. de BELLO.*

ÍNDICE

	<u>Página</u>
Andrade, Olegario V.— <i>El consejo maternal</i>	46
" " <i>Las ideas</i>	126
Alarcón, Pedro A. de.— <i>El Amanecer</i>	200
Barra, Eduardo de la.— <i>Las dos grandezas</i>	22
Béquer, Gustavo A.— <i>Rimas</i>	33-96
Berro, Aurelio.— <i>La Patria</i>	185
Blasco, Eusebio.— <i>Soledad</i>	235
Chassaing, Juan.— <i>Á mi bandera</i>	128
Campoamor.— <i>Las dos grandezas</i>	143
" <i>La insurrección del agua</i>	166
" <i>El sol perdido</i>	268
Caro, Miguel A.— <i>La flecha de oro</i>	202
Darío, Rubén.— <i>Sinfonía en gris mayor</i>	24
" " <i>Rimas</i>	97
" " <i>Marcha triunfal</i>	129
Díaz, Leopoldo.— <i>Grito de aliento</i>	80
" " <i>El soldado argentino</i>	223
Diéguez, Juan.— <i>La Garza</i>	270
Díaz Mirón, Salvador.— <i>¿Qué es poesía?</i>	12
Fallón, Diego.— <i>La luna</i>	138
Flores, Manuel M.— <i>A los que estudian</i>	259
Grilo, Antonio E.— <i>En las ermitas de la sierra de Córdoba</i>	49
Gutiérrez, Ricardo.— <i>El misionero</i>	57
" " <i>La Oración</i>	146
" " <i>El poeta y el soldado</i>	180
" " <i>La hermana de la caridad</i>	216
" " <i>La Victoria</i>	297

	Página
Gutiérrez, González G.— <i>Aures</i>	66
Guido Spano, Carlos.— <i>At home</i>	68
" " <i>A mi hija María del Pilar</i>	89
González, Pedro A.— <i>Las Artes</i>	108
Gómez, Juan Carlos.— <i>Á la esposa de mi hermano</i>	174
Goyena, Pedro.— <i>Agua y luz</i>	207
Hugo, Víctor.— <i>Stella</i> (Trad. de Andrade).....	54
" " <i>La Conciencia</i> (Trad. de Palma).....	175
" " <i>La oración por todos</i> (Trad. de Bello).....	298
Iriarte, Tomás de.— <i>Los dos conejos</i>	17
" " <i>El burro flautista</i>	238
Isaac, Jorge.— <i>Á mi patria</i>	87
" " <i>La Oración</i>	170
Lira, J. M.— <i>Un salmo de la vida</i>	278
Lozano, Abigail.— <i>América</i>	14
" " <i>La libertad</i>	71
" " <i>Á la noche</i>	204
López García, Bernardo.— <i>El 2 de Mayo</i>	26
Llona, Numa Pompilio.— <i>Al corneta del "Huáscar"</i>	92
Méndez, Gervasio.— <i>Lucha</i>	62
" " <i>Ampáralos, Señor</i>	88
" " <i>Á Dios</i>	123
" " <i>Á Domingo F. Sarmiento</i>	255
" " <i>Á San Martín</i>	256
Montes, Victoriano E.— <i>El pintor de batallas</i>	42
" " <i>El Tambor de San Martín</i>	159
Martí, José.— <i>Los zapaticos de rosa</i>	99
Mitre, B.— <i>Á mi hija Delfina</i>	105
Mármol, José.— <i>Cristóbal Colón</i>	196
Mérou, Martín G.— <i>El payaso</i>	132
Marroquín, J. M.— <i>La perrilla</i>	192
Mora, José I. de.— <i>Á la flor llamada en inglés "Forget Me Not"</i>	242
Menéndez, R.— <i>El justo medio</i>	289
Martínez, Walker.— <i>La gloria de Dios</i>	296
Núñez de Arce, G.— <i>En el Monasterio de Piedra</i>	240
" " <i>Miserere</i>	246
Obligado, Rafael.— <i>Á N. Pompilio Llona</i>	75
" " <i>Santos Vega</i>	84

	Página
Obligado, Rafael.— <i>El hogar paterno</i>	115
" " <i>La luz mala</i>	119
" " <i>El negro Falucho</i>	212
Palacio, Manuel del.— <i>Prefacio de un libro</i>	5
" " <i>A la libertad</i>	48
Peza, Juan de Dios.— <i>El culto del abuelo</i>	8
" " " <i>Este era un rey</i>"	19
" " <i>A mis hijas</i>	30
" " <i>César en casa</i>	81
" " <i>Mi padre</i>	151
" " <i>Fusiles y muñecas</i>	224
" " <i>Mi colegiala</i>	286
Palacios, Pedro B. (Almafuerte).— <i>Libertad</i>	40
Palma, Ricardo.— <i>La gran noticia</i>	188
Pardo, Francisco G.— <i>La gloria del libertador</i>	227
Poe, Edgard.— <i>Las campanas</i>	280
Querol, Vicente.— <i>Á la memoria de mi hermana Adela</i>	162
Roxlo, Carlos.— <i>Coronad á Guido</i>	64
" " <i>Alejandro Magariños y Cervantes</i>	264
Ramírez, Carlos M.— <i>La guerra</i>	187
Rodríguez, R. M.— <i>Nidos viejos</i>	291
Salaverry, Carlos A.— <i>La locomotora</i>	37
Samaniego, Félix M.— <i>La lechera</i>	168
" " <i>El asno y las ranas</i>	178
Samaniego, María.— <i>El gallo y el zorro</i>	233
Silva, José A.— <i>La Ciscárida</i>	172
Sellén, Francisco.— <i>Panteísmo</i>	208
Selgas, José.— <i>El ave y el agua</i>	220
Sierra, Justo.— <i>Colón</i>	244
Valdez, G. de la Concepción.— <i>Plegaria á Dios</i>	78
Velasco Rodríguez, Luis.— <i>La libertad</i>	112
Zorrilla, José.— <i>La tempestad</i>	154
Zorrilla de San Martín, Luis.— <i>El poema de las hojas</i> (Fragmento)....	190
" " <i>Tabaré</i> (Fragmento).....	293

PUBLICACIONES DE LA CASA

El Nene. Metodo eclético de lectura y escritura simultáneas por el profesor Normal D. Andres Ferreyra.

El Nene—Libro Segundo y Libro Tercero. Continuación del presente, por los Profesores D. Andrés Ferreyra y D. José M. Aubin. En prensa.

Ejercicios de Lectura por el Dr. F. A. Berra. Dos tomos: Primera parte y Segunda parte.

Carteles de Lectura y Logografía por el mismo autor.

El Lector Sud-Americano—Nueva serie de libros de lectura, compilados y arreglados según los métodos más modernos, por D. Rafael Fraguero. Libro Primero.—Libro Segundo.—Libro Tercero.

Lecturas morales é instructivas—Coleccionadas y dispuestas para el uso de las Escuelas Comunes de la Republica, por D. José J. Beruti. Un tomo.

Lecturas Selectas—Colección de trozos escogidos de los mejores autores Españoles y Americanos, en prosa y verso, por el Dr. Calixto Oyuela. Un tomo.

Historia Nacional—Arreglada para el uso de las Escuelas Comunes, por José M. Aubin. Tres tomos: para tercero, cuarto y quinto grado.

Aritmética (Cálculo oral y escrito).—Traducida del francés y arreglada para las Escuelas Primarias de la Republica Argentina, por F. R. Tiscornia. Dos tomos.

El Podrigo Argentino—Mosaico de Escritura, por los Profesores Andrés Ferreyra y Eleodoro Suarez. Un tomo.

Lecciones de Geometría—Arregladas al programa de las Escuelas Comunes, por los Profesores Andrés Ferreyra y Eleodoro Suarez. Un tomo.

Atlas Escolar de la República Argentina—Con texto arreglado al programa de las Escuelas Comunes y 23 mapas.

Nociones de Geografía por D. Ernesto A. Bayo. Arregladas para el 3°, 4°, 5° y 6° grado de las Escuelas Comunes.

Historia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, por la señora Juana Manso. Nueva edición, con numerosos retratos é ilustraciones. Un tomo.

ANGEL ESTRADA Y CA. — BUENOS AIRES